

Trabajo y cuidados infantiles en la región Centro de Argentina. Una cartografía de la intersección de las desigualdades de género, socioeconómicas y territoriales

Autora: Luisina Logiodice

Directora: Corina Rodríguez Enríquez

Codirectora: Andrea Delfino

Maestría en Género, Sociedad y Políticas.

PRIGEEP - FLACSO ARGENTINA

Diciembre 2023

Índice

| | |
|---|-----------|
| INTRODUCCIÓN..... | 6 |
| Los cuidados en las calles, la academia y el Estado..... | 6 |
| Nudos de desigualdad que se intersectan: argumentos centrales para el estudio de los cuidados infantiles..... | 7 |
| Contornos del objeto de estudio en el marco de las producciones académicas actuales..... | 9 |
| Trazos del camino hacia el mundo empírico..... | 16 |
| Hoja de ruta para la lectura | 18 |
| Capítulo 1. ENFOQUE INTERSECCIONAL DE LAS DESIGUALDADES SOCIOECONÓMICAS Y DE GÉNERO | 19 |
| 1.1 Hilos persistentes en la teoría feminista de la desigualdad social. Aportes del enfoque dual y la teoría unitaria para una lectura interseccional | 20 |
| 1.1.1 Imbricación entre los sistemas de diferenciación social. Saldo de la teoría de los sistemas duales..... | 22 |
| 1.1.2 Desigualdades y sus configuraciones específicas. Saldo de la teoría unitaria..... | 25 |
| 1.1.3 Tejiendo hilos con el enfoque interseccional | 26 |
| 1.2 La intersección clase y género | 30 |
| 1.2.1 Estratificación social y desigualdad socioeconómica. Oportunidades dispares de existencia | 30 |
| 1.2.2 Ceguera de género en los estudios de estratificación social y las posibilidades analíticas..... | 34 |
| 1.2.3 La imbricación de la división social y sexual del trabajo..... | 37 |
| Capítulo 2. REPRODUCCIÓN SOCIAL Y TRABAJO DE CUIDADO | 44 |
| 2.1 El trabajo de cuidado y su rol sistémico en la economía..... | 44 |
| 2.1.1 Una contradicción estructural del sistema capitalista-cis-hetero-patriarcal | 44 |
| 2.1.2 Condiciones de vida y de trabajo: una propuesta analítica..... | 47 |
| 2.2 Red institucional de cuidado, una organización social y política..... | 49 |
| 2.2.1 Niveles, instituciones y responsabilidades de cuidado. Encadenamiento móvil. 49 | |
| 2.2.2 El trabajo remunerado como eslabón de la red de cuidados..... | 52 |
| 2.2.3 Las estrategias de cuidado en los hogares y sus condicionantes | 54 |
| 2.3 Los cuidados, un concepto polisémico..... | 56 |
| 2.3.1 Precisiones necesarias del trabajo de cuidado no remunerado | 56 |
| 2.3.2 Dimensiones analíticas del trabajo de cuidado no remunerado..... | 59 |
| Capítulo 3. CARTOGRAFÍA DE LOS HOGARES CON RESPONSABILIDADES DE CUIDADO INFANTIL | 62 |
| 3.1 Un puente necesario: las definiciones metodológicas operacionales | 62 |
| 3.1.1 Precisiones sobre el universo de estudio y la muestra..... | 63 |
| 3.1.2 Precisiones sobre las variables centrales de análisis | 64 |
| 3.2 Condiciones macroeconómicas en el período de Posconvertibilidad..... | 68 |
| 3.3 Requerimientos de cuidado infantil en la Región Centro de Argentina..... | 69 |

| | | |
|--|---|------------|
| 3.4 | Condiciones socio-demográficas de los hogares con responsabilidades de cuidado infantil | 70 |
| 3.5 | Inserción laboral de las personas proveedoras de los hogares. Nociones sobre las condiciones de posibilidad para asumir los cuidados..... | 75 |
| 3.5.1 | Perfil y roles del núcleo proveedor..... | 75 |
| 3.5.2 | Inserción en el mercado laboral. Condiciones de posibilidad y límites para las tareas de cuidado | 78 |
| 3.5.3 | Personas inactivas: motivos y características | 84 |
| Capítulo 4. LOS HOGARES COMO ESLABÓN DEL ENCADENAMIENTO DE LOS CUIDADOS | | 85 |
| 4.1 | División genérica del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado..... | 85 |
| 4.2 | Cuidados infantiles en el hogar | 92 |
| 4.2.1 | Características de los cuidados infantiles en el hogar. Responsabilidades y dificultades | 93 |
| 4.2.2 | Servicios privados de cuidado en el hogar | 98 |
| 4.3 | Acceso a instituciones de cuidado..... | 100 |
| 4.3.1 | Instituciones de cuidado infantil..... | 101 |
| 4.3.2 | Instituciones educativas..... | 104 |
| CONCLUSIONES. IDEAS PARA SEGUIR PENSANDO | | 107 |
| ANEXO I..... | | 118 |
| ANEXO II..... | | 119 |
| 4.4 | Anexo II. Capítulo 3..... | 119 |
| 4.5 | Anexo II. Capítulo 4..... | 126 |
| REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS | | 137 |

Índice de Cuadros

| | |
|--|-----|
| Cuadro 1. Distribución de los hogares, según sexo del PSH | 71 |
| Cuadro 2. Distribución porcentual de los hogares con hijos menores de 12 años, según sexo del PSH | 71 |
| Cuadro 3. Distribución porcentual de los hogares del país que tienen hijos menores de 12 años, según estrato socioeconómico y sexo del PSH | 73 |
| Cuadro 4. Distribución porcentual de los hogares de la Región Centro que tienen hijos menores de 12 años, según estrato socioeconómico y sexo del PSH | 73 |
| Cuadro 5. Tasas laborales de las personas integrantes del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12 años del país y de la Región Centro, según sexo | 78 |
| Cuadro 6. Distribución del sector de actividad del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según área geográfica y sexo | 81 |
| Cuadro 7. Distribución de la categoría ocupacional del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo..... | 82 |
| Cuadro 8. Distribución del tipo de descuento o aporte jubilatorio del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo..... | 83 |
| Cuadro 9. Participación a nivel nacional de integrantes del núcleo proveedor en actividades no remuneradas, según sexo..... | 88 |
| Cuadro 10. Participación en la Región Centro de integrantes del núcleo proveedor en actividades no remuneradas, según sexo..... | 89 |
| Cuadro 11. Participación de personas de 15 a 75 años de la Región Centro | 119 |
| Cuadro 12. Tasa de dependencia infantil del país y la región centro | 119 |
| Cuadro 13. Tasa de dependencia infantil de hogares del país y la región centro | 119 |
| Cuadro 14. Distribución de hogares del país y de la Región Centro, según presencia de hijos e hijas menores de 12 años..... | 119 |
| Cuadro 15. Distribución de la composición de hogares nacionales, según sexo del PSH | 119 |
| Cuadro 16. Distribución de la composición de hogares de la región centro, según sexo del PSH | 119 |
| Cuadro 17. Distribución porcentual de los hogares con hijos menores de 12 años, según su composición | 120 |
| Cuadro 18. Distribución porcentual de los hogares del país que tienen hijos menores de 12 años, según sexo del PSH..... | 120 |
| Cuadro 19. Distribución porcentual de los hogares de la Región Centro que tienen hijos menores de 12 años, según sexo del PSH..... | 120 |
| Cuadro 20. Distribución porcentual del total de hogares según CSO del PSH..... | 120 |
| Cuadro 21. Distribución de la fuente de ingresos de los hogares con presencia de hijos menores de 12 años, según zona geográfica | 121 |
| Cuadro 22. Distribución de los ingresos laborales de los hogares con presencia de hijos menores de 12 años, según zona geográfica y sexo del PSH..... | 121 |
| Cuadro 23. Distribución de los ingresos no laborales de los hogares con presencia de hijos menores de 12 años, según zona geográfica y sexo del PSH | 121 |
| Cuadro 24. Distribución del nivel educativo de las personas integrantes del núcleo proveedor de hogares con presencia de hijos menores de 12 años pertenecientes al país, según género | 121 |
| Cuadro 25. Distribución del nivel educativo de las personas integrantes del núcleo proveedor de hogares con presencia de hijos menores de 12 años pertenecientes a la Región Centro, según género..... | 122 |
| Cuadro 26. Tasas laborales de las personas integrantes del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12 años del país, según sexo y posición en el núcleo proveedor..... | 122 |
| Cuadro 27. Tasas laborales de las personas integrantes del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12 años de la Región Centro, según sexo y posición en el núcleo proveedor..... | 123 |

| | |
|---|-----|
| Cuadro 28. Distribución de la rama de actividad del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo..... | 123 |
| Cuadro 29. Distribución de la calificación en la ocupación del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo | 123 |
| Cuadro 30. Distribución de la jerarquía de la ocupación del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo | 124 |
| Cuadro 31. Distribución del tipo de autonomía en el trabajo del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo | 124 |
| Cuadro 32. Distribución de la condición de inactividad de las personas inactivas del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica | 124 |
| Cuadro 33. Distribución de la condición de inactividad de las personas inactivas del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo | 124 |
| Cuadro 34. Distribución de los motivos de inactividad de las personas inactivas del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica | 125 |
| Cuadro 35. Distribución de los motivos de inactividad de las personas inactivas del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12 del país, según sexo | 125 |
| Cuadro 36. Distribución de los motivos de inactividad de las personas inactivas del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12 de la Región Centro, según sexo | 125 |
| Cuadro 37. Tiempo promedio semanal destinado al Trabajo No Remunerado, según zona geográfica y género | 126 |
| Cuadro 38. Persona del núcleo proveedor que tiene a su cargo la mayor parte de las tareas de la casa, según sexo y zona geográfica..... | 126 |
| Cuadro 39. Participación masculina en el TDCNR, según estrato socioeconómico. Total país | 126 |
| Cuadro 40. Participación femenina en el TDCNR, según estrato socioeconómico. Total país | 126 |
| Cuadro 41. Tiempo promedio semanal destinado al Trabajo No Remunerado, según sexo y estrato socioeconómico. Total país | 127 |
| Cuadro 42. Tiempo promedio semanal destinado por integrantes del núcleo proveedor al trabajo no remunerado, según zona geográfica, sexo y edad de hijos | 127 |
| Cuadro 43. Distribución porcentual de hijos de hogares que cuentan con responsabilidades de cuidado infantil, según edad y ámbito geográfico..... | 127 |
| Cuadro 44. Distribución porcentual de hijos de hogares del país que cuentan con responsabilidades de cuidado infantil, según estrato socioeconómico..... | 128 |
| Cuadro 45. Distribución porcentual de hijos de hogares de la Región Centro que cuentan con responsabilidades de cuidado infantil, según estrato socioeconómico..... | 128 |
| Cuadro 46. Persona con la que hijos menores a 12 años del país permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según edad | 128 |
| Cuadro 47. Persona con la que hijos menores a 12 años de la región centro permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según edad..... | 128 |
| Cuadro 48. Persona con la que hijos menores a 12 años del país permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según sexo del PSH | 129 |
| Cuadro 49. Persona con la que les hijos menores a 12 años de la Región Centro permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según sexo del PSH | 129 |
| Cuadro 50. Persona con la que les hijos menores a 12 años del país permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según estrato socioeconómico..... | 129 |
| Cuadro 51. Persona con la que les hijos menores a 12 años de la Región Centro permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según estrato socioeconómico | 130 |
| Cuadro 52. Dificultades para organizar el cuidado de hijos de hasta 4 años de edad, de los hogares del país, según estrato socioeconómico | 130 |
| Cuadro 53. Dificultades para organizar el cuidado de los hogares de la Región Centro, según estrato socioeconómico | 130 |

| | |
|---|-----|
| Cuadro 54. Dificultades para organizar el cuidado de hijos hasta 4 años, según zona geográfica y edad de hijos..... | 130 |
| Cuadro 55. Porcentaje de hogares con presencia de hijos menores de 12 años del país que contratan servicio doméstico, según estrato socioeconómico | 131 |
| Cuadro 56. Porcentaje de hogares con presencia de hijos menores de 12 años del país que contratan servicio de cuidado, según estrato socioeconómico | 131 |
| Cuadro 57. Porcentaje de hogares con presencia de hijos menores de 12 años de la Región Centro que contratan servicio doméstico, según estrato socioeconómico | 131 |
| Cuadro 58. Porcentaje de hogares con presencia de hijos menores de 12 años de la Región Centro que contratan servicio de cuidado, según estrato socioeconómico | 131 |
| Cuadro 59. Participación de hijos menores de 4 años del país en instituciones de cuidado infantil, según estrato socioeconómico | 132 |
| Cuadro 60. Asistencia de hijos menores de 4 años de la Región Centro a instituciones de cuidado infantil, según estrato socioeconómico..... | 132 |
| Cuadro 61. Asistencia de hijos menores de 4 años del país a instituciones de cuidado infantil, según estrato socioeconómico y tipo de institución | 132 |
| Cuadro 62. Asistencia de hijos menores de 4 años de la Región Centro a instituciones de cuidado infantil, según estrato socioeconómico y tipo de institución | 132 |
| Cuadro 63. Asistencia de hijos del país a instituciones de cuidado infantil, según edad | 132 |
| Cuadro 64. Asistencia de hijos de la Región Centro a instituciones de cuidado infantil, según edad | 133 |
| Cuadro 65. Asistencia de infancias menores de 4 años del país a instituciones de cuidado infantil, según edad y nivel socioeconómico..... | 133 |
| Cuadro 66. Asistencia de infancias menores de 4 años de la Región Centro a instituciones de cuidado infantil, según edad y nivel socioeconómico | 133 |
| Cuadro 67. Distribución de la asistencia a instituciones educativa de las personas hijes de 5 a 12 años, según zona geográfica..... | 133 |
| Cuadro 68. Distribución de la asistencia a instituciones educativa de las personas hijes del país (de 5 a 12 años), según edad | 134 |
| Cuadro 69. Distribución de la asistencia a instituciones educativa de las personas hijes de la Región Centro (de 5 a 12 años), según edad | 134 |
| Cuadro 70. Distribución del tipo de gestión del establecimiento al que asisten las personas hijes del país (de 5 a 12 años), según nivel socioeconómico..... | 134 |
| Cuadro 71. Distribución del tipo de gestión del establecimiento al que asisten las personas hijes de la Región Centro (de 5 a 12 años), según nivel socioeconómico | 134 |
| Cuadro 72. Distribución del tipo de gestión del establecimiento al que asisten las personas hijes del país (de 5 a 12 años), según sexo del PSH | 134 |
| Cuadro 73. Distribución del tipo de gestión del establecimiento al que asisten las personas hijes de la Región Centro (de 5 a 12 años), según sexo del PSH | 135 |
| Cuadro 74. Distribución del tipo de jornada escolar de las personas hijes (de 5 a 12 años), según zona geográfica | 135 |
| Cuadro 75. Distribución de las personas hijes (de 5 a 12 años) del país que asisten a instituciones educativa, según tipo de jornada escolar y nivel socioeconómico | 135 |
| Cuadro 76. Distribución de las personas hijes (de 5 a 12 años) de la Región Centro que asisten a instituciones educativa, según tipo de jornada escolar y nivel socioeconómico..... | 135 |

Índice de Gráficos

Gráfico 1. Distribución porcentual de hogares que cuentan con hijos menores de 12 años, según zona geográfica y estrato socioeconómico del PSH73

| | |
|--|-----|
| Gráfico 2. Distribución de la posición que desempeñan las personas dentro del núcleo proveedor de hogares con presencia de hijos menores de 12 años, según sexo y área geográfica..... | 76 |
| Gráfico 3. Participación promedio en los tipos de Trabajo No Remunerado, según género del núcleo proveedor y zona geográfica..... | 87 |
| Gráfico 4. Persona del núcleo proveedor que tiene a su cargo la mayor parte de las tareas de la casa, según posición en núcleo proveedor, sexo y zona geográfica..... | 90 |
| Gráfico 5. Participación en el TDCNR, según estrato socioeconómico y sexo. Región Centro. | 91 |
| Gráfico 6. Tiempo promedio semanal destinado al Trabajo No Remunerado (en horas), según sexo y estrato socioeconómico. Región Centro..... | 91 |
| Gráfico 7. Dificultades para organizar el cuidado de hijos de hasta 4 años de edad, según zona geográfica..... | 96 |
| Gráfico 8. Dificultades para organizar el cuidado de hijos hasta 4 años, según sexo del PSH y zona geográfica | 96 |
| Gráfico 9. Tipos de dificultades para organizar el cuidado infantil en los hogares, según zona geográfica..... | 97 |
| Gráfico 10. Participación de hogares que cuentan con presencia de hijos menores de 12 años en la contratación de servicio de cuidado y doméstico, según zona geográfica | 98 |
| Gráfico 11. Contratación de servicio de cuidado y doméstico en hogares que cuentan con presencia de hijos menores de 12 años, según zona geográfica y sexo del PSH..... | 100 |
| Gráfico 12. Participación de infancias hasta 4 años en instituciones de cuidado infantil, según zona geográfica | 101 |
| Gráfico 13. Participación de hijos hasta 4 años en instituciones de cuidado infantil, según zona geográfica y edad | 102 |
| Gráfico 14. Distribución del tipo de gestión del establecimiento al que asisten las personas hijes de la Región Centro (de 5 a 12 años), según edad y zona geográfica | 105 |

Agradecimientos

Me gustaría agradecer a las personas que fueron sostén, compañía, guía y coproductoras de este trabajo de investigación. También a quien dedica su tiempo en la lectura de este escrito, espero que pueda ser de interés y que sea útil para movilizar algún interrogante, ello significará un gran aporte para mí.

Este trabajo fue posible gracias a numerosas instituciones. CONICET, por financiar una beca doctoral, en el marco de la cual pude cursar la maestría en el formato de trayectoria integrada. FLACSO y el Programa Regional de Formación en Género y Políticas Públicas, institución educativa en la que cursé la maestría, la cual brindó espacios de profunda reflexión y de actualización en debates académicos en curso. La Facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional del Litoral que ha brindado el espacio de trabajo necesario para el desarrollo de la esta tesis, institución donde alojo las tareas de docencia e investigación que se dan al calor de debates académico feministas con compañeras y amigas de equipo.

Un agradecimiento especial a Corina y Andrea, equipo de dirección que acompañó todo este proceso con lecturas, preguntas y reflexiones que fueron brújulas para encontrar claridad y precisión en el trabajo. Pero este camino abarca dimensiones que exceden lo estrictamente académico, ello hace que el acompañamiento haya contemplado los ritmos que fueron posibles de acuerdo a las distintas situaciones por las que fui transitando durante todo este proceso.

Asimismo, esta tesis se gestó en el tránsito por otros espacios laborales que también enriquecieron mi formación, gracias Fernanda y Erica por eso.

Valen, Fer, Mary y Clau: amigas y colegas, siempre listas sosteniéndonos en red desde la amorocidad, la complicidad y la agudeza.

A mi familia, Eugenio y Franco, por el impulso y apoyo permanente. A Julia.

A las mujeres de mi familia.

INTRODUCCIÓN

Los cuidados en las calles, la academia y el Estado

El movimiento de mujeres, feminista y de la diversidad sexual, ha logrado en las últimas décadas reinstalar en la agenda pública y académica temas de relevancia central como son los cuidados y la división sexual del trabajo, reeditando viejas demandas del feminismo. En los últimos años en nuestro país la convocatoria masiva de 'Ni Una Menos' fortaleció la trama de redes locales, nacionales e internacionales de un movimiento que escalaba, permitiendo instalar con gran visibilidad el Paro Internacional de Mujeres en el marco del 8 de marzo. La demanda por un reconocimiento amplio del trabajo y de las consecuencias que la desigual distribución de las tareas domésticas y de cuidado tiene en la vida de las mujeres en el sistema capitalista, se vuelve central. Esa mayor carga de trabajo que realizan diariamente las mujeres se traduce en mayores probabilidades de deserción escolar, condiciona la inserción laboral, genera menor autonomía económica, entre otras. En definitiva, genera serias limitantes en la participación laboral, social, política de las mujeres y el ejercicio de sus derechos.

Asimismo, las agendas académicas también se han plegado desde el fortalecimiento de los desarrollos multidisciplinares de los estudios feministas y de género sobre cuidados, la innovación metodológica para la medición en este campo, la creación de grupos de estudios temáticos e instancias de formación sobre este tema, entre otros. Espacios históricos de discusión transfeministas como los Encuentros Plurinacionales de Mujeres, Lesbianas, Trans, Travestis, Bisexuales, Intersexuales y No Binaries (antes Encuentros de Mujeres), las Jornadas Nacionales de Historia de las Mujeres han cobijado -desde hace tiempo- debates sobre los cuidados y la división sexual del trabajo. Pero también emergieron nuevas convocatorias como el primer Congreso Latinoamericano de Estudios de Género y Cuidado: Miradas latinoamericanas al cuidado (Uruguay, 2018), el Foro internacional Sociedad de los cuidados y políticas de la vida (Santo Domingo, 2023) y el Tercera Encuentro Global sobre Trabajo de Cuidados (Costa Rica, 2023), solo por mencionar algunos pocos.

Estas demandas, que además se vienen sosteniendo desde los organismos internacionales¹ mediante los compromisos asumidos por los Estados, y que debieran ser

¹ La Cuarta Conferencia Mundial sobre la Mujer, Beijing 1995, es significativa por múltiples razones, entre ellas por introducir este tema en la agenda internacional. Por primera vez se reconoce de manera explícita la necesidad de medir las diferencias entre mujeres y varones en lo relativo al trabajo remunerado y no remunerado, con el objetivo de incorporar perspectivas de género en la formulación de políticas públicas.

puestos en práctica para revertir las situaciones de injusticia, lograron ingresar fuertemente en la agenda de políticas públicas a través de la creación de nuevas institucionalidades. El Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad a nivel nacional cuenta con la Dirección Nacional de Políticas de Cuidado. Desde dicha dirección se ha organizado la Mesa Interministerial de Cuidados, se promovió la redacción del anteproyecto de Ley de Sistema de Cuidados para su debate legislativo y la construcción del Mapa Federal de Cuidados, que da cuenta de la necesidad de contar con información georreferenciada para caracterizar la oferta de cuidado en los territorios y sus necesidades.

En definitiva, los avances a nivel institucional evidencian la potencia de la movilización social para alcanzar la resonancia necesaria en la esfera estatal y convertir a los cuidados en un tema de agenda pública y política en la actualidad. Este contexto da cuenta del valor que tienen en la actualidad los estudios sobre cuidados en nuestro país y la región.

Nudos de desigualdad que se intersectan: argumentos centrales para el estudio de los cuidados infantiles

El trabajo de cuidado ha entrado en la agenda pública y también en la agenda política de diversos niveles estatales. Esto implica que los cuidados, su reconocimiento y redistribución, forman parte de una agenda que se construye y disputa por diversos actores y actoras. La discusión parlamentaria de distintos proyectos nacionales de Ley sobre un Sistema Integral de Cuidados, la instrumentación de la segunda Encuesta Nacional de Uso del Tiempo en nuestro país, son claros ejemplo de una agenda diversa. Sin embargo, estas mismas agendas se configuran bajo contextos socio-políticos específicos y se ponen en juego permanentemente ante la avanzada de las ultraderechas, ya que pretende amenazar los derechos de las mujeres y disidencias sexo-genéricas. El contexto de polarización política actual en nuestro país hace que nuevamente se disputen los sentidos sobre las formas de sostenibilidad de la vida que son deseables, pero también se disputan las fronteras de género para intentar reintroducir las responsabilidades de cuidado en los

Reconocimiento que también realiza la Organización Internacional del Trabajo a través de la decimoctava Conferencia Internacional de Estadísticos del Trabajo (Ginebra 2008).

Estos avances en la concepción y en las necesidades en torno a la visibilización y medición del trabajo no remunerado, alcanzaron también a nuestra región a partir los consensos de las Conferencias Regionales sobre la Mujer de América Latina y el Caribe (Aguirre & Ferrari, 2014).

hogares y dar margen al mercado como proveedor del mismo. Es en este contexto socio-político que esta tesis toma significado.

Analizar las estrategias que se despliegan en los hogares para el cuidado infantil, permite conocer las diferentes configuraciones que asumen y los recursos y dispositivos sobre los que se asientan, así como también identificar desafíos persistentes en términos materiales y simbólicos. Permite conjeturar sentidos que emergen de las prácticas, y desde allí construir argumentos que desestabilicen nudos de desigualdad en los que intersectan vectores como el género, el nivel socioeconómico y el espacio geográfico.

Los estudios feministas sobre cuidados son un campo prolífico, así como también lo es el enfoque interseccional. Existen estudios en nuestro país sobre el trabajo de cuidado que utilizan metodologías cuantitativas, como pueden ser las de uso del tiempo, (Delfino, 2012; Delfino, 2015; INDEC, 2014, INDEC, 2022; Rodríguez Enríquez, 2015; Goren & Trajtemberg, 2017; Faur & Pereyra, 2018; Wainerman, 2005; Esquivel, 2009) y/o cualitativas que recuperan la mirada de los y las actoras (Faur, 2009; Faur & Tizziani, 2017). Es entonces un desafío proponer un elemento diferenciador mediante un trabajo de tesis de maestría, pero son tres los que se consideran que revisten una significancia central para esta investigación. Por un lado, la propuesta que aquí se presenta recupera el uso de una fuente de datos secundaria aún poco explorada como es la Encuesta Nacional de Estructura Social. La misma aporta dimensiones de análisis novedosas en relación a otras fuentes de datos que analizan los cuidados y el trabajo no remunerado, tales como el acceso a instituciones de cuidado infantil y las características que asumen dichos cuidados en los hogares (con quienes permanecen las infancias durante la semana, que dificultades existen en el hogar para organizar los cuidados y a que tipos de problemas remiten, con algunas variables empíricas ejemplificadoras).

Por otro lado, se propone un abordaje desde el enfoque interseccional, con la aspiración de reconocer vectores que operan en la diferenciación de prácticas asociadas a los cuidados infantiles. La matriz de desigualdades (Curiel, 2014; Cubillos Almendra, 2015; Lugones, 2008) produce configuraciones en la organización de los cuidados en los hogares que se encuentran jerarquizadas, en esta investigación toma preponderancia el análisis de género, nivel socioeconómico y territorio como intersecciones significativas. La potencia política de este enfoque es una inspiración por complejizar el análisis desde la crítica a categorías hegemónicas, que permita cartografiar las particularidades de la región central del país.

El punto anterior lleva al elemento final, el abordaje de la dimensión territorial. El análisis de la región centro forma parte del recorte espacial del objeto de estudio, pero a su vez, es un eje posible de estratificación social que lo convierte también en vector del análisis interseccional. Si bien existen estudios sobre los cuidados desde una perspectiva regional y comparada en nuestro país (Faur & Pereyra, 2018; INDEC, 2022), las mismas no destacan en particular la región de interés por encontrarse en una escala intermedia de las regiones del país. En ese sentido, seleccionar una región cuyas condiciones económicas y productivas se destacan positivamente por sobre otras zonas del país² resulta interesante para el análisis ya que permite abordar un territorio con menos asimetrías. Asimismo, la descripción de la realidad regional en comparación con la nacional, se piensa como un aporte analítico que pueda aportar datos para el diseño de políticas públicas de nivel subnacional.

En definitiva, el abordaje teórico, la fuente de datos utilizada y el anclaje geográfico de esta investigación, hacen a su relevancia y pertinencia.

Contornos del objeto de estudio en el marco de las producciones académicas actuales

El campo de estudio que aborda el vínculo familia-trabajo viene desarrollándose como resultado de un proceso histórico y social, ligado a la creciente incorporación de la mujer al mercado de trabajo desde fines de 1960 y principios de 1970 (Barrere-Maurisson, 1999). Este proceso, que además se ve acompañado por la transformación del modelo tradicional de familia con un único proveedor masculino, logra reconfigurar solo parcialmente la división sexual del trabajo al interior del hogar. Formas novedosas de asunción de responsabilidades de cuidado por parte de los varones, se conjuga con la persistente asignación mayoritaria de tareas de cuidado a las mujeres.

Los cambios en la dinámica de la organización interna del hogar que llevan a postular una transición hacia modelos de dos proveedores, deben comprenderse en el

² La región centro del país participa con el 55% de la producción nacional de granos, con el 38% de las exportaciones argentinas y su Producto Bruto Geográfico equivalente al 18% del Producto Bruto Interno del país (Región Centro, 2023). Es la región productora de granos por excelencia y se destaca por su sector agroindustrial.

Para el año 2017 el 21% de las empresas del país, desempeñaban su actividad en la región. En ese sentido, vale mencionar datos del empleo privado registrado ya que permite aproximarnos a la matriz productiva de la región. Para el 4° trimestre de 2018, la región representó cerca del 20% del total de empleados privados del país (Centro de Estudios y Servicios, 2019).

marco de procesos más amplios de transición demográfica³, que incluyen claro la creciente incorporación de las mujeres en el mercado laboral y el aumento de su nivel de instrucción⁴. Las estadísticas evidencian que en las últimas décadas del siglo XX en América Latina acontece una disminución del tamaño y diversificación en las estructuras familiares que revierten la centralidad de los hogares con núcleo biparental así como aumentan los monomarentales, una tendencia a la baja de la tasa global de fecundidad junto a la difusión de anticonceptivos, y una reestructuración en los regímenes de nupcialidad (mayor tiempo de soltería, aumento de uniones informales, entre otras) (Cienfuegos, 2014; Delfino, 2005). Dichas configuraciones ponen sobre la mesa el problema del crecimiento poblacional por debajo de su nivel de reemplazo, generando nuevos debates sobre la crisis de los cuidados, centralmente vinculados a los requerimientos de cuidado de personas adultas mayores. Es en dicho marco que se han renovado en los últimos años debates -aún no saldados- acerca de la organización de los cuidados y la división sexual del trabajo.

El desarrollo de múltiples líneas de indagación desde la economía y la sociología permite reconocer los principales trazos que tienen los abordajes del tema desde la perspectiva de género. Seguramente existirán otros que se han podido reconocer hasta el momento, por eso se evita la intensidad exhaustiva en este análisis.

El reconocimiento del cuidado como un derecho en instrumentos internacionales y regionales de derechos humanos (Pautassi, 2023; CEPAL, 2022a) es un avance significativo y reciente en la región latinoamericana, que ha sido acompañada por la incorporación de políticas de cuidado con más fuerza en las agendas estatales. Claro que estos avances, tanto a nivel jurídico-normativo como programáticos, encuentran diferentes niveles de desarrollo en los países de la región (Marco Navarro & Rico, 2013; Pineda Duque, 2020; Batthyány, 2020), y también diversas perspectivas y objetos de abordajes. En esta línea, se reconocen indagaciones que exploran la participación de diversos actores intervinientes en la provisión de los cuidados en los regímenes de bienestar en América Latina (Martínez Franzoni & Voorend, 2013) y la injusta organización social del cuidado (Faur, 2014; Rodríguez Enríquez & Pautassi, 2014), así

³ Si bien la noción de ‘segunda transición demográfica’ fue acuñada para ampliar la teoría de la transición demográfica de inicios del siglo XX y poder dar cuenta de la nueva etapa del desarrollo demográfico de los países industrializados, es utilizado también para analizar los procesos a nivel latinoamericano (Delfino, 2005; Cienfuegos, 2014). Podemos igualmente reconocer algunos puntos de diferenciación respecto al desarrollo demográfico que transitó y transita América Latina.

⁴ En ese sentido, se reconoce como parte de los procesos de transformación demográfica el papel de las políticas de alfabetización y de incentivo a la participación laboral femenina (Cienfuegos, 2014).

como otras que analizan en particular las políticas públicas desde la conciliación del trabajo remunerado y no remunerado (Arriagada, 2005; Arriagada, 2007; Martínez Franzoni, 2010; Faur, 2006; OIT & PNUD, 2009; Lupica, 2010; Rodríguez Enríquez et al., 2010; Blofield & Martínez Franzoni, 2014).

Los avances que se dieron en la agenda pública como en la agenda estatal fueron de la mano de la producción de evidencia empírica a través de los estudios de uso del tiempo, que han sido los que alcanzaron mayor visibilidad y desarrollo. Estas investigaciones no solo permiten reconocer la persistente división sexual del trabajo mediante la medición del tiempo que mujeres y varones dedican al trabajo no remunerado (Delfino et al., 2015; Rodríguez Enríquez, 2015; INDEC, 2014) sino que también exploran de qué manera las condiciones de acceso al trabajo remunerado están vinculadas al modo en que se resuelven el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado según género, evidenciando claras desventajas para las mujeres (Aguirre, 2009; Batthyány et al., 2015; Batthyány, 2008; Delfino, 2015; Esquivel, 2012b; Esquivel, 2009; Faur & Tizziani, 2017; Goren & Trajtemberg, 2017; Trombetta et al., 2019; INDEC, 2022).

Cabe mencionar que Argentina cuenta con dos relevamientos oficiales de alcance nacionales de Encuesta sobre Trabajo No Remunerado y Uso del Tiempo⁵ instrumentados por el Instituto Nacional de Estadísticas y Censo (INDEC) y existen otras experiencias pioneras de alcance local (CABA, Rosario y Morón). La Encuesta Nacional de Estructura Social releva la distribución de tareas al interior del hogar, el tiempo promedio dedicado a las mismas y otras variables sobre la oferta de cuidado, sin embargo, resulta ser la encuesta menos explorada⁶ (D'Alessandre et al., 2017; Faur & Pereyra, 2018; Faur & Tizziani, 2017).

Los datos producidos desde los estudios de uso del tiempo han permitido estimar que el trabajo no remunerado aportaría al producto bruto nacional de nuestro país el 15,9%, lo que lo convertiría en el principal sector de la economía por sobre la industria (13,2%) y el comercio (13,0%) (Dirección Nacional de Economía Igualdad y Género, 2020). Dicho aporte, invisibilizado en la economía al no ser remunerado y por tanto tampoco reconocido socialmente, se asienta centralmente sobre los cuerpos feminizados debido a la desigualdad estructural de la distribución del trabajo no remunerado entre

⁵ La primera de ellas aplicada como módulo de la Encuesta Anual de Hogares Urbanos en el año 2013, y la segunda llevada a cabo en el año 2021 con un operativo específico y propio.

⁶ La ENES, en términos comparativos, presenta ciertos límites en sus posibilidades analíticas por no ser una encuesta exclusiva de uso del tiempo.

varones y mujeres. Los datos de la ENUT 2021 (INDEC, 2022) muestran que el 91,7% de las mujeres realizan trabajo doméstico, de cuidado o de apoyo a otros hogares o voluntario, mientras que solo el 75,1% de los varones participa del mismo. Esto mismo ocurre al considerar el tiempo destinado a estas tareas, mientras que las mujeres dedican 6:31 horas promedio por día, los varones destinan cerca de la mitad (3:40 horas).

La sobrecarga de tareas de cuidado es uno de los grandes obstáculos que tienen las mujeres para su inserción plena en el mercado laboral. Ello se evidencia especialmente cuanto las mujeres tienen a su cargo personas demandantes de cuidado. En el país, este elemento genera profundas desigualdades según género de acuerdo con los datos de la ENUT 2021 (2022). Para las mujeres implica aumentar la participación y dedicación horaria al TNR (que alcanzan el 93,9% y 8:59 horas) a costa de una disminución en la participación en el trabajo para el mercado (que desciende al 34,8%). Para los varones, en cambio, la participación en el trabajo en la ocupación y en el trabajo no remunerado se mantiene prácticamente inalterable. En términos horarios, ellos aumentan la cantidad de horas que le dedican al TNR (hasta 4:36 horas), pero solo se asimila a la cantidad de horas que dedican las mujeres sin responsabilidades de cuidado a este mismo trabajo. Esta situación se corresponde con la tendencia latinoamericana, donde cerca del 60% de las mujeres que pertenecen a hogares con responsabilidades infantiles (de hasta 15 años) no participa en el mercado laboral por dicho motivo, mientras que en hogares sin presencia de infancias la cifra se ubica en el 18% (CEPAL, 2022a).

Asimismo, la evidencia da cuenta que la participación en el mercado de trabajo resulta una variable significativa en la articulación trabajo remunerado-no remunerado y en las posibilidades de resolver los cuidados (Pautassi, 2007; Wainerman, 2007b; Wainerman, 2007a), debido centralmente a las condiciones en que éste se desarrolla (Batthyány, 2007; Cabrera et al., 2013; Comas, 2019; Frega, 2015; Faur, 2009; Trombetta et al., 2019). La evidencia constata que la brecha de género en el trabajo no remunerado se profundiza, o la carga de las tareas reproductivas recaen con más fuerza sobre las mujeres, cuando se realiza trabajo informal o no registrado en el mercado (Comas, 2019; Trombetta et al., 2019). Asimismo, el conjunto de investigaciones expone prácticas segmentadas según el nivel socioeconómico de los hogares para resolver las necesidades de cuidado. Mientras que en los hogares de mayores ingresos el trabajo doméstico y de cuidado se puede resolver en parte a través del mercado adquiriendo servicios pagos, a medida que disminuye el ingreso también tiende a ser menor la mercantilización de los cuidados, y crece en cambio el rol de los servicios de cuidado informales o “comunitarios”

(si los hubiera) y del cuidado provisto por los propios hogares (Esquivel, 2011b). Sin embargo, la mayor disponibilidad de recursos y tiempo solo explica una parte de la inequidad en la distribución de tareas en el hogar según género, ya que persisten los comportamientos segregados (Wainerman, 2007b).

En definitiva, la evidencia empírica hasta aquí presentada permite pensar que la inserción ocupacional, de la mano de las posibilidades económicas y materiales que brinda, condiciona la capacidad de organización de los hogares, pero no lo explica completamente. Es necesario considerar su configuración y la dinámica de segmentación, de manera de introducir también la dimensión de género en los análisis. Entonces, cabría preguntar que otros vectores de desigualdad promueven configuraciones diferenciales de los cuidados.

La presencia de niños también condiciona la participación en el trabajo remunerado y no remunerado, y profundiza las desigualdades de género y socioeconómica (Faur & Pereyra, 2018). Al respecto, D'Alessandre, Mattioli y Caderosso (2017) exponen que las familias con bajo capital educativo del Litoral del país ven aumentadas sus responsabilidades de cuidado porque cuentan con mayor presencia de niños/as pequeños, así como también porque dichas infancias se encuentran expuestas a entornos degradados en términos de infraestructura, factor que impacta en el tiempo y los recursos que estas familias necesitan destinar para los cuidados. También Faur y Tizziani (2017) identifican, para el caso de CABA y GBA, diferencias inter e intra género en relación a la división del trabajo ante la convivencia con hijos e hijas. La participación laboral de los varones es superior a la de las mujeres e independiente de su nivel educativo. En cambio, la participación laboral de las mujeres disminuye conforme sus credenciales educativas son menores. Como contrapartida, estas últimas mujeres-madres participan más en el trabajo no remunerado que sus congéneres. La participación masculina en el trabajo no remunerado presenta diferencias según el tipo de tarea, encuentra menores niveles en las tareas domésticas que en las de cuidado, e incluso se observa mayor disposición aún a cumplir con las tareas paternas entre aquellos que cuentan con menores niveles educativos⁷. Estas diferenciaciones en la organización de las tareas de cuidado remiten a una clara estratificación de género y socioeconómica, pero

⁷ Trombetta, Micha y Pereyra (2019) también reconocen diferencias en la participación en el trabajo no remunerado según los tipos de tareas. Encuentran en las tareas domésticas (planchado, preparación de comida y limpieza) las mayores brechas de participación según género, que se reducen considerablemente en el caso del cuidado infantil, y encuentran que las tareas que presentan menor brecha de participación son el cuidado de anciano y la realización de trámites.

además impactan en el acceso a servicios de cuidado. Según los datos relevados, la asistencia de las infancias a instituciones de cuidado varía en relación directa con el nivel educativo del hogar. Las autoras asocian la insuficiente oferta estatal de servicios de cuidado y la heterogénea cobertura según jurisdicción, con la gravitación de la mayor disponibilidad de recursos en la externalización de los cuidados.

Los estudios que profundizan en las estrategias que despliegan las personas y hogares para organizar los cuidados (Faur, 2014) son una línea de indagación de suma relevancia para esta tesis, ya que no solo abordan la división sexual en los hogares, sino que también analizan el uso y demanda de otros servicios de cuidado. En los mismos, el trabajo remunerado resulta significativo metodológicamente porque permite observar particularidades que devienen de la inserción laboral en diferentes sectores de actividad económica (Batthyány, 2007; Muñiz Terra, 2019; Román-Reyes et al., 2012) pero también resulta ser un criterio de agrupación –según ocupación– para remitir a la condición socioeconómica o de clase de las personas o los hogares (Alcañiz, 2015; Castelló Santamaría, 2011a; Tobío Soler, 2002)⁸. Debemos destacar que, si bien el abordaje del nivel socioeconómico en los estudios sobre cuidados ha sido operacionalizado con mayor frecuencia en nuestro país a partir del nivel educativo o de ingresos, se reconoce que la aproximación desde la condición ocupacional está presente, por ejemplo, a través del estudio de las estrategias de reproducción (Perona & Schiavoni, 2018). Mas allá de las diferentes opciones para medir operativamente el nivel socioeconómico, cabe mencionar que la condición ocupacional goza de amplio consenso en estudios de estratificación social en general.

Respecto a los arreglos que utilizan los hogares para resolver las necesidades de cuidado se destacan algunas características salientes (INDEC, 2022; Brosio et al., 2022). El alto nivel de familiarización de los cuidados, sea mediante el trabajo no remunerado que asume alguna persona del hogar -principalmente mujer- o a través de algún familiar que no vive en el mismo, hace que éste sea el principal mecanismo utilizado y que puede presentar algunas diferencias según el nivel socioeconómico. La contratación de algún tipo de servicio privado y la asistencia a algún tipo de institución también tienen un rol secundario. Solo uno de cada diez hogares utiliza servicios privados, sea doméstico o de cuidado (INDEC, 2022). Las posibilidades de externalización de los cuidados a través de instituciones se asocian al nivel socioeconómico, ya que resulta más usual en los estratos

⁸ Este último grupo de estudios son de origen español.

altos, pero es interesante observar que incluso ante la posibilidad de tener disponibles instituciones de cuidado existe un alto porcentaje que manifiesta una negativa a utilizarlas (30,6%) (Brosio et al., 2022). Ello nos habla de otro tipo de barreras a la tercerización de los cuidados que no son estrictamente materiales. Es posible que las mismas también se asocien a la baja incidencia del Estado y la comunidad en los arreglos de cuidado que hacen los hogares.

Las investigaciones disponibles informan que además de las condiciones económicas, la dimensión cultural expresada en las representaciones sociales sobre el cuidado y sus responsabilidades, así como la dimensión institucional en términos de oferta de servicios disponibles, configuran la capacidad que detentan los hogares para resolver las necesidades de cuidado (Faur, 2014, 2009). Al respecto, las barreras de orden cultural operan con fuerza entre los motivos para no externalizar los cuidados, tales como la preocupación de que no traten bien a la persona que necesita cuidado, la consideración de que son ellos, ellas o alguien de la familia quien mejor puede realizar la tarea de cuidado y la incomodidad ante el hecho de delegar el cuidado en personas desconocidas (Brosio et al., 2022).

El trabajo de cuidado se lleva a cabo en contextos sociales, culturales y geográficos particulares lo que genera que la carga de trabajo y su distribución se configuren diferencialmente (CEPAL, 2022a). Interesa, entonces, reconocer de qué manera las desigualdades de género y la organización de los cuidados se territorializan. La posibilidad de externalizar los cuidados mediante la contratación de servicios presenta claras brechas entre aquellas zonas que presentan alta concentración de recursos (públicos y privados) como CABA y Gran Buenos Aires y las que presentan mayores niveles de desigualdad (NEA y NOA) (Faur & Pereyra, 2018; Brosio et al., 2022). En consecuencia, es esperable que los niveles de familiarización de los cuidados también varíen según zonas. Precisamente, los datos muestran que la estrategia de resolver los cuidados solamente a través del TNR de miembros del propio hogar se intensifica en el Noroeste del país y se atenúan en la región de Cuyo (INDEC, 2022), y conlleva que los niveles de participación y tiempo dedicado al TNR de mujeres y varones también sean diferentes. Además, no se puede desconocer que la oferta estatal de servicios de cuidado es disímil en los territorios (Faur, 2014; Rodríguez Enríquez & Pautassi, 2014). La evidencia disponible expone claramente que las desigualdades regionales se reimprimen sobre las de género y socioeconómicas configurando situaciones heterogéneas.

Analizar los cuidados desde los territorios implica reconocer la diversidad y la heterogeneidad de necesidades en una cartografía situada. “El espacio no solo muestra la variabilidad de las relaciones interseccionales, sino que además las configura”, plantea CEPAL (2022:55). En ese sentido, surge el problema de esta tesis, ¿de qué manera las condiciones socioeconómicas y de género inciden en la configuración de los cuidados infantiles en hogares con hijos/as de la región centro del país?

La región centro, integrada por las provincias de Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos, se ubica en la zona central del país y cuenta con condiciones geográficas y productivas favorables. Es un importante polo agropecuario e industrial del país, su Producto Bruto Geográfico equivale al 18% del Producto Bruto Interno de la Argentina (Región Centro, 2023) y ello la ubica como una de las regiones bien posicionadas económicamente en el contexto nacional. Tal como se expuso anteriormente, los mayores recursos económicos solo explican en parte las estrategias de tercerización o externalización (cualquiera sea el mecanismo) de los cuidados. Esto abre una ventana de oportunidad para preguntar por aquello que acontece en un territorio de características intermedias que se ubica entre las zonas de mayores recursos (CABA y GBA) y las de menores recursos (NEA y NOA) que suelen destacarse en los estudios existentes. Esta línea de indagación busca, en ese sentido, poder informar a las políticas públicas subnacionales en el desafío de la desmater-feminización y desmercantilización de los cuidados.

Esta tesis se propone analizar de qué manera las desigualdades socioeconómicas y de género inciden en la configuración de los cuidados de hogares con hijos, hijas e hijos menores de 12 años de edad, pertenecientes a la región centro del país, en el período 2014-2015.

Trazos del camino hacia el mundo empírico

En esta tesis de maestría se trabajará con un enfoque cuantitativo con la intención de analizar la división del trabajo y la organización de los cuidados en los hogares de acuerdo a las condiciones socioeconómicas y de género en la región centro del país. Este enfoque presenta características salientes para la descripción de la distribución de rasgos o conductas de una gran población, ya que se asienta en la lógica extensa y la representatividad estadística. El objetivo es, en ese sentido, la construcción de una cartografía de la intersección de desigualdades a partir de datos generalizables de la región bajo análisis.

La estrategia de investigación se asienta entonces en el análisis de datos secundarios (Cea D´Ancona, 1996), a partir de la Encuesta Nacional de Estructura Social (ENES) desarrollada por el Programa de Investigación sobre la Sociedad Argentina Contemporánea (PISAC) en los años 2014-2015. Se opta por esta fuente dado que permite trabajar con variables de interés para esta tesis como el acceso a instituciones de cuidado y educativas, trabajo remunerado, trabajo doméstico/economía del cuidado, protección social, entre otros. En particular se destaca la información que la misma provee acerca del trabajo doméstico, los cuidados y su organización, en tanto resultaba novedosa en el contexto de producción de información a nivel nacional al momento de iniciar esta tesis⁹.

La ENES tuvo como objetivo el abordaje de la heterogeneidad social a partir del análisis de la estructura social y las condiciones de vida. En ese sentido, la técnica de encuesta resulta de utilidad para dar cuenta de aspectos estructurales y/o atributos generales de una población (Sautu et al., 2005).

De acuerdo con las precisiones metodológicas (Hoszowski & Piovani, 2018), la ENES es una encuesta de hogares representativa de la población urbana del país, permitiendo realizar conclusiones para el 91,1% de la población argentina, ya que no se incluyen aquellos habitantes que residen en localidades de menos de 2000 habitantes. Asimismo, el relevamiento presenta representatividad a nivel de regiones, para algunos de los principales aglomerados urbanos y según tamaño de las localidades de residencia. La encuesta recogió información de 8265 hogares y 27610 personas, la cual fue provista por el principal sostén del hogar (PSH) o su cónyuge en cada uno de los hogares encuestados. Para la selección se construyó una muestra probabilística, estratificada y polietápica de viviendas particulares. Esta fuente de datos secundaria resulta valiosa y pertinente para este estudio porque nos permite abordar género, estratificación socio-ocupacional (o socioeconómica como se menciona en esta tesis) y cuidados, debido a sus propios objetivos y a diversas definiciones teórico-metodológicas de la recolección, tales como la consideración de la jefatura del hogar, la autopercepción de género, la incorporación de dimensiones vinculadas a los cuidados y la construcción de variables complejas que remiten a la estratificación social.

⁹ Cabe mencionar que en el año 2021 se produjo la segunda Encuesta Nacional de Uso del Tiempo en nuestro país a cargo del INDEC. La misma contó con un operativo específico, lo que significó un avance sustancial respecto a la primera experiencia del año 2013. Hasta el día de hoy las bases de datos de la misma no se encuentran disponibles públicamente ya que solo se ha difundido el informe de los resultados definitivos.

La técnica de análisis utilizada con los datos secundarios se centró en la estadística descriptiva, para lo cual se utilizó el sistema informático SPSS.

Hoja de ruta para la lectura

Esta breve hoja de ruta es una guía para conocer la estructura que adopta el trabajo y el modo en que fue escrito.

En los dos primeros capítulos se abordan las coordenadas y referencias teóricas desde las cuales nos posicionamos en términos del abordaje interseccional, en particular la intersección de las desigualdades de género y clase, y la división sexual del trabajo. Esto nos lleva a profundizar en el trabajo de cuidado y su organización social, desde los estudios feministas. El tercer capítulo inaugura el análisis empírico con una breve sección que explicita el vínculo entre las dimensiones teórico-conceptuales de la tesis y su operacionalización en variables empíricas, para dar paso al análisis del corpus empírico. Este apartado intenta responder a la pregunta por los requerimientos o demandas de cuidado infantil de la región centro, así como también a las características que asume la división sexual del trabajo en el núcleo proveedor (Principal Sostén del Hogar y Cónyuge) de los hogares con responsabilidades infantiles. El cuarto y último capítulo responde a la pregunta por las formas, mecanismos y servicios que utilizan los hogares para intentar resolver los cuidados infantiles.

Por último, interesa dejar sentada nuestra posición en relación al lenguaje inclusivo y el modo en que se asume la escritura en esta tesis. En pedagogía decimos que el ‘cómo’ enseñamos forma parte indisociable del ‘qué’ enseñamos. En la misma lógica, producir una tesis que se asienta en la preocupación por las desigualdades e injusticias sexo-genéricas, no puede no ser escrita desde un lenguaje que habilite el reconocimiento y la visibilización de otros modos posibles de habitar el mundo que no sean aquellas asociadas a la dicotomía binaria mujer-varón producida en el marco de la matriz cis-hetero-sexista. Es así que se define utilizar centralmente la letra “e”, pero no únicamente ya que se utilizan diversas formas de enunciación como “los y las” e incluso se utilizan estrategias para evitar el uso de pronombres. De esta manera se evita deliberadamente utilizar una única forma de enunciación para dar cuenta, por un lado, que es un debate y disputa en curso, y por el otro, evitar generar una nueva normatividad con posibilidades de generar nuevas exclusiones.

CAPITULO 1. ENFOQUE INTERSECCIONAL DE LAS DESIGUALDADES SOCIOECONÓMICAS Y DE GÉNERO

Este apartado propone las coordenadas teóricas desde las cuales se concibe la estratificación social, las desigualdades socioeconómicas y de género, así como el trabajo de cuidado, bajo un enfoque interseccional.

Las indagaciones existentes en la materia dan cuenta cómo estos ejes de las desigualdades impactan en la configuración que adoptan los cuidados en los hogares en nuestro país. Para ello, se considera necesario asumir la interdependencia de las esferas de producción y reproducción social, entendidas éstas como dimensiones o momentos de una misma relación, y por tanto dichas esferas no presentan jerarquías ni relaciones de subsidiariedad entre sí¹⁰. Por el contrario, implica atender a la lógica transversal que opera entre las mismas, la división sexual del trabajo. Además, una mirada relacional sobre la división sexo-genérica del trabajo (Goren & Prieto, 2020), conlleva pensarla en clave de relaciones sociales de poder (Hirata et al., 1997). En términos operativos posibilita el estudio de los niveles de bienestar y las condiciones de vida mediante la observación tanto del mercado de trabajo como el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, así como también la participación estatal y otras instituciones -como las comunitarias- en la organización de los cuidados en particular.

Este apartado se organiza a partir de algunos debates o hitos en la producción científica del tema de estudio que se consideran relevantes para el enfoque teórico propuesto. Inicialmente, se recuperan algunas nociones claves que se mantienen o reactualizan hoy día acerca del vínculo entre el sistema capitalista y el patriarcal, por considerarlo punto de referencia para comprender integralmente el vínculo producción-reproducción así como la intersección de las múltiples formas de desigualdad social. Luego, se avanza en comprender el vínculo de las desigualdades de género y las socioeconómicas. Para ello se recupera los estudios clásicos sobre la desigualdad y estratificación social vinculados al estudio de las clases sociales (Crompton, 1994; Ariza & de Oliveira, 1999) y las críticas a su ceguera de género, para introducir una perspectiva analítica posible. En ese sentido, desde los estudios feministas se recupera la categoría

¹⁰ Concebir este vínculo entre las esferas productivas y reproductivas remiten a un abordaje conceptual pero también a una abstracción teórica que, como tal, no resulta siempre precisa. Es necesario decir que no todas las actividades productivas y reproductivas remiten o se desarrollan estrictamente en las esferas correspondientes, sino que esta idea propone otorgar la misma importancia a ambos tipos de actividades. Este planteo parte del interés por superar los sesgos en las miradas fragmentadas sobre la realidad social. Aunque también ha sido criticado por reproducir un enfoque dicotómico (Carrasco, 2006b).

central de división sexual del trabajo entendiéndola más allá de su dimensión material, y se explora su vínculo con la división social del trabajo. Así se ubica en términos analíticos el vínculo género y estrato socioeconómico desde la interseccionalidad.

1.1 Hilos persistentes en la teoría feminista de la desigualdad social. Aportes del enfoque dual y la teoría unitaria para una lectura interseccional¹¹

Los debates teóricos que se dieron entre la década del 1960 y 1980 resultan un punto de partida obligado para ubicar el vínculo entre las desigualdades socioeconómicas y de género, ya que resultan las bases que impulsaron los desarrollos teóricos actuales. El reconocimiento del devenir histórico de estas discusiones permite identificar claves conceptuales que se mantienen hasta el día de hoy y se (re)interpretan a la luz de nuevos desarrollos.

Los interrogantes e inquietudes de las feministas de la segunda ola en la década de 1960 sobre la naturaleza y causa última de las inequidades de género, da lugar a la discusión del vínculo clase-género a partir de la teoría de clases y del concepto de patriarcado (Crompton, 1989; Jelin, 2014). En definitiva, se piensan las desigualdades de género en vinculación con el desarrollo del capitalismo, pero existen posiciones divergentes en torno a la concepción de dicha relación.

Para dar cuenta de la complejidad de los procesos de desigualdades múltiples, se apuesta por la definición de coordenadas conceptuales centrales, híbridas en términos de los distintos enfoques existentes, que permita una aproximación a realidades situadas. Así, anima este apartado el interés por recuperar los elementos conceptuales que confluyeron, abonaron y dialogan con la actual perspectiva interseccional, reconociendo su origen en debates que devinieron históricamente a partir del enfoque de los Sistemas Duales (TSD) y del enfoque de la Teoría Unitaria (TU). Si bien estas miradas polemizan a partir de su concepción del sistema patriarcal y del grado de autonomía o independencia que consideran tiene con otros sistemas de desigualdad, encontramos vasos comunicantes entre ambas perspectivas y el enfoque interseccional.

¹¹ Se reconocen diferencias en los conceptos de clase y estrato, pero en este apartado del escrito se recupera el modo en que han sido enunciado por los propios autores y autoras.

Este apartado recupera entonces, por un lado, la idea de imbricación entre los sistemas de diferenciación social que deviene de la TSD, en tanto remite a sistemas que pueden ser individualizados y por ende son diferentes, pero que se encuentran íntimamente relacionados en el contexto actual, lo que a priori imposibilita la jerarquización de alguno de ellos. Esto no implica que las desigualdades de clase y de género operan en esferas diferentes -tal como resulta en algunas formulaciones de la TSD-, sino que lo hacen de manera simultánea y transversal junto a otras categorías de desigualdad. Esta idea se asocia también a cierto posicionamiento del enfoque interseccional, tal como se verá a continuación.

Por el otro, el entendimiento que los procesos de desigualdad se manifiestan a partir de configuraciones particulares que dichos sistemas adoptan en cada situación específica. Aquí se recuperan elementos de la TU que dialogan, a nuestro entender, con el enfoque interseccional, y que implican comprender en su propio contexto las experiencias de desigualdad. La configuración de las desigualdades, en este caso de género y clase, introduce la idea de una compleja articulación que desecha su mera sumatoria e introduce dicho análisis en situaciones concretas.

Estas explicaciones particulares del modo en que se entrecruzan vectores de desigualdad como la clase, el género, la raza, etc. también dan cuenta de los límites que la pretendida universalidad de los desarrollos teóricos impone al conocimiento de la realidad social, tal como propone Pérez Orozco (2004). Es por eso que este trabajo parte de ubicar analíticamente el modo en que se relacionan las desigualdades socioeconómicas y género para analizar la organización de los cuidados, pero recupera aportes conceptuales diversos, de modo que posibiliten un estudio empírico para significarlos en un contexto específico.

Cabe aclarar en este punto que la vinculación entre las estructuras de clase y género con sus instancias meso y micro, se abordan con posterioridad en este capítulo mediante el abordaje de la imbricación de la división sexual y social del trabajo. Perder nivel de abstracción en el abordaje, permite ubicar concretamente los mecanismos por los cuales se reproducen las desigualdades socioeconómicas y de género, pero además habilita un puente conceptual para introducir en el capítulo siguiente el vínculo entre la producción de mercancías y el proceso de reproducción de las personas mediante el análisis de la relación de las condiciones de trabajo y condiciones de vida (Picchio, 1994, 2005). Dicha instancia introduce la dinámica de los hogares, en particular, de qué manera

la organización de los cuidados y del trabajo doméstico se asocia a las características que presenta el mercado de trabajo y las posibilidades que el mismo brinda de proveer medios de subsistencia.

1.1.1 Imbricación entre los sistemas de diferenciación social. Saldo de la teoría de los sistemas duales

Los enfoques que analizan el vínculo clase-género/capitalismo-patriarcado se han clasificado entre los que priman alguno de los dos sistemas (capitalista o patriarcal) y aquellas perspectivas teóricas que centran su atención en los dos sistemas de dominación (sistema dual) (Crompton, 1989; García Sainz, 2009; Andes, 1992; Pérez Orozco, 2004). Originariamente, el debate circulaba en torno al reconocimiento de la lógica que primaba en estos procesos de estratificación, y en definitiva en los determinantes últimos de las inequidades de género.

Los posicionamientos que centran su mirada en la lógica del capital, consideraban la subordinación de las desigualdades de género a la dominación de clase. El debate sobre el trabajo doméstico evidencia esta perspectiva, ya que desarrolla la teoría de clases para explicar la opresión de las mujeres (Crompton, 1989; Pérez Orozco, 2004, 2005). Es importante destacar que desde esta vertiente se enfatiza la relevancia del trabajo doméstico realizado por las mujeres como un aporte a la reproducción de la fuerza de trabajo y al sostenimiento del sistema económico, ya que indagan las bases materiales de la opresión de las mujeres¹². Por otro lado, y en franco debate con la lógica del capital encontramos el enfoque centrado en la lógica patriarcal que ubica a ésta última como la fuente primaria de la subordinación de las mujeres¹³.

Ambos enfoques resultaron insuficientes, pero brindaron insumos para el posterior desarrollo de la teoría de los sistemas duales¹⁴, que sitúa en el mismo plano las

¹² Maxine Molyneux (2005 [1979]) desarrolla un análisis en profundidad sobre los límites del debate por el trabajo doméstico, donde desataca entre otras cosas que el interés estuvo restringido al trabajo desarrollado en la esfera doméstica en detrimento de la teorización sobre el contexto familiar/doméstico más amplio, lo que condujo a sobredimensionar la importancia del trabajo doméstico para el trabajador asalariado y descuidar otros aportes del mismo (como el aporte para las siguientes generaciones, la crianza y el cuidado).

¹³ Algunas autoras de referencia que iniciaron este debate desde la lógica del capital son, Margaret Benston (1969), Peggy Morton (1970), Mariarosa Dalla Costa (1972), John Harrison (1973) entre otras (Borderías & Carrasco, 1994). Desde la lógica patriarcal se destacan Christine Delphy (1985), Kate Millet (1995)[1969] y Shulamith Firestone (1976)[1970].

¹⁴ Pueden mencionarse algunos elementos claves de cada enfoque que han sido introducidos en desarrollos teóricos posteriores. El enfoque centrado en la lógica del capital considera la familia como unidad productora y valora el trabajo no remunerado de las mujeres, y aquel centrado en la lógica patriarcal no subordina las relaciones de género a las de clase (Pérez Orozco, 2004).

estructuras patriarcal y capitalista. Esta teoría concibe la interacción de las relaciones de género y de clase, a las que se suman las relaciones de raza en la última versión de la teoría (Arruzza, 2014) -teoría de los sistemas dobles o triples-.

La noción de interdependencia es clave ya que echa por tierra la primacía de algunos de los sistemas y posibilita concebir “una compleja interacción de fuerzas mercantiles y no mercantiles, de relaciones de clase y de género” que hay que atender en forma simultánea para comprender lo que sucede con los trabajos, su desigual reparto y la posición económica de las mujeres (Pérez Orozco, 2005: 52). Aunque este enfoque teórico no es homogéneo¹⁵, interesa recuperar aquella vertiente crítica que concibe la imbricación de los sistemas capitalista y patriarcal, así como las bases materiales, socio-históricas y políticas de la opresión de género.

Desde allí es que se entienden las definiciones de Hartmann (1983), para quien el patriarcado es una estructura tanto psíquica como económica y social. De esa manera reconoce una base material que se asienta en el control que ejercen los varones sobre la fuerza de trabajo femenina, el cual se mantiene a partir de la exclusión del acceso a recursos económicos esenciales -como el salario para la subsistencia- y la restricción de la sexualidad. Los elementos centrales que según la autora posibilitan dichas restricciones son: el matrimonio heterosexual, el trabajo doméstico y de cuidado a cargo de las mujeres, y la dependencia económica femenina. También reconoce el rol del Estado y las distintas instituciones sociales como reproductoras de las relaciones sociales patriarcales¹⁶. Sin embargo, la dificultad para introducir aspectos culturales o ideológicos de las relaciones de género (Young, 1992; Harding, 1981, como se citó en Molina Petit, 2020)¹⁷ es una de las críticas centrales que se le hace, debido a la importancia que asumen las relaciones económicas en el ámbito familiar para sostener el sistema patriarcal.

El patriarcado implica también, para Hartmann, relaciones sociales entre los varones –con una base asimismo material-, que si bien son jerárquicas también crean una

¹⁵ Esta heterogeneidad está dada por el tipo de vínculo que se concibe entre los sistemas, de autonomía o de relación simbiótica (García Sainz, 2009), así como por la concepción y definición misma de patriarcado, ya que hay autoras/es que reconocen bases ideológicas (culturales y psicológicas) y otras que se apoyan en bases materiales de la opresión (Crompton, 1989).

¹⁶ La autora sigue el planteo de Gayle Rubin sobre los “sistemas sexo/género”, que prima en la época.

¹⁷ Esta crítica podría comprenderse en el marco de las características del feminismo socialista en general. Como plantea Amoros Puente (2008) esta vertiente teórica no aportó demasiados elementos para esclarecer la naturaleza del poder patriarcal ya que su foco de análisis estuvo en la explotación de las mujeres como trabajadoras.

necesaria solidaridad e interdependencia entre ellos. En otros términos, aunque los varones de diferentes clases, razas o grupos étnicos ocupen diferentes puestos o lugares, comparten una relación por la cual ejercer su dominio sobre las mujeres y para sostenerlo dependen unos de otros. Dichas complicidades resultan para Amorós (2008) un pacto patriarcal interclasista¹⁸.

De esa manera, Hartmann, concibe que la sociedad es "capitalista patriarcal", dando cuenta de la relación entre ambos sistemas de organización social. Específicamente enuncia que:

“El desarrollo del capitalismo crea los lugares para una jerarquía de los trabajadores; pero las categorías tradicionales marxistas no nos pueden decir quiénes ocuparán cada uno de esos lugares. Las jerarquías de raza y de género determinan quién va a ocupar esos lugares vacíos. El patriarcado no es simplemente una organización jerárquica, sino una jerarquía en la cual gente específica ocupa lugares específicos.” (Hartmann, 1983:10)

“*El capitalismo rifa, el patriarcado distribuye boletos*” traduce Amorós (2008: 37) con gran elocuencia y claridad sobre el modo en que se materializa el vínculo entre los sistemas, que es además de mutua adaptación e imbricación. La acumulación del capital se acomoda a la estructura patriarcal y la perpetúa, siendo que las relaciones patriarcales tienden a reforzar al capitalismo (Hartmann, 1983)¹⁹.

El dualismo analítico (Pérez Orozco, 2004) de la TSD es un tema de discusión. Se entiende que la idea misma de imbricación entre los sistemas de estratificación remite a procesos de cambios, ajuste y mutua adaptación entre los mismos, que implica superar la dicotomía tal como la entendían las feministas radicales (Esquenazi Borrego, 2020). Sin embargo, se reconoce la necesidad de nuevas categorías y conceptos para comprender la configuración específica que adopta dicha imbricación en cada contexto histórico (Hartmann, 1983). En los estudios actuales de desigualdad existe gran consenso sobre la intersección de múltiples vectores de desigualdad que operan en la configuración de cada situación específica.

¹⁸ La autora describe de ese modo el pacto que posibilitó sortear la tensión entre los intereses capitalistas y patriarcales por la participación laboral de las mujeres y que dio paso a la institución del salario familiar.

¹⁹ El análisis sobre el salario familiar que realiza la autora es significativo como ejemplo de esta mutua relación. En términos de Nancy Fraser (2016), el salario familiar sería la forma que adoptan las condiciones socio-reproductivas en la fase del capitalismo de posguerra y cuyas modalidades van cambiando de acuerdo a las modificaciones que sufre el sistema capitalista.

1.1.2 Desigualdades y sus configuraciones específicas. Saldo de la teoría unitaria

Interesa ahora recuperar brevemente los conceptos centrales de la teoría unitaria, ya que remite a un debate actual del campo de estudio que promueven feministas marxistas a partir de la teoría de la reproducción social y que resulta relevante para poner en diálogo con el enfoque de la interseccionalidad.

Centralmente, a partir de las críticas de Iris Young (1992) a la TSD y el consecuente desarrollo teórico de diversas autoras, como Heleieth Saffioti (1992), se elabora una teoría unificada de las relaciones de dominación y explotación. Se promueve una “teoría de la totalidad de las relaciones sociales que toma las características de género como un atributo clave de esas relaciones” (Molina Petit, 2020: 170). Esta perspectiva pregona que los sistemas de dominación y explotación (patriarcal, capitalista y racial) son inseparables en la realidad concreta, aunque puedan ser desglosados en términos teóricos o metodológicos (Esquenazi Borrego, 2020).

Cinzia Arruzza (2014), quien se referencia con este enfoque y reactualiza estos debates hoy en día, precisa que esta perspectiva considera al capitalismo como sistema total de relaciones sociales que configura y reproduce otras relaciones jerárquicas y de opresión como las patriarcales. Así, el patriarcado no se define como un sistema autónomo, sino que su reproducción está sujeta y subsumida al sistema total capitalista²⁰.

En otros términos, aunque enfatiza que las desigualdades de género y raza son manifestaciones concretas de relaciones de poder que conforman una unidad articulada de relaciones sociales, la centralidad está puesta en dicha totalidad contradictoria que es el capitalismo. Asumir esta idea de totalidad implica reconocer, según Esquenazi Borrego (2020), que las partes (relaciones de género, raza, clase) aunque sean distintas o tengan propiedades específicas no constituyen momentos ontológicamente autónomos. En ese sentido, es importante destacar que las desigualdades no se observan como una sumatoria de vectores, sino que son producto de una nueva configuración que se da a partir de la unión entre clase, género y raza.

²⁰ La autora reconoce que con el advenimiento del capitalismo y la consecuente separación del lugar de producción y de la familia, se transforma radicalmente la familia y su rol social, lo que implicó la reconfiguración de las relaciones de género: que dejan de ser un sistema independiente pasando a ser integrales de la sociedad capitalista.

En términos empíricos considerar dicha configuración implica conocer cómo experimentan los y las sujetas dichas desigualdades para poder comprenderlas en su contexto (Jelin, 2014, 2021; García Sainz, 2009; Arruzza, 2014)²¹.

Estos elementos teóricos-conceptuales que podemos rastrear y reconocer en debates históricos y que aún persisten de la teoría feminista, son transversales a la academia y a los movimientos sociales de mujeres y feministas. Ello hace que ya en la década del 1970, y bajo las demandas del feminismo negro sobre la hegemonía de un determinado sujeto político del feminismo, emerja el concepto de interseccionalidad para reconocer el vínculo de las relaciones raciales con las de género y clase.

A continuación, se exploran algunas herramientas conceptuales de este enfoque que permiten ubicar las ideas centrales sintetizadas anteriormente en una malla conceptual más amplia, que asimismo las ubica en los debates actuales de la materia.

1.1.3 Tejiendo hilos con el enfoque interseccional

Existe gran consenso en los estudios sobre desigualdad social sobre su carácter multidimensional, de hecho, este elemento se señala como una de las innovaciones y cambios en los estudios de desigualdad del último tiempo (Motta et al., 2020). Asimismo, son diversas las aproximaciones sobre el entendimiento de los vínculos entre la multiplicidad de dimensiones, pero los estudios feministas reponen -también con gran consenso- la idea de interseccionalidad. Ésta se entiende tanto como concepto, como enfoque, como metodología e incluso como apuesta epistemológica y política de aquellos estudios que pretenden abordar las desigualdades sexo-genéricas.

Para precisar qué se entiende en este trabajo por interseccionalidad, partimos por clarificar la noción de desigualdades múltiples que realiza Elizabeth Jelin (2021), quien la define como la existencia de múltiples dimensiones de estratificación y categorización social. Esto no implica que todas las dimensiones puedan tratarse de igual modo o que sean intercambiables, sino que, por el contrario, la autora enfatiza la especificidad del vínculo que se establece entre las categorizaciones adscriptas (aquellas establecidas culturalmente, como podría ser el género, la raza, la etnia, etc.) y la clase (como relación

²¹ Interesa aquí destacar este punto de contacto, pero debemos reconocer también las tensiones entre estos posicionamientos teóricos. En ese sentido toma importancia la salvedad que hace Elizabeth Jelin (2014, 2021) en relación a que algunas autoras que podríamos ubicar bajo la TU priman la situación de clase - propio de la perspectiva teórica que adoptan-, en cambio las propuestas contemporáneas de la interseccionalidad son más abiertas e indefinidas al respecto.

estructural en los sistemas sociales) en cada contexto. En otros términos, propone que la relación entre las múltiples dimensiones es contingente y cambiante.

Este punto de partida permite entonces pensar que las distintas posiciones sociales son producto de la interacción y articulación de diferentes categorías. Tal como define Roth:

“(…) los enfoques ligados a una perspectiva de la interseccionalidad examinan cómo se construyen mutuamente los diferentes ejes de estratificación y cómo se articulan las desigualdades y se conectan con las diferencias. Una perspectiva interseccional siempre toma en consideración el carácter multidimensional, así como los entramados, las analogías y las simultaneidades de varios ejes de estratificación” (2013: 2)²²

Este concepto entonces se asocia a la idea de una matriz de desigualdad donde se articulan y construyen diferentes sistemas de poder de manera dinámica y contradictoria (Cubillos Almendra, 2015), lo que implica la imposibilidad de pensar o analizar una dimensión de desigualdad aislada de otras. Interesa ahora exponer cuales son las implicancias de este enfoque, en términos de cómo se comprende esa compleja articulación de categorías de desigualdad y los desafíos metodológicos que conlleva.

Tal como se introdujo anteriormente, pensar la articulación de distintos vectores de desigualdad, como la clase, el género, la raza y otros, desde la idea de matriz nos posiciona en la interdependencia y mutua constitución de los distintos sistemas de opresión, pero también nos posiciona en una configuración que es dinámica y contradictoria (Hill Collins, 1990/2000 como se cita en Cubillos Almendra, 2015). Así, existe gran diversidad en la forma que las personas experimentan su propia posición en las jerarquías sociales, ya que es posible que determinados grupos se encuentren en posición de opresor y oprimido a la vez. Este enfoque sobre las desigualdades y sus articulaciones no permite definir a priori la primacía de un sistema de opresión sobre otros, ya que su configuración tendrá matices y diferencias según los contextos, las personas y el período temporal que se analice. Tal como menciona Jelin (2021), el vínculo entre las

²² Fragmento original: “(...) approaches dedicated to an intersectionality perspective examine how various axes of stratification mutually construct one another and how inequalities are articulated through and connected with differences. An intersectional perspective always takes the multidimensional character, the entanglements, the analogies and simultaneities of various axis of stratification into account.”

posiciones estructurales y las categorías adscriptas son variables, contingentes y por tanto no universales.

En ese sentido, Moira Pérez (2021) caracteriza al enfoque interseccional como no aditivo y no binarista de las relaciones sociales. El primero alude a la aspiración de considerar todos los ejes de desigualdad con el mismo nivel de importancia, sin fraccionar categorías ni dotarles jerarquía alguna. Como ya se introdujo en apartados anteriores, la articulación de los vectores/categorías de desigualdad configuran una nueva trama y no una sumatoria simple de los mismos. Además, el no binarismo intenta complejizar las dicotomías “oprimido-a/opresor-a”, ya que las personas habitan en forma simultánea distintas categorías y por tanto pueden ubicarse en posiciones tanto de opresión o privilegio según la posición social de que se trate. Esta caracterización lleva a la autora a profundizar en la “complejidad intracategorial de las identidades sociales”, evidenciando que no todas las personas que comparten una misma categoría experimentan de la misma forma las relaciones de poder. Existen, en cambio, posiciones de poder relativo al interior de un grupo o categoría desfavorecida, en vistas a cómo la misma se intersecta con otras categorías.

El enfoque interseccional desafía los caminos metodológicos para poder realizar trabajos empíricos consistentes con las aspiraciones de esta perspectiva. La construcción de conocimiento situado e historizado se avizora como la forma de producción de conocimiento propia y acorde al enfoque. En tanto el análisis interseccional es específico de cada caso o contexto, es necesario que quien investiga defina y distinga claramente las dimensiones relevantes de análisis del caso específico (Roth, 2013; Jelin, 2021; Jelin, 2014) para indagar el modo en que interactúan en la situación concreta bajo análisis.

Respecto a los desafíos metodológicos, cabe mencionar que varias autoras plantean la necesidad de una vigilancia epistémica en las producciones de interseccionalidad para no desvirtuar su espíritu originario ni su potencia política. Recuperan nociones como las de “colonialidad de género” (Cubillos Almendra, 2015; Cubillos Almendra, 2014; Curiel, 2014) y “occidentalismo metodológico” (Roth, 2013) como alertas que atiendan a la colonización del conocimiento o la despolitización del concepto y la herramienta.

Llegado este punto interesa recuperar los aportes críticos del feminismo poscolonial al enfoque interseccional ya que, a pesar de partir de conceptualizaciones

similares como el de “matriz” o “co-constitución” de opresiones, se reconocen posicionamientos epistemológicos diferentes. Ochy Curiel (2014) considera que la perspectiva interseccional es una propuesta moderna que difiere de la matriz de dominación que propone Hill Collins o la consustancialidad de las opresiones de María Lugones, en tanto “la raza como el género han sido constitutivas de la episteme moderna colonial”. En ese sentido, la idea de matriz de dominación se entiende como un sistema moderno/colonial de género, mediante el cual Lugones (2008) complejiza la profundidad de las opresiones. La autora plantea que la interseccionalidad, a través de definiciones categoriales separadas (género, raza, etc.), construye lo que nomina a partir de categorías hegemónicas (mujer blanca) e invisibiliza a quienes se ubican en una posición de subordinación o dominación en dicha categoría (mujer negra). Propone entonces reconceptualizar la lógica de la intersección mediante la “entretrama” de categorías indisociables. Para ello busca desestabilizar el sistema de categorías hegemónicas y dicotómicas donde “mujer”, “varón”, “blanco”, “negro”, etc. se construyen como homogéneas, y visibilizar la heterogeneidad interna de cada categoría en el reconocimiento de las subalternidades (Cubillos Almendra, 2014). Espinosa-Miñoso (2014) sintetiza que en el entramado de poder cada categoría está atravesada y depende indistintamente de las demás, por lo que dentro de cada grupos (de opresión o privilegio) se sostienen asimismo relaciones de poder y dominación.

Por último, vale la pena retomar una de las observaciones centrales que hace Yuval-Davis (2006) acerca de las discusiones sobre el enfoque interseccional. La autora plantea que el problema clave no está en cómo se relacionan los ejes de inequidades sino en cómo se relacionan los diferentes niveles de análisis donde se ubica la interseccionalidad. Así, la diferenciación de los niveles de análisis permitirá sortear los análisis experienciales. Para la autora, las divisiones sociales remiten a macro-ejes de poder social, aunque también involucran a las personas en concreto, y presentan formas organizacionales, intersubjetivas, experienciales y de representación. Este planteo vuelve a la relación icónica de la sociología entre estructura y acción social, en una demanda por reconocer los distintos niveles de análisis que se asocian al objeto de estudio y que en esta investigación toma cuerpo en los análisis sobre la organización de los cuidados y la configuración que adoptan según género y nivel socioeconómico. En ese sentido, esta tesis asume necesariamente un análisis experiencial, a partir de la observación de las prácticas vinculadas a los cuidados que desarrollan al interior de los hogares, pero las

mismas se entienden como acciones condicionadas por las estructuras de diferenciación social. En el capítulo siguiente se aborda este punto con mayor densidad.

Para profundizar en esta línea de discusión es necesario reconocer cómo se vincula el nivel macro-estructural con las prácticas a nivel micro, y en particular cómo operan las categorías de desigualdad en el sistema de estratificación. Para ello se aborda a continuación la intersección género y clase, desde los estudios de estratificación social.

1.2 La intersección clase y género

1.2.1 Estratificación social y desigualdad socioeconómica. Oportunidades dispares de existencia

Los estudios de estratificación social se vinculan históricamente al análisis de la clase social como elemento explicativo central de la desigualdad social. La clase social como productora y reproductora de la diferenciación social es una marca de la modernidad, asociada a la ubicación de los sujetos en la estructura económica de las sociedades capitalistas (Crompton, 1994; Sautu et al., 2020). Considerar de ese modo la estructura social implica focalizar su abordaje económico, aunque cuente también con otras dimensiones como la autonomía y el poder (Ferree & Hall, 1996).

La teoría institucionalista, en la que dialogan posiciones marxista y weberianas, considera que la estructura económica y la de clase se encuentran imbricadas y expresan la desigual distribución del poder en función del control y capacidad de apropiación del excedente económico (Sautu et al., 2020). Siguiendo la propuesta de Sautu et al. (2020), las clases sociales se constituyen en las relaciones de producción, pero se hacen efectivas en las relaciones de mercado, así éste último es mediador entre las relaciones de producción y de clase. De esta manera la autora destaca un punto de coincidencia entre vertientes marxistas y weberianas que le permite explicar su propuesta analítica: el mercado como institución mediadora es el ámbito en que se definen las condiciones de contratación de la fuerza de trabajo y por tanto donde se definen las condiciones de probabilidad de apropiación del excedente. Esa negociación de intereses se da en función de la posición de poder en que se encuentren los agentes sociales, y se define según la propiedad, derechos, privilegios y conocimiento, por tanto, la distribución de excedente

dependerá de la posición de fuerza que tengan los agentes en el mercado en los que participen²³.

Sea que el origen de las clases sociales se considere en las capacidades de mercado según las definiciones weberianas o en las relaciones productivas siguiendo la postura marxista, existe gran coincidencia en los estudios empíricos de estructura social en los que consideran la ocupación como indicador de la clase social de pertenencia (Crompton, 1994; Sautu et al., 2010). A nivel descriptivo la definición de Weber y Marx de la estructura de clase no difiere demasiado, pero se distancian notablemente en sus maneras de identificar las fuentes de la estructuración de clase (Crompton, 1994). Para Marx las relaciones de clase se inscriben en las relaciones de producción, y más específicamente, en las pautas de propiedad y control que caracterizan estas relaciones. Así reconoce dos grandes clases sociales en términos analíticos, la burguesía formada por propietarios de los medios materiales de producción y el proletariado que posee solo su fuerza de trabajo. Esta diferencia en la propiedad es el medio para la explotación de clase que se da en el proceso de producción. En cambio, para Weber la situación de clase refleja oportunidades de vida que se encuentran determinadas por las condiciones de mercado (de productos o de trabajo) y el acceso diferencial a las recompensas que éstos generan. Destaca dos elementos causales, la propiedad y las cualificaciones y educación. Como se mencionó anteriormente, es a partir de los puntos de coincidencia de ambas perspectivas que Sautu desarrolla la propuesta analítica antes mencionada. Al finalizar este apartado se expone de qué manera se hace operativa la medición de la pertenencia de clase a través de la consideración de la ocupación.

Interesa también recuperar los aportes de (Bourdieu, 2002) ya que distingue propiedades de las clases sociales que ubican a las condiciones materiales de existencia como característica intrínseca de las mismas. Concibe que las clases sociales se definen, aunque no exclusivamente²⁴, por las relaciones que objetivamente mantiene con las demás clases sociales, esto es, por su situación y por su posición en una estructura social. Así, distingue que cada clase social cuenta con ciertas propiedades intrínsecas (como la práctica profesional o condiciones materiales de existencia), pero además presenta ciertos

²³ Claro que en este campo de fuerzas también intervienen los sindicatos, movimientos sociales y el sector público.

²⁴ Bourdieu (2002) concibe la estructura social como un sistema de posiciones sociales que conjuga dimensiones económicas y simbólicas.

rasgos o prácticas que son relativamente independientes, que denomina propiedades de posición. Ambas propiedades (de situación y de posición) solo pueden distinguirse en términos analíticos, sin embargo, la situación de clase define el margen de variación que pueden tener las propiedades de posición.

Considerar entonces la estructura de clase es clave para el estudio de los cuidados y sus formas de organización, ya que la clase (o el nivel socioeconómico tal como se viene planteando en esta tesis) brinda oportunidades desiguales de existencia a sus miembros y conforman un campo de opciones y limitaciones que condicionan las formas de sociabilidad, los estilos de vida, las dinámicas colectivas y las experiencias comunes (Sautu et al., 2020).

Pensar la clase social como condicionante de las posibilidades de existencia, requiere explicitar la interconexión de los niveles de análisis micro, meso y macro. Para ello retomamos el planteo de Sautu et al. (2020). Concretamente las relaciones y los comportamientos cotidianos se inscriben e insertan en las instituciones de pertenencia y grupos de participación, que a su vez conforman los procesos sociales e históricos de los que forman parte. Así, se puede comprender cómo en los hogares se trama la agencia con los condicionamientos de pertenecer a una clase social, bajo cierto contexto social y económico. La interacción de los múltiples niveles es el escenario que configura las relaciones sociales que permiten alcanzar ciertos niveles y experiencias de vida.

Respecto a la centralidad que adquiere el estudio de la posición de clase como uno de los determinantes de las condiciones de vida podemos destacar los aportes de Elizabeth Jelin (2020 [1989]), quien propone el análisis de la dinámica interna de la unidad doméstica, esto es, del conjunto de actividades comunes ligadas al mantenimiento cotidiano de un grupo social. La mirada material del conjunto de actividades no le impiden reconocer los aspectos políticos y sociales implicados en la esfera doméstica. De ese modo, reconoce la inscripción de las actividades domésticas en un proceso social más amplios de producción, reproducción y consumo, que hace que las mismas varíen según clase social. Susana Torrado (1992, 2006), es quien desarrolla el clásico concepto de estrategia familiar de vida para estudiar la reproducción de la fuerza de trabajo desde el enfoque de las unidades familiares. Implica considerar los comportamientos, socialmente determinados y que son específicos de cada clase social, a través de los cuales los agentes sociales aseguran su reproducción biológica y optimizan sus condiciones materiales y no materiales de existencia. Sintéticamente, propone que la posición social de los agentes se

traduce en la percepción de determinados tipos de rentas que brinda los medios para subsistir y reproducir condiciones de existencia. Sautu et al. (2020), en cambio, estudia el estilo de vida que se corresponde a cada clase social y remite así al análisis del comportamiento, las pautas y modelos culturales que regulan las prácticas sociales, los usos y consumos, como una forma de analizar cómo se expresa el poder en una sociedad.

Queda claro entonces que el estudio de la posición social es determinante de las condiciones de vida y de las estrategias que despliegan los hogares, independientemente del concepto que utilicemos para ello, ya que “Las clases sociales dan cuenta de colectivos poblacionales que se diferencian entre sí sobre la base del control o exclusión de recursos económicos (propiedad de capital, autoridad, calificación).” (Sautu et al., 2020:22). Aunque las mismas no estén solo determinadas por prácticas económicas, sino también por las políticas, jurídicas e ideológicas, la naturaleza de las fuentes de información cuantitativa disponible hace que primen los análisis que se reducen a las prácticas económicas (Torrado, 1992).

Ahora bien, en términos operativos, para cartografiar la fisionomía que adopta la división social del trabajo en las sociedades resulta central el estudio del mercado de trabajo y de los puestos de trabajo. Pero puestos de trabajo es una variable empírica mientras que ocupación tiene mayor nivel de abstracción, lo que requiere operacionalizar una variable compleja para hacerla medible. Así, este estudio toma en cuenta la variable condición socio-ocupacional²⁵ construida por Susana Torrado y otros a partir de un conjunto de atributos ocupacionales (Torrado, 2006, 1992) y cuyo detalle se vuelca en el apartado metodológico operacional.

Partir entonces de la ocupación como categoría predictiva de la clase social, conlleva elaborar una escala de posiciones en la división social del trabajo (Sautu et al., 2010; Torrado, 1992), que organiza las agentes en estratos socio-económicos de pertenencia según posiciones sociales análogas. Claro que es relevante alertar sobre la posible cristalización de la clase social (Sautu et al., 2020; Torrado, 1992) en los agrupamientos elaborados a partir de los datos estadísticos, por ello es que esta tesis se inclina por enunciar el término “estratos” y no “clase social” en sí misma, dada la complejidad del estudio de las relaciones de clase. En el mismo sentido, se opta por

²⁵ Esta categoría es una de las disponibles en la base de datos utilizada y se considera pertinente al posicionamiento teórico adoptado.

“desigualdades socioeconómicas” en lugar de “desigualdades de clase”, ya que interesa enfatizar las posibilidades dispares de existencia en relación a las condiciones de vida.

1.2.2 Ceguera de género en los estudios de estratificación social y las posibilidades analíticas

La concepción multidimensional de la estratificación social implica por un lado que los rasgos adscriptos -como el género, la raza, etnia, edad, entre otros- son también una fuente de diferenciación social que se articulan con la clase social (Crompton, 1989; Sautu et al., 2020). Sin embargo, los esquemas ocupacionales a partir de los cuales se estudian las clases sociales presentan una deficiencia notoria que ha sido destacada desde los estudios de género y precisamente se vincula a su ceguera de género.

En esa última línea podemos ubicar al sociólogo neoweberiano J. Goldthorpe y al neomarxista E. O. Wright, que para la década de 1970 y 1980 desarrollan esquemas teóricos de clase que intentan reflejar su dimensión relacional, pero se mantienen ciegos al género (Crompton, 1989). Con ellos centralmente se polemiza respecto a la introducción de la dimensión de género en los estudios de estratificación social.

Crompton (1989) explica que la estructura ocupacional se encuentra generizada, ya que el proceso de segregación de mujeres y varones en las ocupaciones refleja la división sexual del trabajo. El género resulta entonces un factor importante que modula la división del trabajo, e implica que se encuentra integrado a la estructura social debido a su condición sistémica (Ariza & de Oliveira, 1999; Ariza & de Oliveira, 2000). Sin embargo, esta dimensión no ha sido incorporada en los esquemas ocupacionales que fueron construidos a partir de un modelo de empleo que era centralmente masculino²⁶, y que por tanto no incorporaban numerosas dimensiones de las desigualdades existentes en las sociedades modernas que también tienen relevancia para la estructuración de la división del trabajo (Crompton, 1994). La autora detalla que este rasgo deviene de la formulación originaria de las clasificaciones ocupacionales, en un momento en que el trabajo de las mujeres estaba concentrado en la esfera doméstica. Es así que a partir del incremento en la participación laboral de las mujeres y de los desarrollos teóricos de la

²⁶ Aquí se sostiene la noción de empleo ya que es el concepto utilizado por la autora en el marco del modo de enunciación que utilizan algunas autorías europeas. Sin embargo, se reconoce que el concepto de “trabajo” sería la forma más adecuada y pertinente de expresar la idea del mercado laboral en nuestro contexto atendiendo a su heterogeneidad estructural.

segunda ola del feminismo se han fortalecido estas críticas a partir del esfuerzo por explicar el vínculo clase-género²⁷.

Desde este enfoque que parte de las implicancias del estudio de la categoría género en la estratificación social, y que reconoce por lo tanto una determinada direccionalidad en dicho vínculo, se comparte la crítica central de la ceguera de género. La misma se asocia a la consideración generalizada de la ocupación del jefe de hogar como representativa del hogar, y da cuenta de los desafíos existentes para diseñar estrategias y herramientas metodológicas novedosas que incorporen la dimensión de género (Crompton, 1994; Gómez Rojas, 2008; Mora Salas, 2004). Específicamente se pueden reconocer dos nudos problemáticos, tanto desde el punto de vista conceptual como operacional. El hogar como unidad de análisis habitual en los estudios de estratificación presupone: la homogeneidad de sus integrantes y la existencia de una jefatura de hogar cuyo estrato social se considera representativo del hogar en su conjunto (Gómez Rojas, 2008; Mora Salas, 2004).

Siguiendo las referencias mencionadas, estos supuestos presentan dificultades para representar los cambios sociales producidos por el incremento de la participación de las mujeres en el mercado laboral y las transformaciones en las configuraciones familiares. Gómez Rojas (2008) se pregunta por la ubicación social de aquellos hogares donde ambos cónyuges trabajan en el mercado y las implicancias de otorgarle el mismo tratamiento a hogares con un solo cónyuge activo. Ello implica para la autora, profundizando en los dos nudos problemáticos, asumir que la posición en un estrato no está afectada por la naturaleza de los roles económicos de las mujeres y los varones (remitiendo a la categoría adscripta, género), que la posición de las mujeres es independiente de su propio estatus en el empleo y que las características laborales de las mismas no repercuten en la posición del hogar. Asimismo, explica que también supone homogeneidad en las posibilidades de vida, los mismos intereses y el mismo estándar de vida en todos los miembros del hogar.

Dichos nudos problemáticos son los centrales del debate de la época. Goldthorpe (1983) es uno de los autores que sostiene el enfoque 'convencional'²⁸. Si bien reconoce

²⁷ En apartado inicial de este capítulo retoma algunos de estos debates centrales, pero con el objetivo de comprender los saldos de los enfoques teóricos construidos que persisten y se actualizan con la perspectiva interseccional.

²⁸ Considera la familia como unidad de estratificación cuya posición en el sistema deriva del jefe de familia, típicamente el esposo-padre. Aunque sostiene esta idea por cuanto el varón sigue asumiendo la jefatura de hogar, en términos de la observación empírica, y no argumenta esta división sexual del trabajo en base a

las desigualdades de género que se dan especialmente en el mercado laboral, al reconocer que la forma en que las mujeres participan (en tiempo, duración y características) está condicionada por la imposición de las responsabilidades domésticas, no cree que el aumento de la participación laboral de mujeres casadas afecte la posición social de dichos hogares. En definitiva, el autor sigue considerando que las condiciones de vida que varían según las posiciones de clase, impactan en las mujeres fundamentalmente a través de la posición de sus esposos.

Para Wright (1989), en cambio, es incorrecto tanto considerar la posición de clase de la mujer casada y trabajadora a partir de la de su esposo, como considerar únicamente su propio trabajo. Para ello propone que la estructura de clase debe entenderse a partir de relaciones de clase directas y mediadas, reconociendo así no solo la relación que una persona tiene con medios de producción, sino también las relaciones familiares y con el Estado²⁹. De esa manera, introduce las relaciones de género que se dan en la familia debido al vínculo entre esposos y esposas, como relaciones de clase mediadas.

Las posturas antes mencionadas dan cuenta de miradas diferentes respecto al problema, pero también de la complejidad de desarrollar una propuesta analítica que reconozca cabalmente la condición de género y el aporte de ambos cónyuges trabajadores en el posicionamiento de clase. Pareciera que el rol económico de las mujeres toma protagonismo solo en los casos en que sea considerada jefa del hogar, posiblemente, cuando sea un hogar monoparental debido a las dificultades de definir una jefatura femenina ante la existencia de patrones culturales sexistas. La idea misma de jefatura de hogar se pone en cuestión, toda vez que se asienta en un modelo nuclear familiar donde 'el jefe' es un varón proveedor, prototipo de modelo familiar patriarcal (Mora Salas, 2004).

Las críticas feministas a los estudios de la estratificación socioeconómica también instalan propuestas metodológicas en vistas a sintetizar o mixturar en una única clasificación el estrato social de pertenencia y la condición genérica. Sin embargo esta opción de no es la única posible, en todo caso, ello implicaría asumir un enfoque

capacidades biológicas diferenciales o por diferencias en temperamentos o personalidad asociados a cada género. En ese sentido, toma clara distancia de los argumentos funcionalistas de la época.

²⁹ La propuesta del autor no implica que los intereses de clase sean determinados por las relaciones de clase directas y mediadas, por lo que para analizar la ubicación de clase de las mujeres casadas y trabajadoras debe considerarse la importancia relativa de las relaciones de clase directas y mediadas en la determinación de sus propios intereses de clase.

específico en torno al problema: partir de la estratificación social para analizar las implicancias de la inequidad de género.

Desde otro enfoque se postula que no sería posible integrar en un único índice de desigualdad social ambas variables ya que se trata de distintas formas de inequidad con dinámicas y trayectorias propias que no las hacen reducibles unas a otras (McCall, 2001 citado en de Oliveira, 2007)³⁰. En definitiva, en términos operacionales se suelen privilegiar las desigualdades de clase para examinar las diferencias de género al interior de los distintos sectores sociales. Se puede interpretar que esta perspectiva implica, contrariamente al enfoque anterior, observar las implicancias que genera la pertenencia a un sector socioeconómico en la configuración de las desigualdades de género. En esta línea analítica se concibe que la interacción entre los ejes puede potenciar o minimizar los efectos de los otros ejes, así procuran observar la medida en que dicho cruce profundiza o disminuye la desigualdad intrínseca a la estructura social (Ariza & de Oliveira, 2000). Esta aproximación permite destacar las dimensiones a considerar en un análisis contextualizado, sin perder de vista la articulación compleja que generan las múltiples desigualdades sociales en las sociedades contemporáneas.

Esta línea de análisis se profundiza a continuación en desarrollos teóricos que comprenden la vinculación entre estrato social y género a partir de los conceptos de división social y sexual del trabajo, como aproximación a los procesos de diferenciación de género y su imbricación con la condición socioeconómica.

1.2.3 La imbricación de la división social y sexual del trabajo³¹

En el apartado anterior se vislumbró un planteo restringido o acotado de la división sexual del trabajo al ámbito ocupacional, sin embargo, el género como

³⁰ Son tres los elementos que se destacan como diferenciadores de ambos ejes de diferenciación social: el grado de adscripción, la mayor o menor inclusividad (el origen de la desigualdad de género excede la dimensión estrictamente económica) y la distinta pertinencia histórica (Ariza & de Oliveira, 1999; Ariza & de Oliveira, 2000).

³¹ Sin desconocer los debates asociados al modo de conceptualizar la división del trabajo de acuerdo a la identidad sexo-genérica de las personas, en este escrito consideramos de igual manera los siguientes términos: división sexual del trabajo, división sexo-genérica del trabajo y división del trabajo según género como una invitación a desestabilizar las categorías y reflejar el debate en curso. Coincidimos con la necesidad de superar abordajes binarios que promuevan el reconocimiento de otras identidades sexo-genéricas y que superen aquellas miradas esencialistas, pero no podemos desconocer que los modos de enunciar el fenómeno bajo estudio recuperan enfoques y tradiciones teóricas, tal como manifiestan Amaia Pérez Orozco (2014) y Danièle Kergoat (1997b). En ese sentido, cuando se expone la idea de algún autor o autora, se procura respetar el modo de enunciación original, ya que también -en algunos casos- son marcas de la época en que fueron producidos.

construcción social de las identidades no solo se manifiesta en la estructura ocupacional así como tampoco se limita a una dimensión material (que la reduce centralmente a la división sexual del trabajo). En otros términos, la división sexual del trabajo es solo una de las formas que encuentra el sistema de género para materializar la jerarquización entre géneros, pero además la misma es transversal a toda institución social. A continuación se recuperan algunas nociones de la teoría feminista que resultan claves para el desarrollo del enfoque que aquí se propone así como para comprender sus particularidades y límites.

La causa principal de las desigualdades de género ha sido largamente debatida en los estudios de género y ello se evidencia en las distintas concepciones que enfatizan alguna dimensión de análisis (como representación social, estatus, división sexual del trabajo, u organización de poder), así como en los enfoques de mayor actualidad como los posestructuralistas o poscoloniales. Cabe mencionar que la dimensión material traducida en los análisis de la división sexual de trabajo ha estado siempre presente y ha sido una de las vertientes de este debate. En esta tesis se recuperan algunas autorías de referencia en los estudios de división sexual del trabajo y reproducción social, pero con una permanente vigilancia epistémica sobre la complejidad de las tramas de poder.

El sistema de género se configura a partir de determinantes macro y micro que operan sobre diversas esferas de la realidad social dentro de las cuales las instituciones cumplen un papel fundamental (cultura, política, Estado, familia, etc.). Tradicionalmente y a pesar de dicha multidimensionalidad, se han reconocido algunos ámbitos que resultan significativos para la reproducción de las desigualdades de género dado el papel preponderante que tienen las mujeres en los procesos de reproducción social, estos ámbitos son la familia y el mercado (Ariza & de Oliveira, 1999)³². Sin embargo, no solo basta con analizar ambos ámbitos o esferas, sino que es necesario problematizar su dinámica, esto es el antagonismo y la contradicción entre grupos sociales. Para ello Danièle Kergoat (1997b) introduce la noción de relaciones sociales (de sexo y de clase) por cuanto implican relaciones de poder, que en el caso de las relaciones sociales entre grupos de sexo se juegan en la división sexual del trabajo (Hirata et al., 1997; Hirata & Kergoat, 2020).

³² La propuesta analítica de Oliveira y Ariza (1999, 2000) destaca que tanto la división sexual del trabajo como el sistema de parentesco tienen un peso importante en la perpetuación de las desigualdades por razones de género, y en particular conciben la división sexual del trabajo como una forma de ilustrar la interrelación clase y género.

Este término es central en esta investigación porque se identifica a partir de numerosas autorías como un concepto clave para anudar el vínculo género-estrato socioeconómico como ejes de diferenciación social. Aunque existan distintas perspectivas³³, es un indicativo del consenso en el abordaje del tema. A continuación, profundizaremos en las definiciones de división sexual del trabajo para luego explicitar su imbricación con el estrato socioeconómico.

Kergoat (Kergoat, 1997a; Kergoat, 2003; Hirata & Kergoat, 2020) define que la división sexual del trabajo es la base material de las relaciones sociales de sexo, aun cuando también existen otras. La diferenciación jerarquizada de las actividades implica una jerarquía entre los propios grupos de mujeres y varones, y por tanto una relación de poder. Cabe mencionar que la autora remite a “relaciones sociales de sexo” porque recupera la tradición del feminismo marxista francés, pero entiende el sexo no como destino biológico sino como sexo social³⁴. Considera que dichas relaciones remiten a una visión sexuada de la organización social que implica ciertos principios, entre ellos que los grupos sexuados son constructos sociales que se construyen por tensión, oposición o antagonismo. Se entiende que esta concepción posibilita sortear el abordaje netamente materialista de la división sexual del trabajo al introducir la idea de los grupos sexuados, por cuanto dialogar con la construcción misma de sujeto sexuado. De este modo da entrada a una dimensión subjetiva que luego se analiza³⁵.

De Oliveira y Ariza (1997) plantean precisamente que la desigualdad de género institucionaliza la asimetría entre mujeres y varones y destacan la segregación como la manifestación central del proceso de exclusión de las mujeres. La segregación configura espacios diferenciados entre grupos sociales a partir de atributos particulares, pero esta distinción no es neutral ya que legitima esferas de autoridad y determina un acceso

³³ Sea considerada una manifestación de la mediación del género en la división del trabajo, esto es, considerar al género como un factor de los tantos que estructuran la división del trabajo como un todo (Crompton, 1989), o en cambio, sea considerada desencadenante de la desigualdad de género desde un enfoque bidimensional de la estratificación social (Mora Salas, 2004), existen consensos sobre la relevancia del concepto para el abordaje de este problema.

³⁴ Se puede consultar Kergoat (1997a) para profundizar en este posicionamiento, donde la autora expone la imposibilidad de oponer “relaciones de género” a las “relaciones de sexo” por ser ambos altamente polisémicos. Incluso reconoce que ambos términos coinciden en su amplio espectro de posibles acepciones, por lo que considera que la diferencia remite menos a diferencias conceptuales que a formalizaciones preferenciales. Tal como anunció, en este escrito se respetará el modo de enunciación original, pero sin desconocer que ello es resultado de un contexto de producción científica particular: el feminismo francés. En dicho período también se reconoce en la tradición inglesa el uso extensivo del concepto género (Rey, 2021).

³⁵ Pensar el trabajo individualmente como producción de sí, esto es no solo transformar el mundo sino también a uno mismo, implica considerar necesariamente la subjetividad (Kergoat, 2003).

desigual a recursos sociales. La segregación según género implica entonces que los atributos construidos culturalmente acerca de lo que es ser varón o mujer, así como cualquier otra identidad de género, demarcan los límites de los espacios, “para institucionalizar una diferencia, que a su vez ratifica un determinado orden social” (1997: 186).

La división sexual del trabajo entonces encarna la segregación ya que distribuye las tareas en el ámbito de la producción y del hogar entre mujeres y varones de acuerdo a un criterio de género. Mediante la diferenciación y jerarquización de esas tareas, y por tanto su valoración dispar, es que se manifiestan las relaciones de poder entre géneros (De Oliveira & Ariza, 1997; Kergoat, 1997a; Kergoat, 2003). La asignación de trabajos según género opera en ambas esferas, configurando en cada uno de ellos territorios femeninos y masculinos. En definitiva, la división sexual del trabajo opera como lógica transversal en el ámbito de la producción y del hogar, sintetizando un vínculo entre la familia y el mercado (Ariza & De Oliveira, 1999; Ariza & De Oliveira, 2000).

Interesa ahora recuperar la dimensión subjetiva que se introdujo anteriormente para evidenciar el diálogo con la dimensión material de la división sexual del trabajo. Reconocer a los agentes económicos como sujetos sexuados implica la construcción de subjetividades sexuadas que se configuran por medio de y en los vínculos intersubjetivos. Esta construcción está permeada y permea el sistema de género, que es asimismo un sistema cis-hetero-normado.

Amaia Pérez Orozco (2014) con gran claridad manifiesta que “Las subjetividades socioeconómicas están sexuadas y esto afecta a la materialidad socioeconómica.” (165). La autora concibe que el sistema socioeconómico está sexuado a nivel simbólico, subjetivo y material. Ello le permite comprender cómo las instituciones económicas no son solo portadoras de género, sino que además abonan a la reconstrucción sexuada de agentes económicos, que evidencia el rol activo que las instituciones económicas tienen en las formas de entender lo femenino y lo masculino. Para ello la autora reconoce la distinción básica del binarismo de género sobre la que se asienta dicha construcción. “A nivel subjetivo, constituirse como hombre implica adherirse a una ética productivista y constituirse como mujer hacerlo a una ética reaccionaria del cuidado. A nivel material, se traduce en la división sexual del trabajo cristalizada en la familia nuclear como normatividad económica” (Pérez Orozco, 2014: 168).

Ahora bien, el potencial de la categoría género nos permite pensar la división sexual del trabajo más allá del binarismo. Ello implica concebir el género no desde la

construcción de identidades establecidas y dicotómicas de lo femenino y masculino en tanto categorías inamovibles y universales, sino más bien como constructor de subjetividades situadas y por tanto móviles y dinámicas en el marco de estructuras socio-políticas, económicas, culturales e históricas. Nos posibilita considerar la división sexual del trabajo como uno de los elementos que integra la red de instituciones, prácticas y discursos, históricamente situadas, que construyen subjetividades generizadas (Bonder, 1998; de Lauretis, 1996 [1989]).

En ese sentido, Gloria Bonder permite pensar dos aspectos del proceso de subjetivación para comprender la división genérica del trabajo. Por un lado, rescata que desde un enfoque poscolonial el proceso de subjetivación debería pensarse a partir de la trama de posiciones que se inscribe en relaciones de fuerza donde se juegan complicidades y resistencias, dicho en otros términos, debe pensarse como un proceso de construcción en clave interseccional que “emerge de una compleja interrelación de identificaciones heterogéneas situadas en una red de diferencias desiguales.” (Bonder, 1998: 5). Además, desde el feminismo posmoderno de Butler, el género es aquello que hacemos en la interacción social e implica capacidad de agenciamiento en el desarrollo de estilos genéricos (Bonder, n.d.), por tanto la posibilidad de subvertir o modificar aspectos de la identidad genérica socialmente reconocida.

Pérez Orozco (2014), desde la socio-economía, afirma este posicionamiento al enfatizar que la división sexual del trabajo es constitutiva de una matriz heteropatriarcal, que comprende bajo la noción de performatividad del género. Así, la (re)construcción sexuada de agentes económicos se produce mediante las interacciones económicas que se dan bajo esa matriz. Esta concepción se desliza al reconocimiento de la normatividad heterosexual y del binarismo de género. Invita, a nuestro entender en línea con el planteo de Bonder, a interrogarse por quienes “no se ajustan a la norma” para poder comprender las diferentes materializaciones según grupos sociales (Pérez Orozco, 2014: 166). De acuerdo a los avances en los debates actuales de la teoría feminista y el posicionamiento enunciado sobre el enfoque interseccional, la división sexual del trabajo se entiende entonces bajo una matriz cis-hetero-sexista-patriarcal-racista-clasista-capacitista.

Cabe mencionar que el abordaje hasta aquí planteado es el enfoque que se asume como necesario para comprender la división del trabajo según género desde los estudios feministas, pero también debemos reconocer los límites que la metodología y los datos secundarios disponibles tienen para dar cuenta del mismo. En ese sentido, el análisis de esta tesis versa sobre las prácticas y actividades cotidianas asociadas al trabajo. Se

aproxima entonces a la dimensión institucional de las relaciones de género, mediante el estudio del hogar y el mercado de trabajo.

El enfoque que se propone en esta tesis parte entonces del enfoque interseccional para observar las desigualdades. En particular, se comprende analíticamente el vínculo estrato social-género a partir de la imbricación de la división social y sexual del trabajo, con la cual existe amplia coincidencia (Hirata et al., 1997; Ariza & De Oliveira, 1999; Ariza & De Oliveira, 2000; de Oliveira, 2007), pero además porque posibilita focalizar en aquella la lógica común y transversal que configura el mundo del trabajo.

Siguiendo el planteo de Ariza y De Oliveira (1999, 2000), la división sexual del trabajo como parte de la división social del mismo implica considerar que en conjunto organizan jerárquicamente el acceso a las oportunidades de trabajo e ingreso, y valorizan y retribuyen diferencialmente el resultado de estas actividades de acuerdo con criterios de clase y género. Explican así que “la división social del trabajo se asienta sobre las líneas de género demarcadas por la división sexual. O, en palabras de Scott MacEwen, la división social del trabajo se encuentra «embebida», imbuida, de la construcción de género.” (Ariza y de Oliveira, 1999: 77).

Esta idea de “encastración” o “imbricación”, podría asociarse a la de “consustancialidad”³⁶ de las relaciones sociales que propone originalmente Daniele Kergoat (2003) y que recupera Helena Hirata (1997). Este término es definido, por la primera autora, como unidad de sustancia aludiendo que las relaciones de género o de clase son de la misma índole que cualquier otro tipo de relación social, aunque pueden asumir características propias. Además, la consustancialidad implica que “separar” los tipos de relaciones sociales solo es posible a los fines analíticos de quien investiga. Esta mirada implica concebir que las relaciones sociales se juegan en todos los campos sociales sin limitarlas a esferas particular ni jerarquizarlas, lo que claramente salda con enfoques dicotómicos (Kergoat, 1997a; Kergoat, 2003) o duales. Estas ideas se enlazan con lo desarrollado en apartados anteriores respecto a la interseccionalidad.

En definitiva, el concepto les permite a ambas autoras poner en el centro de escena a un sujeto que es sexuado y está inscripto en una red de relaciones intersubjetivas. De esa manera, las subjetividades (sexuadas, de clase, de raza, y de múltiples inscripciones posibles) es lo que les posibilita analizar el trabajo desde el indisociable vínculo de la clase y el género.

³⁶ Identificamos que en otras traducciones de las autoras este término aparece como “co-extensión”.

Aunque sabemos que la integración de las relaciones de género y clase asume formas específicas en cada contexto y situación, es posible identificar algunas características del vínculo integral que tiene estas dos variables en el sistema de estratificación. Según Ariza y de Oliveira (1999, 2000) son tres los elementos que permiten comprender metodológicamente las particularidades de dicho vínculo:

- La reciprocidad e interdependencia es lo que caracteriza el vínculo entre la estratificación de género y clase. Esto implica que la reproducción de uno de estos vectores conlleva a la del otro, y da cuenta de que es un problema de característica multidimensional.
- De lo anterior, se desprende que ambos vectores son dimensiones complementarias del proceso de estratificación social general. Allí es donde las autoras enfatizan la necesidad de sopesar la magnitud de la desigualdad que se genera en el cruce de ambos ejes.
- Las consecuencias que produce el vínculo de estos ejes de diferenciación dependerán del grado de apertura o rigidez que tenga cada uno de ellos, así como del contexto social del que se trate.

En ese sentido, y para finalizar, de Oliveira (2007) también plantea que las diferentes formas de desigualdades sociales se articulan y operan simultáneamente configurando “inequidades persistentes que actúan en contra de los sectores más vulnerables de la sociedad mediante un proceso de acumulación de desventajas sociales.” (2007: 811).

CAPITULO 2. REPRODUCCIÓN SOCIAL Y TRABAJO DE CUIDADO

2.1 El trabajo de cuidado y su rol sistémico en la economía

2.1.1 Una contradicción estructural del sistema capitalista-cis-hetero-patriarcal

Los estudios sobre los temas de las mujeres en la economía tienen antecedentes que pueden rastrearse hasta principios de siglo XX, pero es recién en la década de 1960 que éstos proliferan de manera significativa al abordar la producción doméstica como un tema central. Esta incorporación tardía se vincula, entre otras, a la propia definición de las fronteras disciplinares (tanto de la corriente neoclásica como las heterodoxas) que considera la economía de mercado como eje central de sus análisis y deja por fuera un trabajo absolutamente necesario para la sostenibilidad de la vida humana y por ende para la reproducción de la fuerza de trabajo (Carrasco, 2006a).

Este recorte específico de la disciplina, junto a su instrumental analítico-conceptual, pueden interpretarse a la luz del proceso de reestructuración de la realidad social. En términos históricos debemos ubicar aquellos cambios que existieron en las condiciones del trabajo familiar doméstico, los que Carrasco, Borderías y Torns (2011) explican a partir del proceso de industrialización junto a la gesta de la 'nueva ideología de la domesticidad'. Interesa destacar dos elementos del planteo de las autoras acerca de dicha transformación. Por un lado, al producirse un vaciamiento de las funciones productivas a nivel familiar (Tilly y Scott, 1979 citado en Carrasco et al., 2011) se coloca la centralidad del trabajo familiar en los trabajos de cuidados. Por el otro, la nueva ideología de la domesticidad ubica a las mujeres como las responsables 'naturales' del cuidado, lo cual conduce además a un proceso desconocido hasta entonces, de re-significación de la maternidad en conflicto con actividades productivas (Knibiehler y Fouquet, 1977 citado en Carrasco et al., 2011). Esto permite observar que la organización social de los trabajos de cuidado, tal como la conocemos hoy en día, es resultado de un proceso histórico que se gesta en la transición al capitalismo liberal y que se asienta además en una clara división sexual del trabajo.

En la misma línea de análisis se reconoce que en la Modernidad se instituye una específica noción de trabajo en un lugar hegemónico. La generalización de las relaciones de producción capitalistas y el proceso de escisión y especialización de los espacios en

público/laboral y privado/doméstico, hicieron que la noción de trabajo que se inscribe en la economía de mercado se ubique en un lugar de privilegio en relación a las restantes formas de trabajo, que fueron relegadas a una posición subordinada (Delfino, 2012).

Así se configuran las fronteras entre trabajo remunerado y no remunerado, como procesos sin relación aparente. Sin embargo, Picchio (2005) expone que esta desconexión de las esferas a nivel analítico no es azarosa, sino que sirve para ocultar la tensión entre la producción de mercancías para el mercado y la reproducción de las personas, que se canaliza mediante la absorción de las responsabilidades reproductivas en la esfera privada. Dicho proceso se explica, según la autora, como parte de la estructura misma del sistema capitalista, pero queda velado al ámbito íntimo para `resolver`, fundamentalmente con el trabajo de las mujeres, la tensión que produce la naturaleza del mercado laboral asalariado -como forma histórica particular de intercambio de trabajo y medios de subsistencia-. Este punto luego se retoma y profundiza en este capítulo.

Visibilizar y reconocer como trabajo las tareas no remuneradas realizadas en el hogar fundamentalmente por mujeres fue entonces el objetivo del debate que se instala hacia mitad del siglo XX. Se identifican diferentes perspectivas teóricas que en dicho período discuten acerca de la naturaleza, el rol y la relación que el trabajo doméstico tenía con el modo de producción capitalista (Carrasco, 2006a). Desde miradas marxistas, feministas y hasta neoclásicas, llegando así a la corriente principal de la economía de la mano de la Nueva Economía Doméstica con Gary Becker como referente de esta vertiente.

Desde la economía feminista se enfatiza el papel que el trabajo de cuidado, entendido de manera acotada al trabajo doméstico y de cuidado no remunerado realizado en los hogares, tiene en la reproducción de la fuerza de trabajo y en el funcionamiento de la economía. Esto lleva necesariamente a centrar como eje de análisis el proceso de reproducción social y considerar el conjunto de trabajos orientados a la satisfacción de las necesidades humanas y los niveles de vida³⁷. En ese sentido, se pueden comprender las reformulaciones feministas al concepto de reproducción social. Una idea que históricamente ha estado asociada a la reproducción de la sociedad como un sistema integral, encuentra desde la mirada feminista una conceptualización más acotada

³⁷ Se reconoce el potencial del enfoque de la articulación producción-reproducción que concibe la autonomía relativa de las esferas (Barrere-Maurisson, 1999; Humphries & Rubery, 1994) así como el aporte que el mismo realiza en términos de superar la posición subsidiaria que tradicionalmente se le ha otorgado a la reproducción de la población. Sin embargo, también se identifica un planteo que persiste dicotómico (Carrasco, 2006b).

(Arruzza & Bhattacharya, 2020; Oliveira & Salles, 2000). Algunos elementos comunes que se evidencian en distintas definiciones son que la reproducción social contempla la reproducción biológica (construcción social de la maternidad), reproducción de la fuerza de trabajo (educación y aprendizaje) y la satisfacción de necesidades de cuidado (donde participan distintos sectores) (Carrasco et al., 2011). Así, queda en evidencia que la economía del cuidado es parte del proceso de reproducción social, del que intervienen distintas instituciones, procesos, actividades, mercados, sujetos y relaciones personales y sociales.

Picchio (1994, 2003) plantea que para comprender la reproducción social de las personas es necesario observar y clarificar el vínculo con la producción de mercancías en el sistema capitalista, no se trata tanto de ampliar la definición del término trabajo sino de poder interpretar teóricamente el trabajo de reproducción en el sistema económico. Analizando las tensiones, vinculaciones funcionales, y conflictos propios de un sistema en el que la subsistencia de buena parte de la población está mediatizada por el salario. En dicho marco establece que la tensión entre ambos procesos se vuelca/resuelve/dirime en la esfera de los hogares, centralmente a través del trabajo doméstico, pero tiene su origen en las características específicas del mercado laboral asalariado; esto es una forma histórica particular de intercambio de trabajo y medios de subsistencia. El núcleo central del análisis remite entonces al vínculo entre las condiciones de trabajo y condiciones de vida, en tanto expone el problema de “la inseguridad endémica en el acceso a los medios de subsistencia mediante el trabajo asalariado” (Picchio, 1994, 2003), que deviene de la tensión entre el proceso productivo y el de reproducción social de las personas.

Dicha tensión es definida por Fraser (2016) como contradicciones socioreproductivas del capitalismo, que son inherentes al sistema pero que adquiere modalidades diferentes en cada forma histórica que adopta la sociedad capitalista. La autora explica esta contradicción al precisar que los cuidados son una condición para la acumulación del capital, pero a su vez ésta última desestabiliza los procesos de reproducción social en los que se asienta. Esa contradicción estructural del sistema socioeconómico capitalista es (cis)heteropatriarcal, ya que se manifiesta en los valores asociados a la masculinidad blanca reflejados en la esfera de la acumulación y en la necesaria dimensión invisibilizada de cuidados feminizados, pero además es colonialista y medioambientalmente destructor (Pérez Orozco, 2019).

En la actualidad, la noción de reproducción social que aquí se introdujo se asocia a la de sostenibilidad de la vida (Agenjo Calderón, 2013; Orozco, 2013; Carrasco Bengoa,

2016). Este giro, nuevamente, busca posicionar el abordaje desde la teoría feminista crítica en un re-centramiento del bienestar y la calidad de vida en toda su complejidad.

2.1.2 Condiciones de vida y de trabajo: una propuesta analítica

Integrar entonces en una propuesta analítica los vínculos entre las desigualdades de género, el trabajo de reproducción y el sistema económico, es una tarea que Picchio (2001) desarrolla a partir del flujo circular de la renta ampliado³⁸. Incorpora el trabajo reproductivo no remunerado al clásico esquema del flujo circular de la renta³⁹, a través de lo que llama espacio de 'desarrollo humano' donde se dan acciones vinculadas al bienestar de las personas. Bajo esta propuesta detalla tres funciones del trabajo reproductivo:

- Ampliación de la renta monetaria permitiendo extender los niveles de vida (transformación de bienes y servicios).
- Expansión de ese nivel de vida ampliado, en forma de bienestar (disfrute de niveles específicos, convencionalmente adecuados, de educación, salud, vida social).
- Reducción de la población trabajadora a los efectivamente empleados (el trabajo reproductivo sirve de apoyo para la selección de las personas y las capacidades personales utilizadas en el proceso de producción)

Dos elementos resultan centrales de esta propuesta, por un lado, el rol sistémico que el trabajo de cuidado presenta en el sistema socioeconómico, y por el otro la concepción del hogar y el comportamiento de los agentes en su interior.

El primero, de acuerdo con Rodríguez Enríquez (2013), se asocia a la capacidad de generar bienestar y sostener niveles de vida adecuados. La autora explica con precisión que el trabajo de cuidado transforma los bienes y servicios adquiridos en el mercado (por ejemplo, alimentos) en bienestar efectivo (por ejemplo, cena familiar), enfatiza asimismo que las personas que sobreviven gracias a este bienestar adquirido se transforman en fuerza de trabajo, al incorporarse al mercado laboral. En otros términos, el trabajo no remunerado permite ampliar la renta al cubrir el desfase entre los ingresos disponibles

³⁸ La autora recupera centralmente los desarrollos teóricos de la economía política clásica para comprender el rol y aporte del trabajo de cuidado al sistema socioeconómico en su conjunto. Sin embargo, la propuesta del flujo circular de la renta ampliado se asienta sobre el instrumental analítico de la perspectiva neoclásica.

³⁹ El esquema sintetiza el funcionamiento de la economía mediante la participación de las empresas y los hogares, graficando los flujos reales (factores, bienes y servicios) y monetarios (precios y salarios) que se dan entre los mismos en el mercado.

y las normas sociales de consumo, en particular, entre las condiciones del trabajo asalariado y las condiciones de vida (Picchio, 2001).

El segundo elemento, las decisiones y el comportamiento de mujeres y varones respecto al reparto de los trabajos y las rentas en los hogares, son resultado de un proceso social complejo regulado por normas sociales enraizadas a lo largo del tiempo en cada contexto particular (Picchio, 2001)⁴⁰. Asimismo, los hogares no se conciben como ámbitos armónicos, sino que son espacios de negociación, cooperación y conflicto.

La teoría neoclásica⁴¹, mediante la Nueva Economía Doméstica (NED), asume en cambio que en dichas decisiones prima un criterio de eficiencia determinado por el deseo racional de maximizar el consumo y minimizar tiempo y esfuerzo. Considerando las restricciones de los ingresos y del tiempo, la NED presupone la existencia de mecanismos de ajuste espontáneo y automático, a partir de los cuales los salarios, las condiciones de vida, las costumbres y las decisiones en materia reproductiva son infinitamente adaptables a las variaciones de los precios relativos de las mercancías o de los factores productivos, dentro de un continuo de opciones marginales alternativas (Picchio, 2001). Así, las elecciones de participar en el mercado laboral o asumir la responsabilidad de las tareas de cuidado están determinadas por la variación de los precios relativos y los salarios⁴². Esta elección óptima se asienta en la teoría de las ventajas comparativas, por la que los recursos de cada miembro del hogar se asignan a las actividades en función a su eficiencia comparada o relativa.

La NED explica la división sexual del trabajo a partir de supuestos de características de género que considera estáticas [mayor capacidad femenina para llevar adelante las tareas de cuidado] (Benería, 2003). Esto lleva a una crítica nodal a partir de la consideración de la categoría de género como una construcción socio-histórica, política y cultural de las relaciones sociales entre mujeres, varones e identidades de la diversidad sexo-genérica. Las decisiones y elecciones de las personas están atravesadas por las relaciones de género, que establecen mandatos y estereotipos, por medio de los que se explica esa especialización -no natural- de las mujeres en el trabajo de cuidado y los

⁴⁰ En definitiva, los niveles de vida se definen también socialmente de acuerdo a los contextos específicos y están regulados por normas sociales.

⁴¹ El análisis de las críticas feministas a la NED que aquí se expone recupera algunos elementos del trabajo realizado por Delfino y Logiodice (2022).

⁴² Desde esta perspectiva las condiciones de vida se conciben como resultado final de las decisiones de mercado y en definitiva, adaptables respecto a los procesos de acumulación (Picchio, 2009).

varones en el trabajo remunerado (Rodríguez Enríquez, 2013). Esto implica considerar aspectos como el poder de negociación relativo (Folbre & Hartmann, 1999) y la distribución del poder entre los familiares ya que son fundamentales en la adopción de las decisiones (Strassmann, 2004). En el siguiente apartado de este capítulo se profundizan en los condicionamientos de los hogares vinculados a la organización de los cuidados.

Por último, la falta de reconocimiento de las estructuras institucionales y las pautas culturales, tornan ahistórico el modelo de la NED. En ese sentido, cabe aclarar que la propuesta antes desarrollada no reduce la reproducción al ámbito del hogar, pero si enfatiza su rol protagónico dado el peso que tiene el trabajo no remunerado en el funcionamiento del sistema económico y social. Esta centralidad deviene de la forma en que socialmente y políticamente se organiza la reproducción de las personas y los cuidados (Rodríguez Enríquez, 2015).

2.2 Red institucional de cuidado, una organización social y política

2.2.1 Niveles, instituciones y responsabilidades de cuidado. Encadenamiento móvil

El trabajo de cuidado es productor de bienestar en los hogares al aproximar la distancia que se produce entre las condiciones de trabajo y las condiciones de vida deseables de la población, pero sabemos que además existen otros componentes que promueven y protegen el bienestar social y los mismos pueden interpretarse desde la economía del cuidado. En sociedades capitalistas los satisfactores de necesidades para la reproducción de la población están mayormente mercantilizados, por lo que la participación de los hogares en la distribución primaria y secundaria de los ingresos es central (Poy, 2019). Ello denota la relevancia de la participación en el mercado laboral pero también de la intervención social del Estado. Los hogares despliegan, además, otros recursos y relaciones para mejorar sus condiciones de vida, como pueden ser los vínculos familiares y redes comunitarias.

Es necesario, entonces, considerar un marco de referencia más amplio que permita captar las relaciones institucionales y el contexto en que operan los sujetos para resolver los cuidados. Así, siguiendo la propuesta analítica que se introdujo anteriormente de Picchio (2001), al rol de la familia y las empresas se integra el papel del Estado y la

sociedad civil, mediante los servicios públicos y comunitarios necesarios para la subsistencia de la población. Reconocer este tejido institucional que ubica las prácticas cotidianas de cuidado en un contexto que articula una diversidad de actores, instituciones, lógicas, ofertas y demandas de cuidado, remite a una red que configura la organización social de los cuidados (OSC)⁴³. Rodríguez Enríquez (2015) la define como la forma en que, de manera interrelacionada, las familias, el Estado, el mercado y las organizaciones comunitarias producen y distribuyen cuidado. Esta definición se asocia a la de 'diamante del cuidado' propuesta por Razavi (2007), quien amplía la noción de diamante de bienestar al dominio del cuidado. La autora no solo reconoce las instituciones intervinientes, sino que también problematiza acerca de los límites de las responsabilidades de cada uno, en tanto las mismas son variables en función a demandas sociales y a la acción estatal. Esto alerta sobre las problemáticas de toda tipología ya que, como destaca la propia autora, existen superposiciones, mixturas y relaciones entre los eslabones del diamante. Así la OSC implica una "configuración dinámica de servicios de cuidado" (Faur, 2014) que presenta una "continuidad de actividades, trabajos y responsabilidades" (Rodríguez Enríquez; 2015: 40).

Este abordaje trasciende el nivel microsocioal e integra los niveles meso y macro. Elson (1994), desde la economía política, destaca la necesidad de incorporar en los estudios de la economía feminista estos niveles analíticos, ya que el nivel de la familia e individual es el que ha sido mayormente abordado en estudios feministas. Pero enfatiza la consideración de la orientación masculina de las instituciones mediadoras (nivel meso) y los agregados monetarios (nivel macro). Siguiendo a la autora, a nivel macro es fundamental identificar la capacidad limitada que tiene el dinero para sostener y reproducir la fuerza de trabajo que el sistema socioeconómico requiere, y por tanto se debe reconocer la interdependencia entre la economía monetizada y no monetizada⁴⁴. Por ello es central tomar en consideración la intervención del Estado, la comunidad y el aporte

⁴³ Se reconoce también, aunque en menor medida, el uso de la noción de economía del cuidado en sentido amplio para remitir al sistema de reproducción social, integrado por el trabajo no remunerado y la provisión pública y privada de servicios de cuidado. Sin embargo, en la región este concepto se asocia centralmente al trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, adquiriendo así un sentido más acotado (Rodríguez Enríquez, 2005; Esquivel, 2012a).

⁴⁴ Elson (1994) propone analizar el papel del dinero, como elemento clave del nivel macro, ya que éste puede movilizar el esfuerzo humano (vía precios y salarios) que resulta en la producción que se considera en los agregados monetarios típicos. Pero el dinero tiene un límite, no tiene la capacidad de movilizar todos los recursos necesarios para sostener y reproducir la vida, dependiendo así del trabajo reproductivo no remunerado. En otros términos y desde un análisis macro, la autora remite a la contradicción sistémica que antes se introdujo con Fraser y Picchio.

del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado que se hace en los hogares. A nivel meso es necesario reconocer que las instituciones (mercados, empresas y dependencias de gobierno) son portadoras de género, pudiendo reconocerlo mediante el estudio de las normas y redes de protección social que promueven. En ese sentido, podríamos sintetizar que en la confluencia de proceso macro, meso y micro se da la reproducción social de la vida y se brindan y reciben cuidados.

Inicialmente, los cuidados se introducen como dimensión de análisis de las políticas sociales ante la demanda hacia los Estados por contemplar la organización de los cuidados como elemento del bienestar (Carrasco et al., 2011; Razavi, 2007). La idea que a distintos regímenes de bienestar se asocian distintos `regímenes de cuidado`, según se asignen las responsabilidades de cuidado y distribuyan los costos de proveerlos (Sainsbury, 1999), permite integrar una mirada transversal de los pilares del bienestar y comprender su participación relativa en la provisión de cuidados, superando así el abordaje particular de políticas sociales hacia el conjunto de políticas existentes (Esquivel, 2012a). Sin embargo, se debe destacar que la idea acerca de la organización social del cuidado toma preeminencia en los países latinoamericanos en detrimento de la idea de régimen de cuidado, ya que no es posible considerar un único régimen en estos países, en tanto se evidencia un comportamiento menos monolítico y más fragmentario de la política social (Faur, 2014)⁴⁵.

Además de esta característica fragmentaria en la provisión de servicios de cuidado, el rol de Estado es significativo por cuanto supone y/o promueve ciertos roles mediante su intervención, como puede ser el deber de provisión por parte de ciertas familias y mujeres en ellas. En ese sentido el análisis de políticas públicas, sociales y laborales, ha hecho también un aporte en el reconocimiento de la maternalización de los cuidados y de los roles de género en la asignación de responsabilidades y obligaciones.

En términos analíticos se pueden clasificar tres dimensiones centrales las políticas públicas de cuidado: los tiempos, los recursos económicos y los servicios de cuidado (Ellingstaeter, 1999 en Rico & Robles, 2016). A las que se agrega una cuarta dimensión

⁴⁵ Faur (2014) plantea la existencia de un modelo híbrido de OSC para América Latina, ya que en realidad existen modelos superpuestos con oferta segmentada de tipos de políticas y calidad de las mismas según estrato socio-económico.

referida a la regulación, que incluye por ejemplo estándares de calidad y normativa laboral asociada a su desarrollo (Rico & Robles, 2016).

Ubicar entonces los cuidados en un contexto político más amplio que refleja los valores dados en una sociedad, sus leyes e instituciones, implica un proceso político que transcurre a nivel institucional (Tronto, 2015). Desde el enfoque que aquí se propone se destaca que los cuidados, además de un trabajo y una relación, son una responsabilidad socialmente construida (dimensión normativa) inscrita en contextos sociales y económicos particulares (dimensión institucional) (Esquivel, 2012a). Posteriormente en este escrito se profundiza en las dimensiones de análisis de los cuidados.

2.2.2 El trabajo remunerado como eslabón de la red de cuidados

Si bien en el primer apartado del presente capítulo se analizó el vínculo estructural que presenta el trabajo de cuidado con el sistema económico y el mercado laboral, aquí se destaca el rol que presenta y la importancia que tiene el trabajo remunerado en el macro de la OSC.

Existen varios aspectos encadenados que permiten pensar el vínculo que aquí se intenta exponer. Las responsabilidades de cuidado como una limitante a las posibilidades de inserción laboral de las mujeres, la necesidad de recursos monetarios provistos por el mercado -centralmente laboral- para sostener y cuidar la vida, los mecanismos institucionales que devienen de la inserción laboral y posibilitan arreglos entre las responsabilidades familiares y el trabajo, los trabajos de cuidado que se ofrecen y demandan vía el mercado, entre otros. Este trabajo se centra exclusiva y brevemente en destacar dos elementos que se consideran relevantes para esta tesis que estudia la organización de los cuidados en los hogares. Esto es, abordar aquellos elementos de la inserción laboral asociados al acceso a satisfactores -monetarios o no- de cuidado y sostenimiento de la vida.

Por un lado, interesa reconocer la relevancia de las políticas de cuidado que están asociadas a las protecciones sociales del empleo asalariado, por cuanto generan una segmentación de los beneficios.

El cuidado como derecho ha sido un beneficio vinculado al trabajo asalariado formal, por el que se han establecido derechos y obligaciones diferenciales para mujeres y varones mediante ciertos dispositivos como las licencias, el fuero maternal, régimen de

excedencia, etc. (Faur, 2014). Sin embargo, estas protecciones difieren según el régimen laboral en el que se revista (con beneficios variantes, pero en general más generosos en el sector público que en el sector privado), y en el límite no tienen ningún acceso a las mismas las personas ocupadas en empleos informales y no registrados, lo que profundiza la mencionada desigualdad.

De acuerdo con Martínez Franzoni (2010, en Esquivel, 2011), la posibilidad de conciliación entre la vida laboral y familiar depende de las condiciones en que se realice el trabajo remunerado, y está asociada a regulaciones del tiempo de trabajo y a la existencia (o no) de políticas de cuidado. En ese sentido, podríamos sintetizar que tanto la legislación laboral, la seguridad social y las políticas de conciliación median la interacción entre vida laboral y familiar (OIT & PNUD, 2009).

Por otro lado, también interesa destacar la forma en que se articulan trabajo remunerado y trabajo doméstico y de cuidado no remunerado. En particular, como las desigualdades atraviesan y se reproducen a través de esta articulación, en tanto la misma sintetiza la tensión sistémica antes mencionada entre condiciones de vida y de trabajo. Las formas desiguales de inserción laboral profundizan las desigualdades de cuidado, y por ende acumulan desventajas.

La propuesta analítica que pone en diálogo el enfoque de la heterogeneidad estructural del ámbito productivo con la organización social del cuidado infantil como el otro gran organizador de la reproducción (Alonso et al., 2021)⁴⁶, logra evidenciar con claridad la acumulación de desventajas que se generan en la intersección de los modos de inserción laboral, las responsabilidades de cuidado y la condición de género, entre otras. Alonso (2021) analiza el caso de nuestro país y deja constancia que la segregación laboral ubica a más de la mitad de la ocupación femenina privada en el peor espacio de la estructura del empleo⁴⁷, lo que explica a partir del cruce entre el modelo de desarrollo marcado de la heterogeneidad estructural y el orden de género imperante. Asimismo, indaga qué sucede con la inserción laboral de la población bajo estudio, según sean hogares que cuenten o no con responsabilidades de cuidado de niños pequeños. Evidencia así que las brechas de género en el ingreso promedio de la ocupación principal se amplían

⁴⁶ Las autoras del libro se asientan y recuperan la perspectiva del estructuralismo latinoamericano desde un análisis de género.

⁴⁷ La autora refiere a la calidad laboral de los dos segmentos en que divide el mercado de trabajo, el sector formal e informal, ya que cuentan con distintas condiciones productivas, condiciones laborales, y por ende con menores remuneraciones.

notoriamente para la población de hogares con responsabilidades de cuidado. Incluso, dicha brecha se amplía aún más al considerar la estructura del empleo heterogénea, esto es, considerar si la población de esos hogares que tienen responsabilidades de cuidado participa del sector formal o informal. En este último caso, la brecha de ingreso entre mujeres y varones del sector informal se explica -en parte- por la menor cantidad de horas que ellas trabajan. En síntesis, se expone que la articulación trabajo remunerado y de cuidado no remunerado genera escasas posibilidades para la autonomía económica de las mujeres.

2.2.3 Las estrategias de cuidado en los hogares y sus condicionantes

Es evidente entonces que los cuidados son una responsabilidad colectiva, no individual de las mujeres, ni de las familias, por lo que observar la red de cuidado como un encadenamiento móvil posibilita problematizar su configuración para identificar núcleos claves de su desigual distribución. La organización social de los cuidados marca las reglas de juego donde los hogares toman decisiones, “el tejido institucional en un contexto determinado asienta los cimientos primarios a partir de los cuales se configura el cuidado en una sociedad, qué orden simbólico se le atribuye, cómo se distribuye entre géneros y qué papel desempeñan los individuos y la colectividad en su provisión (...)” (Castelló Santamaría, 2011b: 26). Llevar el análisis a este punto implica, tal como se promueve desde la socioeconomía feminista, analizar las actividades económicas como procesos sociales interdependientes en los que intervienen, entre otras, pautas y normas socio-culturales.

En este trabajo se asume centralmente un abordaje desde las prácticas microsociales, por medio del estudio de las estrategias de cuidado a nivel de los hogares, las cuales se entienden como “acuerdos, decisiones, y arreglos cotidianos –conscientes o inconscientes y movilizados bajo el habitual liderazgo femenino–, en torno al modo de ejecución, provisión y gestión del bienestar cotidiano” (Castelló Santamaría, 2011: 24). Sin embargo, las mismas se comprenden en un esquema analítico más amplio que las contiene.

Tal como se viene desarrollando, existen múltiples condicionantes que modulan el comportamiento y las decisiones vinculadas al trabajo de cuidado y al trabajo remunerado en los hogares; tanto género, clase, ubicación geográfica, condición migratoria, situación de discapacidad, contexto histórico, como también las políticas y

provisiones estatales de bienestar y las condiciones del empleo influyen en los aspectos prácticos de combinar ambos trabajos (Crompton et al., 2007). Elementos estructurales y relacionales presentan un vínculo dialógico. El comportamiento derivado de los elementos estructurales se encuentra filtrado a su vez por las normas y valores. Sin plantear una mirada determinista de la estructura, se propone un vínculo recíproco ente normas, valores e instituciones. Asimismo, esta idea de las decisiones socialmente condicionadas se aleja del enfoque de las `preferencias´ o de las `elecciones óptimas´ que prima en la corriente principal de la economía.

En ese sentido interesa, en primer lugar, destacar que la dinámica de la OSC se asocia a los procesos de estratificación social. Los cuidados representan uno de los nudos críticos de reproducción de la desigualdad (Rodríguez Enríquez, 2019; Rico & Robles, 2016) y es por ello un espacio de clara manifestación de las múltiples interseccionalidades que operan en la vida de las personas. A los vectores de género y clase, se suman la ubicación geográfica, la generación/edad, raza, etnia, condición migratoria, discapacidad, entre otros posibles. A continuación, se detallan algunas interseccionalidades sin intención de ser exhaustivas en el planteo.

Por un lado, se destaca que la segmentación de los mercados laborales profundiza las desigualdades de cuidado y acumula desventajas, como se introdujo en el apartado anterior. Así, mientras que en los hogares de mayores ingresos el cuidado se puede resolver en parte a través del mercado, adquiriendo servicios de cuidado pagos (incluyendo el empleo doméstico), a medida que disminuye el ingreso también tiende a ser menor la mercantilización de los cuidados, y crece en cambio el rol de los servicios de cuidado informales o comunitarios (si los hubiera) y del cuidado provisto por los propios hogares (Esquivel, 2011b; Blofield & Martínez Franzoni, 2014; Rico & Robles, 2016; Rodríguez Enríquez, 2019).

Además, la carga de cuidado como limitante a la inserción laboral de las mujeres constituye un mecanismo de reproducción de la pobreza (Rico & Robles, 2016), que incluso se extiende entre generaciones.

Pero también se debe reconocer que las desigualdades operan al interior de los grupos de mujeres donde se conjugan simultáneamente otras estructuras de desigualdad además de género y clase, como puede ser la raza (Razavi, 2007). Los procesos de reproducción de la fuerza de trabajo, o de resolución de las necesidades de cuidado tal

como se viene planteando en este escrito, están marcados por el racismo desde el momento en que el acceso a servicios educativos, de salud, al agua, etc. son diferentes para la población blanca y marrón o negra, y contribuyen a construir niveles desiguales de la fuerza de trabajo (Arruzza & Bhattacharya, 2020).

Otra intersección se observa al integrar la dimensión migratoria de nivel transnacional. La migración de mujeres de países de menor desarrollo económico hacia países de ingresos medios para hacer trabajo de cuidado genera una cadena de transferencia de cuidados, cadena que también incluye el traslado de las responsabilidades de cuidado de las propias mujeres migrantes hacia otras mujeres en sus países de origen (Pérez Orozco & López Gil, 2011; Rodríguez Enríquez, 2019). Esta cadena de cuidados es un eslabonamiento que profundiza las desigualdades.

2.3 Los cuidados, un concepto polisémico

2.3.1 Precisiones necesarias del trabajo de cuidado no remunerado

En este apartado interesa recuperar algunos elementos centrales de las definiciones del trabajo de cuidado, o trabajo doméstico y de cuidado no remunerado que aquí utilizamos como sinónimo, considerando solo aquel que se realiza de manera no remunerada en los hogares. En ese sentido, partimos de una concepción que destaca los cuidados desde su dimensión material y relacional, esto es en tanto trabajo y relación.

Las demandas feministas por el reconocimiento del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado dieron frutos a partir de la década de 1970, luego del debate sobre el trabajo doméstico, ya que posibilitó su asociación al concepto de trabajo. En particular se identificaron los aspectos centrales del mismo, esto es, requiere tiempo y consumo de energía, forma parte de la división del trabajo, produce bienes o servicios que son separables de la persona que los realiza (Himmelweit, 2011)⁴⁸.

Himmelweit (2011) reconoce que la creciente incorporación de la mujer al mercado de trabajo y el mayor acceso a bienes o servicios que sustituyen parcialmente actividades realizadas de forma no remunerada en el hogar, fueron los hechos que impulsaron la ampliación del concepto de trabajo para incluir aquel realizado en los

⁴⁸ Cabe destacar que la autora citada destaca la asociación directa entre los componentes del concepto de trabajo y las tareas y actividades domésticas propiamente dichas, ya que para el caso de las tareas de cuidado la división entre servicio brindado y persona que lo realiza se vuelve difusa.

hogares⁴⁹. Sin embargo, cuestiona precisamente que se haya apelado a un concepto de trabajo que era una abstracción de las características más destacadas del trabajo asalariado dedicado a la producción de manufacturas -mayormente masculino-, y en tanto abstracción, no permitió dar cuenta de aspectos personales y relacionales de las actividades domésticas. En ese sentido, la autora también evidencia que el uso de las herramientas conceptuales y epistemológicas que fueron desarrolladas para el análisis de comportamientos en el mercado, se volcaban al análisis del trabajo en el hogar, y que no permitieron comprender la especificidad de las características de dicho trabajo.

Es para la década de 1980 que, bajo el esquema analítico producción-reproducción, se diferencian el trabajo productivo y el trabajo reproductivo a partir de sus características propias, aunque se los concibe interrelacionados en su aporte a la reproducción del sistema (Carrasco, 2006b). Así el modelo masculino del trabajo mercantil pierde fortaleza explicativa y prima la satisfacción de necesidades y el bienestar de las personas como aspectos destacados del trabajo no remunerado.

Ante la necesidad de ganar precisión conceptual frente a una categoría polisémica, se destaca que a partir de los debates sobre los límites y matices que presentan los diversos modos de aludir a este trabajo⁵⁰, se llega a reconocer los aspectos subjetivos de las necesidades humanas como un elemento central y da lugar al ‘trabajo de cuidado’ como dimensión fundamental del trabajo doméstico (Carrasco, 2006b)⁵¹. Este pasaje del trabajo doméstico al trabajo de cuidado destaca la dimensión intangible del trabajo no remunerado y remite así a su componente relacional⁵².

Daly y Lewis (2011), conceptualizan el cuidado como aquellas actividades y relaciones que se establecen para satisfacer necesidades materiales y emocionales de dependientes (niños y adultos), así como los marcos normativos, económicos y sociales

⁴⁹ La autora analiza de qué manera ambos procesos permitieron interpretar la experiencia de trabajo de las mujeres a partir de dos de los componentes de la categoría trabajo vigente en la época -mercantil-: el costo de oportunidad que implica y formar parte de una división de trabajo, lo cual hace que el trabajo doméstico emerja como reflejo del trabajo remunerado.

⁵⁰ Tales como trabajo doméstico, trabajo de reproducción, trabajo familiar doméstico, trabajo no remunerado, entre otros.

⁵¹ Estos debates conceptuales devienen y dialogan en forma permanente con el desarrollo de metodologías acordes que permitieran su medición. De ese modo, se fortalecen los estudios acerca del uso del tiempo y la utilización de ‘cuentas satélites’ para el cálculo del aporte al producto de los países mediante la incorporación al sistema de Cuentas Nacionales.

⁵² La acepción del “care” aparece en las indagaciones anglosajonas asociado al estudio y crítica de los Estados de Bienestar (Torns, 2008; Esquivel, 2011a). Desde dichos desarrollos teóricos se introduce la idea de provisión de cuidado, entendida más allá del hogar. Esquivel (2011) menciona que esto permite incorporar servicios de cuidado en los análisis, pero que la conceptualización del trabajo de cuidado ubica estos servicios en una situación ambigua ya que comprende aspectos físicos, pero los emocionales pueden no necesariamente estar presentes.

dentro de los cuales estas actividades se asignan y se llevan a cabo. Definiciones como éstas se dieron originariamente en países anglosajones. Sin embargo, Esquivel (2011a, 2012) hace algunas salvedades importantes a tener en cuenta en el contexto latinoamericano. En primer lugar, destaca que las nociones originarias ‘del norte’ están asociadas al trabajo de cuidado directo de personas. Esto desdibuja el rol del trabajo doméstico en sí mismo por cuanto no tendrían el componente relacional y además sería sustituible por bienes y servicios de mercado. Propone en cambio concebir este trabajo como un cuidado indirecto ya que resulta una precondition para el cuidado directo, así, los cuidados se pueden clasificar en directos e indirectos, e integrar en su propia definición al trabajo doméstico. Además, el trabajo doméstico y de cuidado no es independiente del nivel de ingresos por lo que su sustitución en el mercado es un sesgo primermundista. Segundo, que esas definiciones del norte acotan la provisión de cuidados a personas dependientes sin reconocer la interdependencia como una condición humana. Las alertas de Esquivel ponen sobre la mesa la relevancia de la intersección clase y género para el análisis del trabajo de cuidado, y repone la idea de un núcleo duro de las desigualdades de género.

Actualmente, el trabajo de cuidado puede ser definido, en un sentido amplio⁵³, como “las actividades indispensables para satisfacer las necesidades básicas de la existencia y reproducción de las personas, brindándoles los elementos físicos y simbólicos que les permiten vivir en sociedad” (Rodríguez Enríquez & Pautassi, 2014: 11). Siguiendo a las autoras, la definición implica el autocuidado, el cuidado directo de otras personas, la provisión de las condiciones en que se realiza el cuidado (esto es, trabajo doméstico o cuidado indirecto), y la gestión del cuidado.

Se entiende que esta definición de cuidado que integra aquellas tareas propiamente domésticas, se asocia a la de trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, adquiriendo así una acepción que lo acota al ámbito de las relaciones domésticas o del hogar. Esquivel (2013) propone que es un trabajo por cuanto es una actividad que tiene costos de tiempo y energía; es doméstico porque se hace en el ámbito de los hogares, o de la comunidad, pero fuera del mercado; es cuidado porque son actividades que sirven al bienestar de la población; y es no remunerado porque surge de obligaciones sociales o contractuales (como el matrimonio).

⁵³ Cabe destacar que este concepto puede encontrar definiciones aún más amplias, ya que desde el enfoque de la sostenibilidad de la vida el cuidado incluye necesariamente la consideración del ambiente.

Entonces, el trabajo de cuidado entendido aquí como trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, remite a un conjunto de actividades que excede aquellas destinadas a atender a las personas dependientes como únicos destinatarios, por lo tanto, posiciona a las personas como sujetos interdependientes. Asimismo, en tanto concepto presenta dimensiones materiales, simbólicas y relacionales, que se juegan de distinta manera en cada uno de sus componentes. Por mencionar un ejemplo, el autocuidado no implica una dimensión relacional, así como tampoco el trabajo doméstico considerado bajo ciertas definiciones. El aspecto relacional se juega centralmente en el trabajo de cuidado directo en tanto se realiza mediante un vínculo interpersonal, esta característica intrínseca hace a la complejidad de su reconocimiento por quienes lo realizan⁵⁴ (Delfino, 2015).

Respecto a la dimensión simbólica, cabe destacar que no solo opera en el cuidado que es recibido por una persona, sino que también se puede analizar desde el punto de vista de quien lo provee, en este sentido se asocia a las tareas de dirección, gestión y la condición de disponibilidad (Delfino, 2015). A continuación, se retoman y clarifican estas dimensiones en el escrito.

2.3.2 Dimensiones analíticas del trabajo de cuidado no remunerado

La definición anterior repone los desarrollos teóricos de la socioeconomía feminista, posición que se asume en este trabajo⁵⁵, pero también se reconocen los necesarios diálogos interdisciplinarios para enriquecer la comprensión del mundo social. Es por ello que se recuperan las dimensiones que trabaja Martín Palomo (2020) en su análisis de los cuidados en el ámbito doméstico y que realiza siguiendo la propuesta de Salazar Perreñas (2001). Así analiza tres dimensiones de los cuidados: material, emocional y moral. Las mismas permiten recuperar, mediante su análisis empírico, las tensiones, contradicciones y en definitiva la complejidad misma de los cuidados en tanto son significados por las personas que intervienen en el proceso de maneras diferente y cambiante a lo largo del tiempo. Estas nociones se adscriben en una comprensión relacional de los cuidados, inserta en estructuras de poder.

⁵⁴ La autora reconoce que esa característica deriva en una tendencia a subestimar la participación y el tiempo medio empleado por parte de quienes la realizan, al momento de ser encuestados por estas actividades.

⁵⁵ Karina Batthyány (2020) sintetiza cuatro enfoques que priman en el abordaje de los cuidados a nivel latinoamericano. La economía del cuidado desde la economía feminista; el cuidado como componente del bienestar, que desde la sociología analiza los regímenes de bienestar y las políticas públicas; el derecho al cuidado; y la ética del cuidado, que desde la antropología y la psicología social analiza aspectos subjetivos, emocionales, morales y éticos del cuidado. Podríamos agregar el enfoque de los comunes, que se viene desarrollando en los últimos años a nivel latinoamericano, y que enfatiza los procesos de comunitarización/colectivización de la reproducción (Federici, 2019; Vega Solís, 2019; Quiroga Díaz & Gago, 2018; Quiroga Díaz & Gago, 2014).

La dimensión material, tal vez aquella más visible por contemplar las actividades, tiempos y espacios en los que tiene lugar el cuidado, incorpora además un componente subjetivo que lo complejiza. La autora ejemplifica este componente mediante las formas en que una persona cuidadora está pendiente y adapta sus propios ritmos a las necesidades de otros. Pero claro, la dimensión material también está condicionada por un contexto cultural y material inmediato.

La dimensión emocional remite al componente afectivo de las relaciones y al conjunto de sentimientos que emergen del proceso de cuidado. Martín Palomo (2020) en este caso se pregunta por la forma que adoptan los afectos en los vínculos familiares, ya que reconoce que incluso las emociones están condicionadas por normas sociales.

Por último, la dimensión moral refiere al sentido del deber ser, aquello que se asocia a lo bueno y lo justo. Siguiendo a la autora, es aquel conjunto de normas que regulan la responsabilidad de cuidar; las ideas, valores y pautas que establecen cómo deben actuar los sujetos. Esta última dimensión nos resulta clave para un estudio que se propone en clave de género, ya que remite -entre otras- a las regulaciones genéricas relacionadas al cuidado, la maternidad, las responsabilidades y los modelos familiares, la división del trabajo, etc. Sin embargo, entendemos que nombrar la dimensión como normativa resulta de mayor pertinencia que ubicarla en términos de moral, ya que permite indagar dichas regulaciones sociales para disputar su sentido. Seguimos a Tronto (1987 en Molinier, 2011), quien plantea que el trabajo de cuidado no se trata de una disposición moral de las mujeres, sino que remite al efecto de una posición social subalterna. Esta posición se construye desde normas y regulaciones sociales de género que implican desde la provisión mayoritaria de cuidados por parte de las mujeres hasta las modalidades de intervención del Estado en la materia. En ese sentido, es una normatividad genérica, cis-heterosexual, que se reproduce, sostiene y también puede fisurar, desde la propia construcción de subjetividades sexuadas.

Tal como se viene enunciando, el trabajo de cuidado se destaca por exponer/implicar un vínculo relacional. Esto implica que cuando los mismos se llevan a cabo en el hogar y bajo vínculos familiares, las últimas dos dimensiones desarrolladas están íntimamente implicadas. Como dice Karina Batthyány (2020), el carácter obligatorio y desinteresado con el que se percibe este trabajo en dicho contexto, le otorga centralidad a la dimensión moral y emocional.

En el sentido que se han definido los cuidados en este capítulo, y para sintetizar las dimensiones que se consideran centrales en esta tesis, se lo entiende como trabajo y

relación interpersonal (dimensión material y relacional), pero también como una responsabilidad socialmente construida (dimensión normativa) que se da en contextos sociales y económicos particulares (dimensión institucional) (Esquivel, 2012a).

Este trabajo no pretende abordar la totalidad de dichas dimensiones, sino que, desde una mirada microsocia se trabajará con la dimensión material e institucional, ya que el instrumental de las encuestas de uso del tiempo no permite indagar aspectos tales como los procesos de toma de decisiones sobre los cuidados, las negociaciones en el hogar, ni tampoco la relación entre la oferta y demanda de servicios de cuidados (Faur, 2014). En ese sentido, se abocará al análisis del cuidado directo de niños y niñas, el trabajo doméstico y el acceso a algunos servicios de cuidado infantil (públicos, privados y comunitarios) que luego se especificarán.

CAPITULO 3. CARTOGRAFÍA DE LOS HOGARES CON RESPONSABILIDADES DE CUIDADO INFANTIL

El presente capítulo inicia el análisis de los datos secundarios y pretende caracterizar los hogares que cuentan con responsabilidades infantiles en la región centro de Argentina. En particular, se consideran los hogares que tienen presencia de hijos e hijas que tienen hasta 12 años de edad, ya que así fueron consideradas ciertas variables de interés analítico sobre los cuidados infantiles en la propia Encuesta Nacional de Estructura Social.

Para ello, se introduce inicialmente el proceso de operacionalización de las variables centrales de análisis. Explicitar el vínculo entre los conceptos y las variables empíricas consideradas es un elemento necesario que, además, resulta ser un punto de inflexión para la entrada al mundo empírico.

Posteriormente, se introduce la situación política, económica y social del período bajo análisis, ya que la desaceleración y estancamiento del proceso de crecimiento que atraviesa el país en los años 2014 y 2015, es el contexto en el que se inscriben los datos analizados en la tesis.

En el marco de la estimación de los requerimientos de cuidado infantil de la región centro y sus posibilidades de respuesta, se describen a continuación las condiciones socio-demográfica de los hogares de interés y se presentan ciertos perfiles regionales en función a la fisionomía que adoptan.

Por último, se analiza la segregación de género en la inserción laboral de las personas proveedoras de los hogares, de modo de vincular las condiciones de inserción de madres y padres con las condiciones de posibilidad de asumir los requerimientos de cuidado infantil.

3.1 Un puente necesario: las definiciones metodológicas operacionales

Este apartado constituye una bisagra necesaria entre las definiciones teórico-conceptuales y aquellas de tipo operacional. La traducción de los conceptos en términos operacionales (Cea D'Ancona, 1996) es un requerimiento para garantizar la validez en toda investigación, ya que remite a la asociación que se asume entre las categorías definidas en los dos primeros capítulos de esta tesis y la forma en que las mismas serán medidas a través de indicadores o variables observables. Análisis, éste último, que se desarrolla en este capítulo y el siguiente de esta tesis.

Este procedimiento que Lazarfeld (1979) denominó como proceso de operacionalización, debe manejar cierto grado de incertidumbre ya que el vínculo propuesto entre variable teórica e indicadores, es una relación supuesta (no real, efectiva o cierta) y puede contar con múltiples opciones. Por ello la importancia de hacerla explícita, en tanto también supone una definición teórico-metodológica que se asume en cada investigación.

3.1.1 Precisiones sobre el universo de estudio y la muestra

Dado los objetivos de la presente tesis, se trabaja exclusivamente con aquellos hogares que cuentan con presencia de niños de hasta 12 años de edad y que viven con sus padres o madres. Por tanto, este trabajo de investigación se centra específicamente en el cuidado infantil y no en el amplio campo de los cuidados en general. Las unidades de análisis serán los hogares; las mujeres y varones -madres y padres-, a quienes definimos como el núcleo proveedor y se constituye por el principal sostén del hogar (PSH) y su cónyuge; y los hijos, hijas e hijes⁵⁶.

En el marco de la ENES, se entiende por principal sostén del hogar a la persona que realiza el mayor aporte económico al hogar, y no opera el criterio de jefe de hogar. En esa misma línea analítica la idea de núcleo proveedor remite, por un lado, a la composición del núcleo conyugal (completo o incompleto según la presencia de ambos cónyuges o no). Por el otro, a la necesidad de superar el modelo jerárquico y masculinizante de la consideración del jefe de hogar como único o principal proveedor del hogar. En tanto interesa aproximarnos a la división sexual del trabajo y estrategias laborales del núcleo conductor del hogar, se propone considerar para el análisis al principal sostén del hogar como a su cónyuge, en caso de que exista. Esto permite observar simultáneamente la participación de los mismos en el trabajo remunerado como en el no remunerado, y por ende considerarlos relevantes para la sostenibilidad de los hogares.

El recorte espacial será Argentina y la región centro del país, ya que la encuesta presenta un alcance urbano nacional, pero tiene dominios de estimación a nivel Regional y sobre algunos aglomerados urbanos de relevancia (Maceira, 2015). Al respecto, cabe mencionar que el análisis de los datos se focaliza en la región de interés ya que el objetivo es poder trazar una cartografía de la misma. Los datos nacionales se toman, en cambio,

⁵⁶ Cabe destacar que la encuesta considera al hogar como unidad de análisis central, pero posibilita considerar al individuo como unidad de análisis para aquellas variables donde éste resulte ser la unidad de observación respectiva (Maceira, 2015).

como referencia para ubicar el patrón que asume la región y solo se introducen en el análisis cuando la relevancia de los mismos la amerita.

Cabe mencionar que la base de datos no cuenta con una tabla de errores muestrales que permita conocer con precisión la representatividad estadística, pero sí se encuentra disponible en los documentos metodológicos una regla aproximada que funciona como un criterio de cantidad de casos muestrales mínimos a considerar en los análisis de subpoblaciones. Con el objetivo de alcanzar la validez en los análisis, se procura realizar los cruces de variables que permitan mantener el número de casos necesarios. Sin embargo, en algunos casos se presentan datos a título indicativo ya que, a pesar de no contar con la suficiente robustez estadística, resultan relevantes para el análisis en tanto se alinean con otras fuentes de datos que informan sobre el tema.

3.1.2 Precisiones sobre las variables centrales de análisis

El análisis de las principales variables de indagación se realiza en función del relevamiento de ciertas dimensiones de las condiciones de vida que la ENES ofrece.

Una de las variables teóricas de análisis central es la división sexual del trabajo del núcleo proveedor de los hogares que cuenta con responsabilidades infantiles. Para ello se consideran dos dimensiones, el trabajo mercantil y el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado. La primera de ellas se aborda mediante la caracterización de la inserción en el mercado laboral a través de la actividad, la formalización y beneficios sociales vinculados a los cuidados. También se consideran las características de inactividad para quienes no participen del mercado.

La segunda de las dimensiones se aborda a través del trabajo doméstico y de cuidado que es provisto en el hogar. Para ello, la encuesta provee datos sobre la participación de personas mayores a 5 años en este trabajo a partir de una lista corta de actividades, así como también releva la cantidad de horas dedicadas a la globalidad de dichas tareas. Considera en ambos casos como período de referencia la semana anterior a la realización de la encuesta. En ese sentido, presenta ciertos límites por no contar con información desagregada acerca de la dedicación horaria a cada una de las actividades (Trombetta, Micha, & Pereyra, 2019).

Otra variable de análisis es la organización de los cuidados infantiles que presentan los hogares, para ello se indaga la provisión de cuidados que realizan otras personas o instituciones, sean servicios públicos, privados o comunitarios, y se den los mismos tanto fuera o dentro del hogar. Se recupera entonces una dimensión institucional

de los cuidados (para menores de 12 años), como la contratación de servicio doméstico y de cuidado en el hogar. En este sentido, la variable de análisis son las propias infancias que asisten o son beneficiarias de los servicios.

En el Anexo I se adjunta un cuadro con el detalle de dimensiones de análisis, variables, indicadores y unidades de análisis correspondiente.

El conjunto de variables que derivan de las dimensiones antes descriptas será analizado según nivel socioeconómico y género del PSH. Para ello, son necesarias algunas especificaciones. Respecto a la primera, es importante destacar que la encuesta asume para el estudio de la estructura social la centralidad de las relaciones de clase como mecanismo generador de la desigualdad social, por tanto, se considera para su diseño el enfoque teórico-relacional. Sin desconocer la diversidad interna de perspectivas que contiene este enfoque, parte de un “(...) núcleo de observables centrales que están presentes en la problematización de la gran mayoría de los autores relevantes de este campo de estudio, aun cuando los mismos sean conceptualizados, jerarquizados y articulados de modo diferente en los distintos marcos analíticos” (Maceira, 2015: 6). Estas coordenadas posibilitan el análisis de la estructura de clase desde distintas perspectivas y por tanto cobijan el abordaje que aquí se propone.

Cabe destacar que, como ya se explicitó en el capítulo uno, en esta tesis se opta por el análisis de las desigualdades socioeconómicas y no las de clase, con el objetivo de evitar la posible cristalización de las posiciones en la estructura social a partir de su medición desde una única variable compleja y, asimismo, destacar cómo el componente ocupacional impacta diferencialmente en las condiciones de vida de las personas.

Entonces, para trabajar los agrupamientos a partir del nivel socioeconómico se utiliza en términos operativos la condición socio-ocupacional (CSO)⁵⁷. Esta variable remite a la “ocupación” y se construye a partir de la combinación de un conjunto de variables observables (Perona & Schiavoni, 2018), siguiendo el esquema propuesto por Torrado y otros (1989)⁵⁸ para operacionalizar el concepto de clase social. En particular, los observables que se consideran son la propiedad o no de los medios de producción, control sobre los medios de producción, relaciones de explotación de fuerza de trabajo,

⁵⁷ Esta categoría es una de las disponibles en la base de datos utilizada y se considera pertinente al posicionamiento teórico adoptado.

⁵⁸ Esta categoría se construye como adaptación del esquema propuesto por Torrado y otros (1989), considerando las siguientes variables: a) Grupo de Ocupación; b) Categoría Ocupacional; c) Sector de Actividad; d) Tamaño del Establecimiento y e) Nivel de Educación (universitario completo frente al resto). Siguiendo ajustes posteriores que la propia autora realiza en el esquema, se distingue a los “Peones Autónomos” de los “Obreros No Calificados” (Construcción de Variables Complejas. ENES – PISAC, S/F)

la autonomía de los procesos de trabajo, la participación en las ganancias, relaciones de supervisión sobre los procesos de trabajo y la fuerza de trabajo, calificación que se despliega en el proceso de trabajo, otros rasgos de la división del trabajo en la unidad productiva (carácter de la tarea desarrollada, manual o no).

Bajo la propuesta analítica que aquí se presenta, los estratos socioeconómicos representan un modo de organizar los grupos poblacionales en función de posiciones sociales análogas que derivan de la ubicación en la división social del trabajo. La ocupación se vuelve central para la organización de los estratos socioeconómicos ya que permite construir una categorización según patrones comunes en la inserción ocupacional. Sin embargo, evitamos considerar esta clasificación como posición social de clase, de modo de no reducir su medición a un único parámetro de organización/clasificación, dados los riesgos que puede implicar dicha consolidación en términos analítico y la complejidad del abordaje de la categoría en sí misma.

En definitiva, se toma la construcción operacional de Torrado para circunscribir su análisis a los términos netamente ocupacionales, ya que esto permite vincular la participación ocupacional con los niveles socioeconómicos. Las diversas formas de inserción ocupacional derivan en accesos diferenciales a recursos y en consecuencia redundan en mayores o menores posibilidades para los hogares en cuanto a la organización de los cuidados infantiles.

En ese sentido, se sostiene la clasificación de estratos socio-ocupacionales y la construcción del nomenclador de las clases sociales a partir de cuatro categorías diseñadas por la autora (Torrado, 1998, 1992) pero, bajo el análisis del nivel socioeconómico que en esta tesis se propone, se resuelve denominarlas como estrato alto, estrato medio, estrato obrero y sin especificar.

En cuanto a la segunda variable, el género, la ENES releva los atributos tanto del principal sostén del hogar como de su cónyuge (definido como núcleo proveedor) para hogares de núcleo completo⁵⁹. La encuesta atiende así aquel conjunto de críticas que supone considerar la posición social del jefe de hogar como caracterizadora del hogar, por cuanto desestima la contribución de la posición de las mujeres. Desacoplar jefatura de hogar y género, posibilita considerar como miembro caracterizador de la posición

⁵⁹ Para aquellos hogares sin núcleo se caracteriza a partir del principal proveedor, y para hogares con núcleo proveedor desocupado o inactivo se captan atributos de la última ocupación del mismo.

social del hogar al principal proveedor del mismo y no al jefe (tradicionalmente atribuido al varón) (Maceira, 2015).

Por lo tanto, caracterizar el género de PSH y cónyuge permite en esta investigación analizar individualmente las características de la inserción laboral del núcleo proveedor completo del hogar, así como también realizar análisis a nivel del hogar considerando la posición del/de la PSH.

Por otro lado, es importante remarcar que la encuesta registra el género de las personas por designación e intenta superar el binarismo, aunque con límites claros en la posibilidad de dar cuenta de las múltiples identidades existentes. Se pueden reconocer al menos dos elementos problemáticos.

En primer lugar, no queda claro de qué modo opera la distinción sexo-género en la encuesta, ya que en el manual metodológico se menciona la adopción de la perspectiva de género, pero en el cuestionario y el manual de códigos aparece como variable 'sexo'. Se puede suponer que la operacionalización del concepto género se ha dado mediante la variable empírica sexo. Este supuesto nos lleva a un terreno escabroso que remite a la definición de sexo. Quienes debaten esta noción desde su consideración como una categoría biosocial, plantean que tiene múltiples componentes y que además no es una categoría estable. De ese modo, no sería posible su observación empírica mediante una única pregunta de cuestionario.

En segundo lugar, solo se categorizan las opciones de respuestas en tres: mujer, varón y 'otro'. El aglutinamiento en la última categoría resulta impreciso y ello socava la confiabilidad de los datos. La categorización asumida no permite abrazar las alertas del feminismo decolonial para no recrear nuevas formas de colonialidad de género, ya que la sola presencia de la categoría 'otro' no logra sortear con las categorías hegemónicas (mujer, varón). Podríamos problematizar de qué manera clasificar a las personas trans desde la categoría sexo y no género. Sea cual fuere la resolución asumida al momento del relevamiento, son subjetividades que quedan invisibilizadas bajo aparentes grupos homogéneos. Cabe aclarar que en los documentos metodológicos disponibles no se han encontrado mayores precisiones que permitan despejar o clarificar cómo se instrumentó esta pregunta del cuestionario.

Dichos elementos de análisis remiten a la complejidad de los sistemas clasificatorios en tanto construcciones sociales. Siguiendo a Anne Fausto Sterling (2020), se puede observar de qué manera las clasificaciones, que podríamos asociar con los valores o categorías que se despliegan para una variable empírica, están imbuidas con las

concepciones culturales. La asociación entre el sistema dimórfico cristalizado en categorías genitales y el sistema dicotómico que hace lo propio con las categorías sexo-genéricas, da cuenta de la imbricación de un sistema social, cultural y político binario que se asienta en la producción de conocimiento.

En este contexto, se define considerar la variable tal como se introduce en el cuestionario y el manual de código, por eso en los apartados analíticos que siguen en esta tesis se opta por exponer en los cuadros la variable sexo. Sin embargo, los análisis que se derivan de los mismos se realizan en clave de los estudios feministas y de género, ya que, se considera que tanto sexo y género están igualmente asociadas a construcciones de índole social y política (Fausto-Sterling, 2020; Suárez Tomé, 2022; Butler, 2007).

3.2 Condiciones macroeconómicas en el período de Posconvertibilidad

Durante los años 2014 y 2015, período de análisis de esta investigación, Argentina atraviesa un momento de inflexión en las condiciones políticas, pero centralmente económicas y sociales, que es necesario recuperar para comprender el contexto en que el que se inscribe el análisis de los datos laborales que posteriormente se desarrolla.

El período de Posconvertibilidad, en particular la primera década del siglo XXI luego de la crisis de inicio del período, inicia un proceso de importante crecimiento económicos que posibilitó mejoras sociales, vinculadas al mercado del trabajo y la distribución del ingreso. Beccaria y Maurizio (2017) plantean que la política económica logró avances en el funcionamiento macroeconómico hasta el año 2007 y destacan algunos elementos centrales. Por un lado, el establecimiento de un tipo de cambio real elevado y estable que permitió la pronta recuperación del nivel de actividad y la posterior expansión productiva, traccionada además por el aumento del gasto e inversión pública y las políticas de ingreso que expandieron el consumo privado. Cabe mencionar que el incremento del PBI se vio también posibilitado por la capacidad ociosa disponible al inicio del período. Por el otro lado, la mejora de las cuentas fiscales y externas, a partir de los favorables términos de intercambios de la época -aumento del precio de los commodities que expandió las exportaciones- y la negociación de la deuda externa.

Los efectos expansivos de las políticas macroeconómicas sumando a las políticas de ingresos, las políticas laborales y las políticas redistributivas -como la AUH y la ampliación de la cobertura previsional-, tuvieron impactos positivos en el mercado de

trabajo (Beccaria & Maurizio, 2017). Entre 2003 y 2013 aumentó la tasa de empleo ya que se generaron cerca de 5 millones de puestos de trabajo, además, la expansión del empleo desde el año 2004 fue centralmente de tipo registrado (Chiroleu et al., 2019)⁶⁰. En consecuencia, los niveles de desigualdad disminuyeron durante el período, pero también debe tenerse presente los mecanismos redistributivos y las políticas de transferencia de ingresos que apuntaron a garantizar ingresos estables (Chiroleu et al., 2019).

Sin embargo, ya desde el año 2007 comienzan a manifestarse ciertas limitaciones en el proceso de crecimiento a partir de la crisis internacional, pero que se profundizan en los años subsiguientes. Plantean Beccaria y Maurizio (2017) que la falta de coordinación entre la política cambiaria y la fiscal -con un gasto público en permanente aumento-, aumenta la presión de la demanda sobre la oferta que no aumenta al mismo ritmo. En consecuencia, el incremento de la inflación, disminución del excedente de divisas, junto a la disminución de los precios de bienes primarios de exportación, lleva a una desaceleración del nivel de actividad desde 2011. Pero el proceso de desaceleración del crecimiento del empleo y de los ingresos laborales, comienza ya para el año 2007. De esa manera se llega al año 2015 con un panorama macroeconómico de mayor dificultad y con estancamiento del nivel de actividad.

En definitiva, los datos que a continuación se analizan remiten al período 2014-2015, signado por la inflexión del proceso de crecimiento de la primera etapa de la posconvertibilidad, que se caracteriza por el desequilibrio a nivel macroeconómico, el estancamiento del PBI y una desaceleración de los indicadores de bienestar social.

3.3 Requerimientos de cuidado infantil en la Región Centro de Argentina

La región centro cuenta, según estimaciones realizadas a partir de la ENES, con el 20% de la población de la Argentina y concentra el 19,2% de la población infantil del país, esto es, aquella que alcanza los 12 años de edad. Asimismo, la región cuenta con el 20% de la población cuidadora del país (ver Anexo II, Cuadro 11). Esta noción remite a la capacidad potencial que tiene una sociedad determinada para cuidar a otras personas, y

⁶⁰ Chiroleu (2019), reconoce en autores como Lindenboim y Salvia, la existencia de una perspectiva menos alentadora en términos del análisis que este proceso tuvo en el mercado laboral, que destaca la incapacidad de la economía de absorber la fuerza de trabajo potencial o la falta de alteración de la matriz estructural de inserción laboral.

refiere al conjunto de personas en edad activa que tiene entre 15 y 65 años (Rodríguez Enríquez y Pautassi, 2014).

Con la intención de tomar real dimensión de las necesidades de cuidado infantil y su magnitud en la región centro del país, se sigue el análisis propuesto por Rodríguez Enríquez y Pautassi (2014) para calcular la tasa de dependencia infantil. La misma se expresa como relación de dependencia directa entre el conjunto de niños, niñas y adolescentes que necesitan ser cuidados y aquellas personas en edad activa con capacidad potencial para cuidar.

La tasa de dependencia infantil estimada en la región centro es de 0,28, apenas menor a la tasa nacional de 0,31 (ver Anexo II, Cuadro 12). Esto significa un promedio de 0,3 niños, niñas y adolescentes, por cada adulto en edad activa⁶¹. Claro que esta tasa subestima las demandas reales de cuidado, ya que no considera otras poblaciones que requieren cuidados como ser adultos mayores, personas con algún tipo de dependencia transitoria o permanente, y personas con discapacidad que también puedan requerir asistencia de manera transitoria o permanente. Dicha tasa de dependencia se corresponde también a la tasa de dependencia infantil de hogares, que representa el porcentaje de hogares que cuentan con presencia de niños y niñas. Se estima que el 39% de los hogares de la región bajo estudio cuenta con población infantil que requiere cuidado⁶² (ver Anexo II, Cuadro 13), pero la estimación desciende al 33% si se considera específicamente la presencia de hijos menos de 12 años (ver Anexo II, Cuadro 14). Este último recorte de los hogares nos aproxima al universo de análisis de esta investigación.

Por último, es necesario destacar que las tendencias demográficas actuales en América Latina dan cuenta del envejecimiento poblacional y disminución de la tasa de natalidad, lo cual podría redundar en un futuro en un incremento de la demanda de cuidado para personas adultas mayores (Valencia & Villafañe, 2023).

3.4 Condiciones socio-demográficas de los hogares con responsabilidades de cuidado infantil

Los hogares que cuentan con la presencia de hijos menores de 12 años de edad varían su conformación de acuerdo a múltiples variables de análisis. Se pueden observar

⁶¹ Según los datos del censo 2010, esta tasa de dependencia era de 0,40 (Rodríguez Enríquez y Pautassi, 2014). La totalidad de los datos correspondientes al censo 2022 no han sido difundidos aún, por lo que no es posible calcular alguna referencia de mayor actualidad a partir de los mismos.

⁶² Se consideran hogares con presencia de infancias menores de 12 años de edad.

dos características centrales al considerar el sexo del principal sostén del hogar. Por un lado, en el total de hogares hay una primacía de varones como PSH, pero ésta incrementa notoriamente cuando hay hijos menores en dichos hogares. Por el contrario, se destaca una mayor participación relativa de las mujeres como PSH en el total de hogares por sobre su participación en aquellos que tienen hijos. Esta última situación puede explicarse al considerar la composición de dichos hogares, ya que el 68% de los hogares en que ellas participan como PSH son unipersonales y de núcleo incompleto⁶³ (ver Anexo II,

Cuadro 15 y Cuadro 16). Podemos entonces conjeturar que la situación de estas mujeres PSH responde a la realidad de mujeres que viven solas (adultas mayores y viudas) y a aquellas que pertenecen a hogares monomarentales.

Cuadro 1. Distribución de los hogares, según sexo del PSH

| Zona geográfica | Sexo del PSH | | | Total |
|-----------------|--------------|--------|-------|---------|
| | Varón | Mujer | Otro | |
| País | 64,34% | 35,65% | 0,01% | 100,00% |
| Región Centro | 64,48% | 35,50% | 0,02% | 100,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 2. Distribución porcentual de los hogares con hijos menores de 12 años, según sexo del PSH

| Zona geográfica | Sexo del PSH | | | Total |
|-----------------|--------------|--------|-------|---------|
| | Varón | Mujer | Otro | |
| País | 74,40% | 25,60% | 0,00% | 100,00% |
| Región Centro | 77,58% | 22,42% | 0,00% | 100,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

El marco de la ENES se considera PSH aquella persona que realiza el mayor aporte económico al hogar, por lo tanto, la configuración que adoptan los liderazgos en los hogares con requerimientos de cuidado infantil da la pauta de la fuerza imperante del rol masculino en la provisión material de los hogares.

Asimismo, se reconoce un claro vínculo entre el género de quien asume el liderazgo de los hogares y la composición de los mismos⁶⁴. Si bien el 98% de los hogares

⁶³ Del total de hogares liderados por mujeres en la región centro, el 34,4% corresponde a nuclear incompleto y 33,4% unipersonal. A nivel nacional incrementa la participación en los primeros y disminuye en los segundos.

⁶⁴ Nota metodológica. La ENES despliega la composición de hogares en trece (13) categorías. Esta variable compleja permite sintetizar la cantidad de componentes del hogar (hogares unipersonales o no) y la relación de parentesco que los componentes tienen con el PSH (PSH, Cónyuge, Hijo/a-Hijastro/a; Otros componentes familiares como yerno/nuera, hermano/a, nieto/a, cuñado/a, padre/madre/etc. y Otros componentes no familiares como servicio doméstico y otros no familiares). Para el análisis de esta variable, se construyó un reagrupamiento de la categorización original de la encuesta. Los criterios que se tuvieron

con presencia de hijos menores de 12 años de la región pertenecen a hogares nucleares completos o incompletos con hijos (ver Anexo II, Cuadro 17), se observa claramente que los liderados por varones corresponden casi en su totalidad a hogares nucleares completos con hijos. En cambio, más de la mitad de los hogares liderados por mujeres corresponden a nucleares incompletos con hijos (ver Anexo II, Cuadro 18 y Cuadro 19). Este dato coincide con otros disponibles actualmente, que dan cuenta que las mujeres lideran mayormente aquellos hogares nucleares incompletos, llamados monomarentales (Lupica, 2012; Jelin, 2017; Binstock, 2018).

Llegado este punto, interesa reflexionar acerca de la fuerza que la norma heterosexual tiene en la regulación de los hogares de la región. Los datos iniciales nos permiten observar un conjunto de elementos tales como, la primacía en términos absolutos de hogares con núcleo completo (PSH y cónyuge) que cuentan con un claro liderazgo masculino (PSH), asociado a la observación de que la opción ‘otra’ identificación sexo-genérica de las personas PSH desciende al 0% cuando se trata de hogares con presencia de hijos menores de 12 años⁶⁵. En conjunto, las características salientes que asumen los hogares de la región centro se asocia al régimen heterosexual (Wittig, 2017) que impone la norma hetero en los vínculos sexo-afectivos.

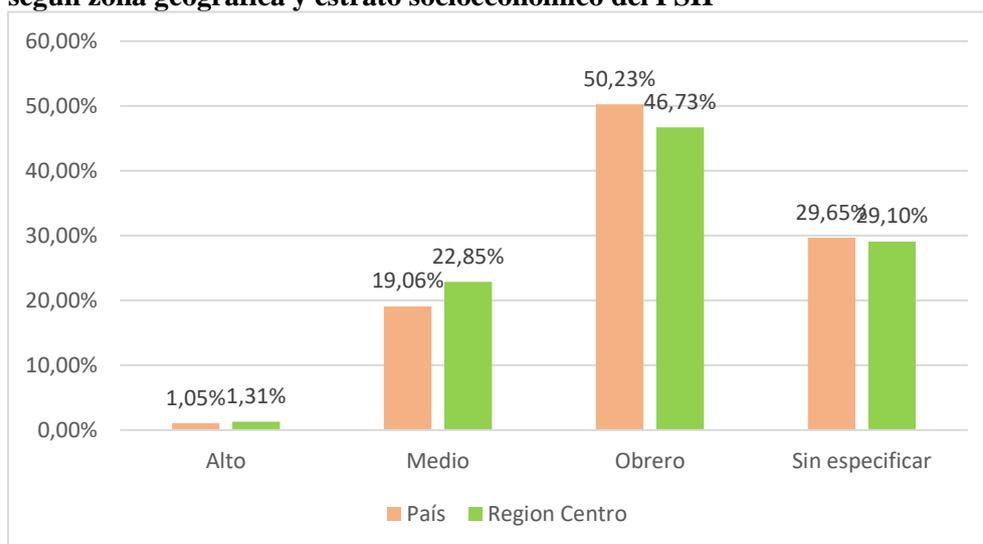
Tal como se adelantó en el primer apartado de este capítulo, el nivel socio-económico se aborda como elemento central que posibilita sostener la propia vida y garantizar niveles de bienestar y cuidado que sean adecuados tanto para quien los provee como para quien los recibe. En ese sentido, los hogares bajo estudio se concentran mayormente en el estrato obrero y seguidamente en el estrato medio⁶⁶, lo que implica que la estructuración socioeconómica encuentra una distribución con clara tendencia hacia los sectores populares en la región centro. Sin embargo, esta zona geográfica presenta una distribución de menor polarización que a nivel nacional, ya que la distancia entre los niveles de participación en el estrato medio y obrero (24 pp) es menor que la nacional (31 pp). Esto da cuenta de una leve mejora relativa de la situación socioeconómica de la región centro en el contexto nacional.

en cuanto para el reagrupamiento fueron la composición del núcleo conyugal y la presencia de hijos e hijas. De ese modo se redujo la cantidad de categorías, de acuerdo a los intereses analíticos de esta investigación.

⁶⁵ Cabe aclarar que este dato es bajo en general, ya que solo el 0,02% de las personas PSH de la región optan por ‘otra’ identificación sexo-genérica.

⁶⁶ A nivel agregado según los datos de la ENES, en el país más del 40% de la población se ubica en el estrato obrero y cerca del 25% en el estrato medio. Estos niveles encuentran una leve mejoría en su distribución en la región centro. Ver Anexo II, Cuadro 20.

Gráfico 1. Distribución porcentual de hogares que cuentan con hijos menores de 12 años, según zona geográfica y estrato socioeconómico del PSH⁶⁷



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

El nivel socioeconómico de los hogares con PSH varón siguen la misma tendencia general de los hogares de la región y aquellos con PSH mujer presentan posiciones levemente mejoradas en relación a los primeros.

Cuadro 3. Distribución porcentual de los hogares del país que tienen hijos menores de 12 años, según estrato socioeconómico y sexo del PSH

| Estrato socioeconómico | Sexo del PSH | | |
|------------------------|--------------|---------|-------|
| | Varón | Mujer | Otro |
| Alto | 0,88% | 1,54% | 0,00% |
| Medio | 18,80% | 19,83% | 0,00% |
| Obrero | 49,24% | 53,13% | 0,00% |
| Sin especificar | 31,08% | 25,51% | 0,00% |
| Total | 100,00% | 100,00% | 0,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 4. Distribución porcentual de los hogares de la Región Centro que tienen hijos menores de 12 años, según estrato socioeconómico y sexo del PSH

| Estrato socioeconómico | Sexo del PSH | | |
|------------------------|--------------|---------------------|-------|
| | Varón | Mujer ⁶⁸ | Otro |
| Alto | 0,92% | 2,68% | 0,00% |
| Medio | 22,24% | 24,98% | 0,00% |
| Obrero | 47,74% | 43,26% | 0,00% |

⁶⁷ La categoría 'Sin especificar' de la variable Condición Socio Ocupacional corresponde a valores perdidos, ya que presenta información insuficiente o corresponde a FFAA. A nivel del relevamiento nacional, este valor para el PSH de la totalidad de hogares relevados asciende al 28%, lo cual se aproxima al valor de la región (Libro de Códigos. Base Hogares, S/F).

⁶⁸ Los datos desagregados correspondientes a hogares con hijos liderados por PSH mujeres de la región, no cuentan con representatividad estadística.

| | | | |
|-----------------|---------|---------|-------|
| Sin especificar | 29,11% | 29,09% | 0,00% |
| Total | 100,00% | 100,00% | 0,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Siguiendo la línea analítica que nos aproxima a las posibilidades y condiciones de vida de los hogares, se identifican las fuentes de ingreso⁶⁹ que tienen los mismos y su percepción diferencial según género. Así, se observa que los hogares liderados por varones siguen la tendencia general de los hogares de la región, esto es, la amplia mayoría (95%) cuenta con ingresos por trabajo en el mercado, mientras la mitad (51%) percibe además ingresos por otras fuentes no laborales (ver Anexo II, Cuadro 21). En cambio, son menos los hogares liderados por mujeres que perciben ingresos laborales (solo el 86%) y en consecuencia aumentan los hogares que directamente no cuentan con ningún ingreso a raíz de actividades laborales (8%) (ver Anexo II, Cuadro 22 y Cuadro 23). En sintonía con estos datos, los hogares que tienen mujeres como PSH son los que mayormente perciben ingresos por fuentes no laborales, alcanzando al 76% de los mismos.

En definitiva, la mayor heterogeneidad en la fuente de ingresos que perciben los hogares donde las mujeres se desempeñan como PSH, se asocia a la combinación de recursos por su trabajo en el mercado con recursos que provendrían fundamentalmente de transferencias sociales. De acuerdo a los antecedentes disponibles y los tipos de ingresos no laborales relevados en la encuesta, las principales fuentes de transferencias de recursos para estos hogares serían la Asignación Universal por Hijo, pensiones específicas (7 hijos, invalidez o discapacidad), subsidios o ayudas sociales y cuotas alimentarias. Tal como mencionó anteriormente, las políticas de transferencia monetaria son una línea de política pública que se destaca en el período bajo análisis, para equilibrar el desbalance de ingresos que tienen las personas desempleadas o que trabajan en la economía informal. La relevancia de los programas de transferencias monetarias en la composición de los ingresos de hogares conducidos por mujeres es significativa en dos sentidos que destacan algunos estudios realizados en el país. Por un lado, dan cuenta de

⁶⁹ La encuesta releva ingresos corrientes monetarios y no monetarios. Los primeros remiten al conjunto de ingresos que perciben los miembros del hogar, éstos son los que se consideran en el presente análisis, y toma en cuenta como fuentes de ingresos del hogar tanto lo que se paga por el trabajo como los siguiente ítems que fueron considerados globalmente como ingresos no laborales: Programas de empleo, Jubilación, Algún otro tipo de pensión específica (7 hijos/invalidez o discapacidad, etc.), Indemnización por despido, Seguro de desempleo, Asignación Universal por Hijo, Subsidio o ayuda social en dinero, Alquiler de una propiedad, Ganancia de algún negocio que no es su trabajo, Interés por plazo fijo o inversión, Beca de estudios, Cuota alimentaria, Ayuda en dinero de personas que no viven en el hogar (incluye familiares del exterior), Ingresos en efectivo por limosnas, juego de azar, lotería, etc., Ingresos en efectivo por ayuda de los niños/as que piden o hace alguna changa o trabajo. Los ingresos no monetarios (transferencia de bienes y servicios sin que medie transacción monetaria) no fueron considerados.

la feminización de estos programas en términos de las necesidades materiales que tienen tanto mujeres como infancias. Por el otro, sus consecuencias contradictorias en términos de género, en tanto constituye a las primeras como receptoras de beneficios pero a costa de una reproducción de estereotipos a partir de la división sexual del trabajo y las responsabilidades de cuidado infantil que se le asignan mediante el diseño de estas políticas (Goren, 2013; Pautassi & Zibecchi, 2011).

En síntesis, se logran identificar dos perfiles diferentes en la configuración de hogares con responsabilidades de cuidado infantil en la región centro. Por un lado, aquellos cuyo PSH es un varón-padre y cuentan con una conformación nuclear completa con hijos (PSH y cónyuge). Los mismos cuentan ampliamente con ingresos monetarios que provienen del trabajo en el mercado, aunque su nivel socioeconómico se corresponde principalmente al estrato obrero. Por otro lado, se reconocen los hogares que cuentan con mujeres como PSH y pertenecen a hogares nucleares incompletos con hijos, por tanto, remiten centralmente a hogares monomarentales. Las fuentes de ingresos de estos hogares presentan mayor heterogeneidad, ya que combinan fuentes laborales y no laborales (transferencias sociales).

3.5 Inserción laboral de las personas proveedoras de los hogares. Nociones sobre las condiciones de posibilidad para asumir los cuidados

3.5.1 Perfil y roles del núcleo proveedor

El análisis de la participación laboral de las personas que integran el núcleo proveedor⁷⁰ toma relevancia, por cuanto, de ellas derivan principalmente los recursos que obtienen los hogares para intentar sortear la sostenibilidad de su propia vida, así como la organización de los cuidados infantiles. Para ello, interesa primero caracterizar al núcleo proveedor.

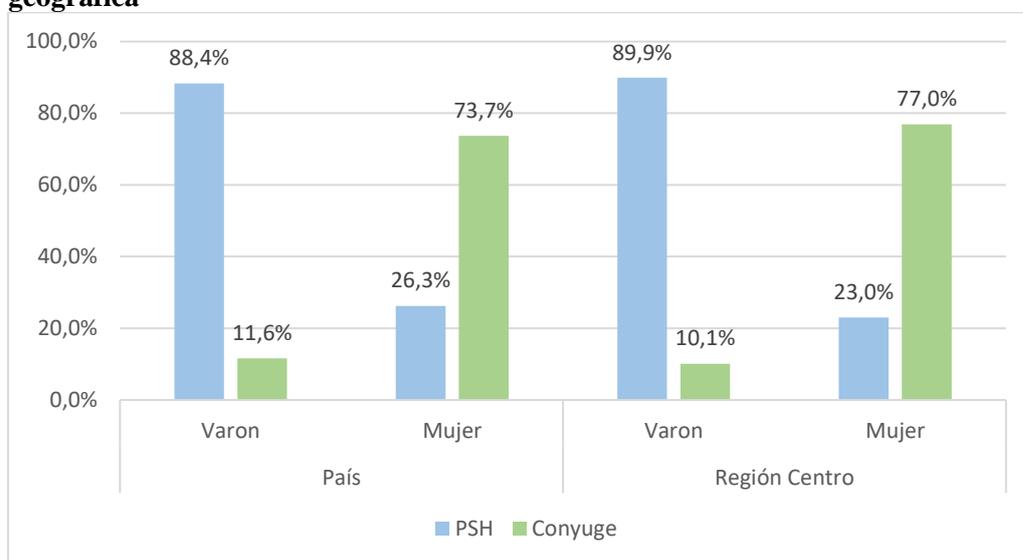
Anteriormente, se postuló la hipótesis de una importante masculinización del rol de provisión en estos hogares, asociada al régimen heterosexual. Esta hipótesis se sigue corroborando al analizar la posición que cumplen los integrantes en el núcleo proveedor. Los varones padres desempeñan en mayor medida el rol de PSH, mientras que las mujeres madres se ubican mayormente como cónyuges. Desde la definición misma de PSH, se

⁷⁰ Reiteramos que en este trabajo consideramos como núcleo proveedor al conjunto integrado por PSH y cónyuge de cada uno de los hogares, independientemente a su efectiva participación en el mercado laboral.

puede ya inferir que esta división de roles en el núcleo proveedor remite a una clara división sexo-genérica.

En la misma línea de análisis, se destaca que la mayor participación de mujeres como PSH no se condice con un incremento del rol de cónyuges por parte de los varones. Estos roles, a priori, contradictorios con la configuración de territorios de género, siguen dando cuenta de las inequidades de género. La poca presencia de varones como cónyuges reafirma su rol proveedor, en cambio, el caso de las mujeres PSH se corresponde -tal como se expuso anteriormente en este escrito- con hogares monomarentales.

Gráfico 2. Distribución de la posición que desempeñan las personas dentro del núcleo proveedor de hogares con presencia de hijos menores de 12 años, según sexo y área geográfica



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cabría ahora preguntarse por aquellos elementos que este análisis no expone o no permite visibilizar. Los datos muestran una cartografía que refleja el comportamiento de la familia ‘tradicional’, por un lado, y de hogares monomarentales, por el otro. Sin embargo, quedan invisibilizadas las configuraciones de familias diversas, ante la falta del relevamiento o identificación de parejas compuestas por personas que se autoidentifican con el género ‘otro’ y que tengan hijos, o incluso de aquellos núcleos conyugales compuestos por personas del mismo sexo⁷¹.

Esto lleva a seguir retrabajando la hipótesis que se introdujo en este apartado, pero ahora, desde el vínculo entre la norma heterosexual, la norma reproductiva y la

⁷¹ Se menciona explícitamente la ‘falta de relevamiento o identificación’ y no su inexistencia ya que se han identificado ciertos límites respecto a la categoría sexo-genérica ‘otro’ y la imposibilidad de identificar parejas homoparentales a partir del análisis de datos agregados.

invisibilización de las familias diversas. Para ello se recupera a Franke (2022), quien invita a pensar que la repronormatividad⁷² aún se encuentra en el closet, dado que aún cuesta considerarla como preferencia cultural en los análisis feministas -y ya no solo como imperativo biológico-. Sacar entonces la repronormatividad del closet implica reconocer aquellas maternidades desincentivadas, aquellas que no se correspondan a la de mujeres cis, blancas, heterosexuales, de clase media, en definitiva, aquellas que no hemos podido visibilizar en el presente análisis. Pero, además, permite observar el diálogo entre el mandato de la heterosexualidad y la reproducción como dispositivos reguladores del sistema de género en nuestra cultura.

Al analizar el nivel educativo del núcleo proveedor del conjunto de los hogares bajo análisis, se observa que los varones padres tienen mayor presencia relativa en los niveles de instrucción más bajo, mientras que las mujeres madres superan la participación masculina desde el nivel secundario completo hasta el nivel superior. Esta situación podría estar indicando que las mujeres, en promedio, cuentan con mejores credenciales educativas. Esta característica se asocia a procesos socio-demográficos más amplios que se dan en nuestro país y en América Latina desde mitad del siglo XX y que subyacen en la reconfiguración de las formas y dinámicas familiares a partir de un cambio significativo en los roles de las mujeres. A pesar de ello, el principal nivel educativo para ambos géneros es secundario completo, que junto al secundario incompleto condensan cerca del 48% de las personas del núcleo proveedor analizadas (ver Anexo II, Cuadro 24 y Cuadro 25).

Es interesante observar que las mujeres desempeñan mayormente el rol de cónyuges siendo que cuentan con niveles educativos similares o superiores al de sus compañeros varones. Esto permite intuir que su posición como trabajadora para el mercado podría ser interpretada también desde un rol secundario al que asumen los varones, independientemente a su formación. Al respecto, vale la pena recuperar la alerta de Abramo (2004) sobre el uso mecánico de la noción de fuerza de trabajo secundaria para describir la situación de las mujeres. Para la autora, esta noción se estructura en torno a la concepción de familia nuclear con un único proveedor y en el que las mujeres son

⁷² La autora realiza su propuesta analítica a partir del interrogante por la disposición a aceptar que las preferencias culturales heteronormativas juegan un rol significativo en nuestra orientación sexual y en la elección de una pareja, pero al mismo tiempo nos negamos a tratar las fuerzas repronormativas con la misma atención teórica (Franke, 2022).

responsables principales de la esfera privada de la vida; es en dicho marco que la inserción laboral de las mujeres es complementaria o secundaria. Sin embargo, estas ideas son puestas en tensión a partir de los datos existentes sobre la participación laboral de las mujeres y la configuración de los hogares, por lo que es una idea que ya no refleja cabalmente la realidad y por tanto es menos persistente en las últimas décadas (Abramo, 2004; Espino, 2012; Cerrutti & Binstock, 2009). Por el contrario, se destaca que la asignación de posiciones y roles se organizan en un sistema de género en el que operan relaciones de poder, que configura las limitaciones que viven las mujeres en el trabajo⁷³.

3.5.2 Inserción en el mercado laboral. Condiciones de posibilidad y límites para las tareas de cuidado

Interesa en esta instancia analizar la condición de actividad de la población del núcleo proveedor de los hogares que cuentan con hijos menores de 12 años, para poder comprender el comportamiento laboral, la división sexual del trabajo y su vínculo con los cuidados infantiles.

Cuadro 5. Tasas laborales de las personas integrantes del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12 años del país y de la Región Centro, según sexo

| Tasas de referencia | País | | Región Centro | |
|-----------------------------------|--------|--------|---------------|--------|
| | Varón | Mujer | Varón | Mujer |
| Tasa de actividad | 96,73% | 65,85% | 97,91% | 71,50% |
| Tasa de empleo | 94,76% | 59,95% | 95,57% | 63,88% |
| Tasa de desocupación | 2% | 9% | 2% | 11% |
| Tasa de inactividad ⁷⁴ | 3,27% | 34,15% | 2,09% | 28,50% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

La región cuenta con altas tasas de actividad y empleo, que superan los valores nacionales⁷⁵, lo que evidencia una alta participación económica-laboral tanto de padres

⁷³ Abramo (2004) plantea dos elementos centrales de dichas limitaciones, la asignación de responsabilidades de cuidado como competencia femenina y el hecho que la economía no incorpora el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado como actividad económica -costos que asumen las mujeres como sobre trabajo, remuneraciones no percibidas o trayectorias laborales menos satisfactorias-.

⁷⁴ Las tasas de inactividad según género se calcularon como la relación entre la población inactiva según género sobre la población total de referencia de dicho género.

⁷⁵ Cabe destacar que estos valores remiten a un período pre-pandémico, luego del cual se han producido numerosas modificaciones en el mercado laboral. Uno de los que más se destaca es la disminución de la participación en el mercado laboral, que para el caso de las mujeres de América Latina implicó una reducción equivalente a valores de 18 años atrás (CEPAL, 2022b). Sin embargo, hoy en día las tasas han logrado alcanzar valores típicos del período de pre-pandemia.

como de madres. Si bien persiste la distancia entre la participación masculina y femenina, hay que destacar que las brechas de participación de género en la región -considerando tasa de actividad y de empleo- son menores que las nacionales⁷⁶. Esta situación se explica principalmente por el alto nivel de participación femenina en la región, que supera los valores nacionales, e incluso lo esperable para la participación femenina de acuerdo a los niveles de participación conocidos. Estos datos se dan en el marco del contexto macroeconómico descrito con anterioridad, de estancamiento luego de un gran incremento del nivel de actividad general de la economía pero que aún logra contener la fuerza de trabajo en la región. Claro que esta inserción cuenta con matices según sectores de actividad y tipo de empleo (Chiroleu et al., 2019).

Los altos niveles de participación masculino se corresponden con bajos niveles de inactividad que, dada la persistencia de las brechas de género, éstos últimos resultan mayores para el caso de las mujeres madres. Nuevamente, se destaca que la región presenta niveles de inactividad femenina menores a los nacionales en 5,6 pp, lo que sigue abonando a la idea de una mayor participación laboral de las mujeres de la región.

A partir del análisis anterior podríamos entonces inferir que los hogares con hijos menores de 12 años tienen una propensión a contar con una doble provisión y con una alta participación masculina en el sostén del hogar.

Respecto a la desocupación, la masculina es sumamente baja mientras que la femenina ronda el 11 %. Esto da cuenta que en el período 2014-2015, a pesar de contar con altos niveles de actividad y empleo femenino, la región también presenta niveles de desocupación femenina altos. Para los años analizados, el contexto económico del país ya ha empezado a encontrar ciertos límites que se manifiestan en restricciones para la absorción del empleo. Ello se ve acompañado por el estancamiento en la mejora de las condiciones laborales y del salario real, que abandona su tendencia creciente para encontrar estabilidad en el nivel alcanzado en 2013 (Arakaki et al., 2018). Las brechas de género que se evidencian en los niveles de desocupación en el núcleo proveedor de hogares con hijos, podrían estar dando cuenta de los impactos diferenciales según género de dicho proceso de deterioro macroeconómico en el país. Los antecedentes evidencian que, en contextos de caída del empleo y deterioro de ingresos -como aconteció en el año 2016- las mujeres son las más afectadas (Ascencio et al., 2019).

⁷⁶ En la región la brecha de género en la tasa de actividad alcanza los 26,41 pp. y en la tasa de empleo los 31,7 pp, mientras que a nivel nacional las mismas se estiman en 30,9 pp. y 34,8 pp.

En cuanto al rol que les ma-padres ocupan en el núcleo conyugal, se destaca que se mantienen las brechas según género (ver Anexo II, Cuadro 26 y Cuadro 27). Del análisis de las personas cónyuges de la región se observa que los varones tienen una importante participación económica, ya que tienen alta tasa de empleo (82%) -aunque menor que sus pares PSH- y cuentan con una importante intención de participar del mercado, de acuerdo al nivel de desocupación. En el caso de las mujeres, cuya posición como cónyuge es la que prima, cuentan con altos niveles de inactividad (32%), aunque también se destaca que participan en el mercado más que sus pares nacionales (58,6%). Nuevamente, los datos abonan a una alta presencia de hogares con doble provisión y con altos niveles de empleo femenino en la región. Esto podría explicarse por el resquebrajamiento del modelo familiar con único proveedor, tal como alerta Cerrutti y Binstock (2009), que se asocia al aumento histórico de la participación laboral de las mujeres en América Latina y en Argentina desde mitad del siglo XX, pero en particular en las últimas dos década del mismo⁷⁷.

1.1.1 Personas ocupadas: características de su inserción

El sector privado absorbe casi al 85% de los padres y madres de la región que tienen hijos hasta 12 años. Esto implica que la dinámica del empleo privado, más allá de sus infinitas variantes y especificidades, se imprime mayormente en los hogares bajo estudio. Esto no es más que decir que, a priori, existirían gran heterogeneidad de condicionantes -vinculados a la existencia de convenios colectivos de trabajos y regulaciones sectoriales- que contengan protecciones, beneficios y coberturas sociales asociadas a los cuidados infantiles.

La desagregación según género muestra que, en términos relativos, los varones participan más del sector privado mientras que las mujeres lo hacen en el sector público. Esta diferenciación ya permite inferir algo más respecto a las condiciones para el cuidado, ya que el sector público suele contar con mayores beneficios para asumir los cuidados infantiles (existencia de excedencias, mayor amplitud de licencias en términos temporales y en cuanto a los tipos de licencias previstos para el cuidado, horas disponibles para movilidad o atención corta de cuidado, etc.)⁷⁸. Es necesario destacar que el sector público

⁷⁷ Anteriormente en este trabajo se mencionó la pérdida de fuerza explicativa que ha tenido la noción de 'fuerza de trabajo secundaria' para comprender la participación laboral femenina en las últimas décadas.

⁷⁸ Vale aclarar que la forma de contratación en el empleo público ha ganado heterogeneidad y es un proceso que se inicia fuertemente durante la década de 1990. Ley de Reforma del Estado (Nº 23.696) permitió la

-en general- se encuentra en mejores condiciones para regular y legislar la labor de los trabajadores del Estado, esto se vuelve siempre más complejo en el caso del sector privado. Como ejemplo de dicha complejidad solo basta con mencionar que recién este año se logró reglamentar el artículo 179 de la ley de contrato de trabajo sobre espacios de cuidado para los hijos de los trabajadores.

Cuadro 6. Distribución del sector de actividad del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según área geográfica y sexo

| Sector de Actividad | País | | Región Centro | |
|---|---------|---------|---------------|---------|
| | Varón | Mujer | Varón | Mujer |
| Público (estatal o con financiamiento del Estado) | 15,93% | 24,13% | 12,98% | 19,01% |
| Privado | 82,66% | 73,88% | 85,11% | 79,86% |
| Organización sin fin de lucro | 0,17% | 0,63% | 0,41% | 0,43% |
| Cooperativas de trabajo con financiamiento del Estado | 0,35% | 0,60% | 0,41% | 0,16% |
| Otras cooperativas de trabajo | 0,58% | 0,41% | 0,62% | 0,14% |
| Otra | 0,32% | 0,35% | 0,46% | 0,38% |
| Total | 100,00% | 100,00% | 100,00% | 100,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Los sectores de actividad restantes absorben en promedio el 1,5% de la participación de los cónyuges de hogares con hijos. Si bien es un porcentaje residual, evidencia diferencias claras según género. La participación femenina en el sector cooperativo en general es notoriamente menor que la masculina, mientras que en el sector de las organizaciones sin fines de lucro la participación es paritaria entre los géneros.

El análisis de la categoría ocupacional permite observar que la gran mayoría (cerca del 65%) es empleado/a, por lo tanto, hay un vínculo de dependencia laboral en la mayoría de los casos. En esta categoría la brecha de género es baja, pero en cambio, es más notoria en las categorías patrón y cuenta propia. La participación de los varones supera a la de las mujeres en la categoría patrón en 7,6 pp., lo que podría suponer la propiedad de medios de producción y, por tanto, mejores condiciones relativas respecto a otros trabajadores/as. La situación inversa se da para las categorías cuenta propia, donde ellas los superan en 5

aparición y expansión de formas de contratación que, bajo la fachada de un trabajo independiente, encubrían una relación laboral no reconocida y en condiciones precarias (Fernández & González, 2020). A partir de entonces y durante toda la década, se crea un andamiaje regulatorio para la contratación de servicios por parte de la Administración Pública mediante tres formas principales de contratación, el contrato de planta permanente, el de tiempo determinado o planta transitoria y los “contratados”, que agrupan a quienes facturan por servicios como trabajadores independientes (Fernández & González, 2020). Estas modalidades de contratación no han desaparecido, aunque en el período de posconvertibilidad han existido nuevas regulaciones que contemplan aspectos de las condiciones laborales de las mismas.

pp. La independencia del trabajo por cuenta propia puede implicar mayor flexibilidad para quien trabaja a la hora de tener que asumir imprevistos de cuidado o a la hora de tener que ‘conciliar’ tareas, pero al mismo tiempo se asumen mayores riesgos que se traducen centralmente en menores ingresos monetarios.

Cuadro 7. Distribución de la categoría ocupacional del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo

| Categoría Ocupacional | País | | Región Centro | |
|---------------------------------|---------|---------|---------------|---------|
| | Varón | Mujer | Varón | Mujer |
| Patrón | 7,76% | 2,40% | 11,91% | 4,25% |
| Cuenta propia | 19,04% | 21,83% | 23,22% | 28,38% |
| Empleado | 73,01% | 75,64% | 64,87% | 66,98% |
| Trabajador familiar sin salario | 0,19% | 0,13% | 0,00% | 0,39% |
| Total | 100,00% | 100,00% | 100,00% | 100,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

La actividad comercial resulta ser la principal actividad económica en la que participan las personas integrantes del núcleo proveedor, independientemente a su género. Sin embargo, se observa una clara distinción sexista entre los territorios femeninos y masculinos en las siguientes ramas de actividad que absorben a esta mano de obra. Construcción e Industria manufacturera son las siguientes ramas de actividad donde se insertan los varones-padres. En cambio, para ellas, siguen el Empleo doméstico y la Enseñanza, administración pública y defensa (ver Anexo II, Cuadro 28).

Respecto a la calificación en la ocupación, priman en tareas operativas y no calificadas. Sin embargo, un análisis intergénero nos permite identificar que los varones cuentan con mayor participación relativa en puestos operativos y las mujeres en puestos no calificados. A pesar de ello, éstas últimas también se destacan en términos relativos en puestos técnicos, lo cual se asocia a sus mayores calificaciones educativas, antes desarrolladas en este escrito (ver Anexo II, Cuadro 29).

Asimismo, el análisis de las jerarquías que ocupan estas personas en sus puestos de trabajo, evidencia que la segregación vertical se manifiesta con contundencia en los puestos de máxima jerarquía y con mayor fuerza a nivel regional. En los puestos de dirección o jefatura es donde prima la participación masculina por sobre la femenina, generando las mayores brechas de promoción, que alcanza casi 10 pp. en la región (ver Anexo II, Cuadro 30).

La posibilidad de contar o no con el conjunto de protecciones sociales que devienen del trabajo remunerado no resulta inocuo para asumir las tareas de cuidado infantil, por ello interesa analizar los niveles de formalización en el empleo, ya que ésta habilita a contar con beneficios asociados a la existencia de hijos, tales como asignaciones familiares, días por cuidado, espacios de cuidado, entre otros. Para ello se analiza el descuento o aporte jubilatorio, variable que suele utilizarse como parámetro de los niveles de formalidad en el empleo⁷⁹,

Es evidente la diferenciación según género de la percepción del descuento jubilatorio, ya que ellos lo perciben en mayor medida que las mujeres, con una diferencia de 12 pp. En el caso de las mujeres, además, se destaca que el 35% no realiza aportes ni percibe descuentos, lo que podría estar implicando la total informalidad de su trabajo para el mercado. En definitiva, las desventajas de la informalidad pesan con mayor fuerza en las mujeres-madres que cuentan con inserciones laborales más endeble y esto conlleva a la carencia de otros tipos de beneficios y protecciones de cuidado.

Cuadro 8. Distribución del tipo de descuento o aporte jubilatorio del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo

| Tipo de descuento o aporte jubilatorio | País | | Región Centro | |
|--|-------|-------|---------------|-------|
| | Varón | Mujer | Varón | Mujer |
| Le hacen descuentos jubilatorios | 64,0 | 58,3 | 70,9 | 58,6 |
| No le descuentan / no aporta | 27,3 | 35,2 | 25,6 | 35,2 |
| No le hacen descuentos y aporta al sistema jubilatorio | 8,7 | 6,5 | 3,5 | 6,2 |
| Total | 100 | 100 | 100 | 100 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Por último, el nivel de autonomía⁸⁰ que las personas tienen en sus trabajos, también les brinda posibilidades que pueden aprovecharse ante los requerimientos de cuidado infantil en los hogares (ver Anexo II, Cuadro 31).

Tomarse un día libre sin perder la remuneración es un beneficio con el que cuentan más de la mitad de los trabajadores de la región, con independencia de su género. Decidir cuándo llegar e irse del trabajo, es un indicador relevante de la flexibilidad horaria con la que podrían contar los y las trabajadoras. Sin embargo, este beneficio no es uno que prime entre los padres y madres trabajadoras de la región, aunque se percibe que ellas cuentan con leves ventajas al respecto (diferencia 2 pp).

⁷⁹ Cabe aclarar que esta variable se computa solo para quienes mantienen una relación laboral de dependencia, y no para el conjunto de las personas ocupadas.

⁸⁰ Nuevamente, esta variable solo se mide en la ENES para trabajadores dependientes y no para autónomos.

3.5.3 Personas inactivas: motivos y características⁸¹

Al profundizar el análisis del grupo de personas padres y madres inactivas, se observa que en su gran mayoría corresponde a la condición de amas de casa (ver Anexo,

Cuadro 32). Esta es una característica que se asocia con los rasgos de esta población que en su mayoría son mujeres. Los perfiles de hogares antes descritos en este capítulo, evidencian un modelo de división sexual del trabajo al interior de estos hogares a partir de la alta presencia masculina como sostén del hogar y un desbalance en los niveles de inactividad en detrimento de las mujeres. Las mujeres-madres de hijos menores de 12 años son las que menos participan en el mercado laboral y, más aún, cuando asumen el rol de cónyuges.

Las mujeres inactivas definen su condición a partir del rol de amas de casa, mientras que los varones asumen la inactividad principalmente como jubilados o pensionados (ver Anexo II, Cuadro 33). Esta división según género de la condición de inactividad resulta evidente en términos de los roles asumidos al interior de estos hogares, ellas son las que principalmente asumen las tareas no remuneradas en dichos hogares y ellos porque ya se encuentran en una etapa de retiro del mercado laboral, abonando a una división sexo-genérica del trabajo.

Los motivos de la inactividad se asocian fuertemente a la maternalización de los cuidados infantiles en la región, lo cual reafirma la configuración de la inactividad antes descrita. Para el caso de las mujeres las responsabilidades de cuidado infantil son determinantes para su condición de inactividad, lo cual se evidencia en la participación mayoritaria de mujeres en la opción por dedicarse al cuidado de los hijos, seguido de las opciones no querer trabajar e imposibilidad de contar con quien dejar los hijos. En el caso de los varones-padre, los dos motivos principales son que no quieren trabajar o por razones de edad, lo cual podría asociarse a su mayor condición de jubilados y pensionados (ver Anexo II, Cuadro 34, Cuadro 35 y Cuadro 36).

En definitiva, la inactividad de las mujeres-madres en la región centro es un resorte evidente para la organización de los cuidados en los hogares.

⁸¹ Los datos correspondientes al grupo inactivo no pudieron analizarse según nivel socioeconómico, ya que los datos pierden la representatividad estadística.

CAPITULO 4. LOS HOGARES COMO ESLABÓN DEL ENCADENAMIENTO DE LOS CUIDADOS

Los hogares se tornan núcleos estructurantes de las estrategias, prácticas y decisiones que despliegan sus integrantes para asumir los cuidados, ya que es allí donde se condensan y articulan los encadenamientos posibles. El presente capítulo explora directamente la dimensión de los cuidados infantiles en los hogares de interés de esta investigación.

Durán y García Díez (2013) plantean la relevancia del ‘retorno al *oikos*’ cuando estudiamos el trabajo de cuidado, ya que es un espacio nodal de conocimiento y análisis de la actividad humana y de la realidad social en la socioeconomía. Focalizar entonces el análisis en el espacio doméstico, pero sin dejar de observar los agentes mercantiles, estatales y comunitarios, es una ventana para reconocer sus entrelazamientos.

Este capítulo explora entonces las estrategias y arreglos de cuidado que establecen los hogares con infancias menores a 12 años. Ello permite identificar algunos vectores de desigualdad que operan de manera saliente en la organización de los cuidados infantiles. Por un lado, se observa que género y nivel socioeconómico intersectan las responsabilidades que asumen de manera diferencial madres y padres, así como también qué tipos de tareas del TNR son las que permean los territorios masculinos dotando a éstos de nuevas permisividades. Asimismo, se reconoce que la edad de las infancias, el tipo de hogar y el nivel socioeconómico determinan la presencia de otros actores en el cuidado infantil cotidiano (familiares o no familiares), así como también que los recursos monetarios son los que brindan posibilidades en términos de mercantilización de los mismos. Este último punto resulta ser un elemento que se destaca en la región, en términos de aspiración y/o tendencia de los cuidados, ya que se reconoce como la principal dificultad que tienen los hogares. Por último, el acceso a instituciones educativas y de cuidado se configura según las edades de las infancias, que también determina junto al nivel socioeconómico el tipo de instituciones a las que asisten las infancias en la región.

4.1 División genérica del trabajo doméstico y de cuidado no remunerado

El capítulo anterior presentó el análisis de la participación en el mercado laboral del núcleo proveedor de los hogares bajo estudio. Sin embargo, la división sexual del trabajo configura territorios en todas las órbitas sociales, ello hace necesario poner bajo

la lupa la división genérica del trabajo no remunerado que se absorbe al interior de los hogares. Este apartado explora entonces los niveles de participación en el trabajo doméstico y de cuidado no remunerado, así como las características que el mismo asume. De acuerdo con estos objetivos, la población bajo análisis remite a integrantes del núcleo proveedor de los hogares.

El análisis de la participación según género en los distintos tipos de trabajo que integran el TNR⁸² reafirma, para el caso de las personas proveedoras de hogares con hijos menores de 12 años, aquello que los estudios de género y la literatura feminista evidencian sobre la división sexual del trabajo. Los datos muestran que la proporción de varones que asumen su responsabilidad en el trabajo no remunerado sigue siendo significativamente menor a la de las mujeres.

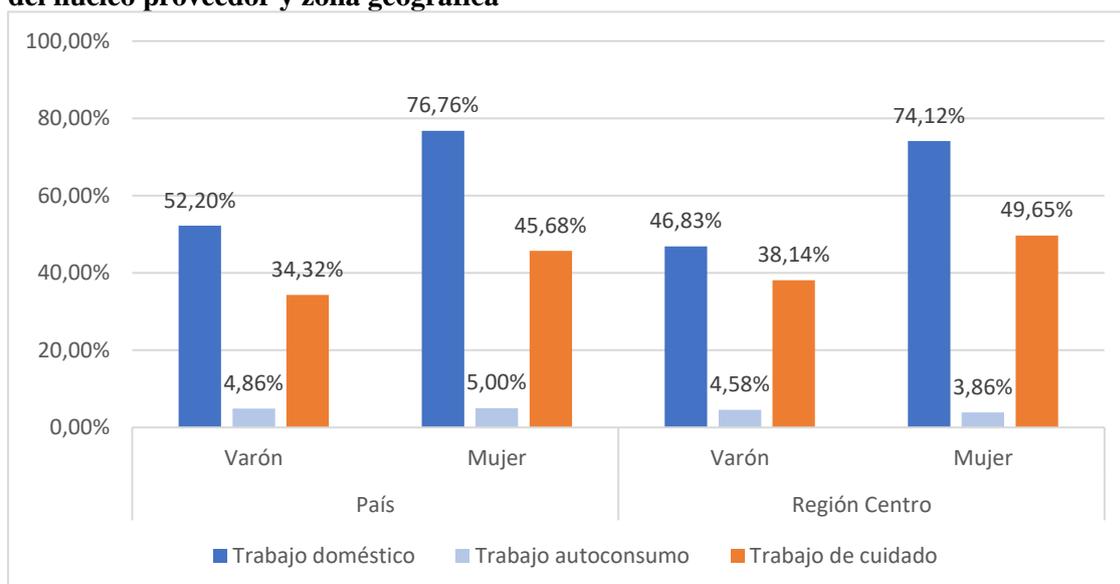
El análisis se presenta de acuerdo a tres tipos de trabajo no remunerado, dicha categorización fue una elaboración propia en esta investigación en base a las definiciones conceptuales en la literatura disponible y las decisiones de los organismos oficiales de estadística de nuestro país que han trabajado con encuestas de uso del tiempo. La ENES contempla un conjunto de tareas más amplio que se aglutinó del siguiente modo: trabajo doméstico (limpiar y ordenar la casa, planchar, hacer la comida, tareas de construcción o refacción de la vivienda propia, hacer compras y hacer trámites o pagos), trabajo de cuidado (cuidado infantil y cuidado de personas con discapacidad y de adultos mayores), así como trabajo para el autoconsumo (cultivo y cosecha de productos agrícolas o de huerta, cuidado de animales para el consumo del hogar).

La región centro presenta una clara brecha de participación entre mujeres y varones en el trabajo doméstico y en el de cuidado, que se corroboran al considerar la diferencia horaria⁸³ que dedican semanalmente mujeres y varones al TNR (9 horas semanales) (ver Anexo II, Cuadro 37).

⁸² Siguiendo las definiciones que utilizan organismos oficiales de estadística que realizan estudios de uso del tiempo (INDEC, 2014; Rodríguez Enriquez et al., 2017), la tasa de participación en el TNR según género se calcula como la relación entre el subgrupo genérico que manifiesta realizar TNR y el total de dicho subgrupo poblacional. Para esta investigación se calculó la tasa de participación en cada actividad que integra el conjunto del TNR, así como una tasa de participación promedio en el trabajo doméstico, el trabajo de cuidado y el trabajo de autoconsumo.

⁸³ La encuesta releva la cantidad de horas dedicadas a la globalidad del trabajo no remunerado y considera como período de referencia la semana anterior. El tiempo promedio semanal destinado al TNR se calcula como promedio entre el tiempo dedicado la semana anterior a la totalidad de las actividades y la cantidad de personas que declararon haber realizado actividades. Cabe destacar que los datos relevados presentan

Gráfico 3. Participación promedio en los tipos de Trabajo No Remunerado, según género del núcleo proveedor y zona geográfica



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

El trabajo para el autoconsumo cuenta con niveles de participación bajos y similares entre los géneros. Esto podría explicarse porque es una encuesta que se aplicó solo en localidades con más de 2.000 habitantes, esto nos permite inferir que se relevaron principalmente sectores urbanos. Dada la baja intensidad del trabajo para el autoconsumo, se decidió no considerarlo para los análisis subsiguientes.

Ahora bien, para analizar las brechas de género en el trabajo doméstico y el de cuidado, hay que considerar algunos elementos más en el análisis. El trabajo doméstico cuenta con una alta participación de mujeres mientras que ni la mitad de los varones-padres de la región participan en esas tareas. Ellas superan los valores de participación de ellos en todo el conjunto de actividades que integran el trabajo doméstico, aunque la distancia de participación varía según el tipo de actividad. Hacer compras y trámites o pagos son actividades en las que suelen participar los varones, mientras que esto es menos común en otras, como limpiar, cocinar y planchar. La única tarea en que la brecha de género es inversa, es la de ‘construcción o refacción de la vivienda propia’, actividad claramente masculina (ver Cuadro 10). En definitiva, las mujeres madres de la región tienen mayor responsabilidad en el trabajo doméstico de los hogares con hijos que los padres.

ciertos límites por no contar con información desagregada acerca de la dedicación horaria a cada una de las actividades (Trombetta, Micha, & Pereyra, 2019).

Por el otro lado, la participación de las personas de núcleo proveedor en el trabajo de cuidado resulta menor que en el trabajo doméstico, lo cual genera que la brecha de género en el trabajo de cuidado también sea menor. Aquí es necesario alertar que ello se debe a la gran disparidad de participación entre las actividades que componen el trabajo de cuidado, esto es, el cuidado infantil y el cuidado de personas con discapacidad y adultos mayores (ver Cuadro 10). De hecho, al considerar individualmente las actividades se evidencia que el cuidado infantil supera la participación promedio que mujeres y varones tienen en el trabajo doméstico, alcanzando el 85% para ellas y 64% para ellos. La corresponsabilidad en los cuidados infantiles es uno de los cambios en las tendencias del comportamiento de los varones-padres que se sostiene en la región central del país, dando cuenta qué tipo de actividades empiezan a filtrarse en las fronteras de género y cuáles aún se siguen sosteniendo como territorios netamente femeninos. En cambio, el núcleo proveedor cuenta con baja participación en el cuidado de personas con discapacidad o adultas mayores en la región. Ello podría responder al recorte de nuestro universo, ya que se trata de hogares con presencia de hijos menores de 12 años. Estos pliegues en el análisis permiten explicar los bajos niveles de participación en el trabajo de cuidado, siendo que se trata de hogares con responsabilidades de cuidado infantil.

Cuadro 9. Participación a nivel nacional de integrantes del núcleo proveedor en actividades no remuneradas, según sexo

| TNR | Actividades no remuneradas | Sexo Núcleo Proveedor | |
|------------------------|---|-----------------------|--------|
| Trabajo doméstico | Limpiar y ordenar la casa durante la semana pasada | 50,02% | 96,80% |
| | Planchar durante la semana pasada | 15,28% | 74,81% |
| | Hacer la comida durante la semana pasada | 51,29% | 95,34% |
| | Tareas de construcción o refacción de la vivienda propia durante la semana pasada | 45,80% | 16,44% |
| | Hacer las compras durante la semana pasada | 79,05% | 94,71% |
| | Hacer trámites o pagos durante la semana pasada | 71,76% | 82,46% |
| Trabajo de cuidado | Cuidar a los/as niños/as o hermanos/as menores durante la semana pasada | 62,97% | 82,26% |
| | Cuidar a discapacitados o adultos mayores durante la semana pasada | 5,68% | 9,11% |
| Trabajo de autoconsumo | Tareas de cultivo y cosecha de productos agrícolas o de huerta durante la semana pasada | 4,99% | 5,15% |
| | Tareas de cuidado de animales para el consumo del hogar durante la semana pasada | 4,72% | 4,84% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 10. Participación en la Región Centro de integrantes del núcleo proveedor en actividades no remuneradas, según sexo

| TNR | Actividades no remuneradas | Sexo Núcleo Proveedor | |
|------------------------|---|-----------------------|--------|
| | | Varón | Mujer |
| Trabajo doméstico | Limpiar y ordenar la casa durante la semana pasada | 49,07% | 96,84% |
| | Planchar durante la semana pasada | 7,81% | 69,62% |
| | Hacer la comida durante la semana pasada | 50,13% | 95,97% |
| | Tareas de construcción o refacción de la vivienda propia durante la semana pasada | 34,32% | 11,88% |
| | Hacer las compras durante la semana pasada | 71,71% | 92,48% |
| | Hacer trámites o pagos durante la semana pasada | 67,92% | 77,93% |
| Trabajo de cuidado | Cuidar a los/as niños/as o hermanos/as menores durante la semana pasada | 64,18% | 85,16% |
| | Cuidar a discapacitados o adultos mayores durante la semana pasada | 12,10%* | 14,14% |
| Trabajo de autoconsumo | Tareas de cultivo y cosecha de productos agrícolas o de huerta durante la semana pasada | 5,45% | 3,75% |
| | Tareas de cuidado de animales para el consumo del hogar durante la semana pasada | 3,71% | 3,97% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

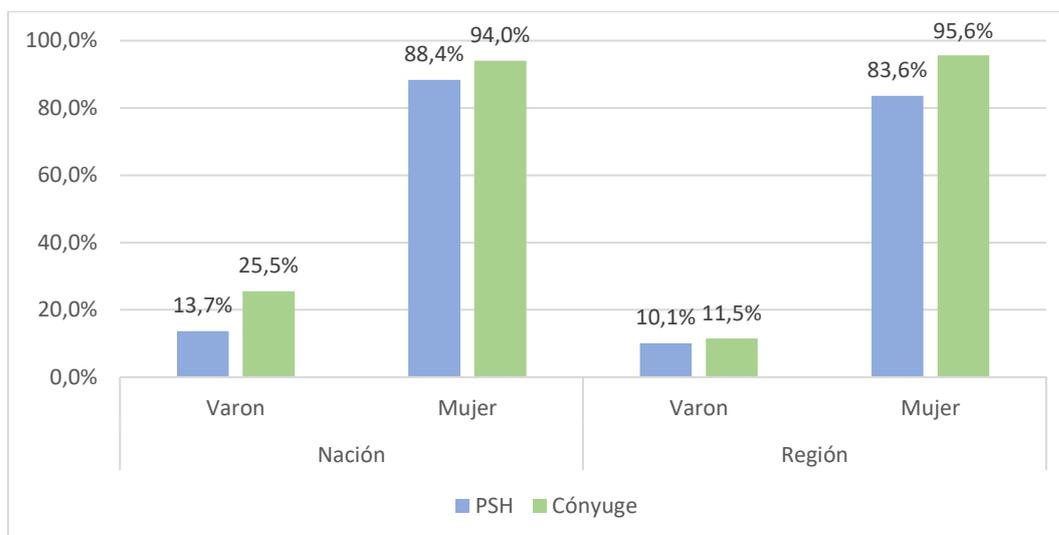
*El dato seleccionado no cuenta con representatividad estadística.

La feminización del trabajo doméstico y de cuidado se pone de manifiesto, además, cuando se pregunta quién es la persona que tiene a su cargo la mayor parte de las tareas de la casa. Poco más del 90% de las mujeres que integran el núcleo proveedor de los hogares con hijos menores de 12 años son las principales encargadas de estas tareas en la región, mientras que solo el 10% de los varones lo son (ver Anexo II, Cuadro 38).

Además, la posición que se ocupan en el núcleo proveedor -PSH o cónyuge- no resulta relevante, ya que la distribución inequitativa del trabajo no remunerado se mantiene. La fuerza que tiene la delimitación de territorios según género es contundente, a pesar de que adopta configuraciones diferentes y particulares. En ese sentido, se destaca que incluso cuando ellas realizan el principal aporte económico al hogar, siguen siendo la principal responsable del TNR en más del 80% de los casos, seguramente porque son mujeres que pertenecen mayormente a hogares monomarentales con hijos y, por tanto, distribuir los cuidados a nivel conyugal es prácticamente imposible. En dicho caso, suponemos que los arreglos de cuidado circulan por otros derroteros que exceden la consideración del núcleo proveedor.

El caso de los varones PSH es significativo porque reafirma la división sexual del trabajo en dichos hogares, aun cuando se trata centralmente de hogares de doble provisión. Esto nos permite suponer, la doble carga de trabajo de esas cónyuges.

Gráfico 4. Persona del núcleo proveedor que tiene a su cargo la mayor parte de las tareas de la casa, según posición en núcleo proveedor, sexo y zona geográfica



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos correspondientes a varón cónyuge y mujer principal sostén del hogar de la Región Centro no cuentan con representatividad estadística, además los datos regionales no cuentan con robustez.

Los niveles de participación en el TD y el TC según género y estrato socioeconómico muestran movimientos encontrados. Cabe mencionar que este análisis solo considera al estrato medio y obrero, ya que el estrato alto no cuenta con representatividad estadística que permita generalizar las tendencias observadas en la región. Mientras que la participación masculina disminuye de acuerdo disminuye su estrato socioeconómico, las mujeres aumentan su participación (ver Gráfico 5⁸⁴). Esto implica que, a medida que disminuye el nivel socioeconómico cada vez son más las mujeres madres que se hacen cargo del TNR. Esta tendencia se sostiene al considerar las horas semanales que en promedio ellas destinan al TNR, que llegan a alcanzar las 30 hs. en el estrato obrero. Para los varones, la tendencia respecto a la dedicación horaria es menos clara, según la evidencia (ver Gráfico 6⁸⁵).

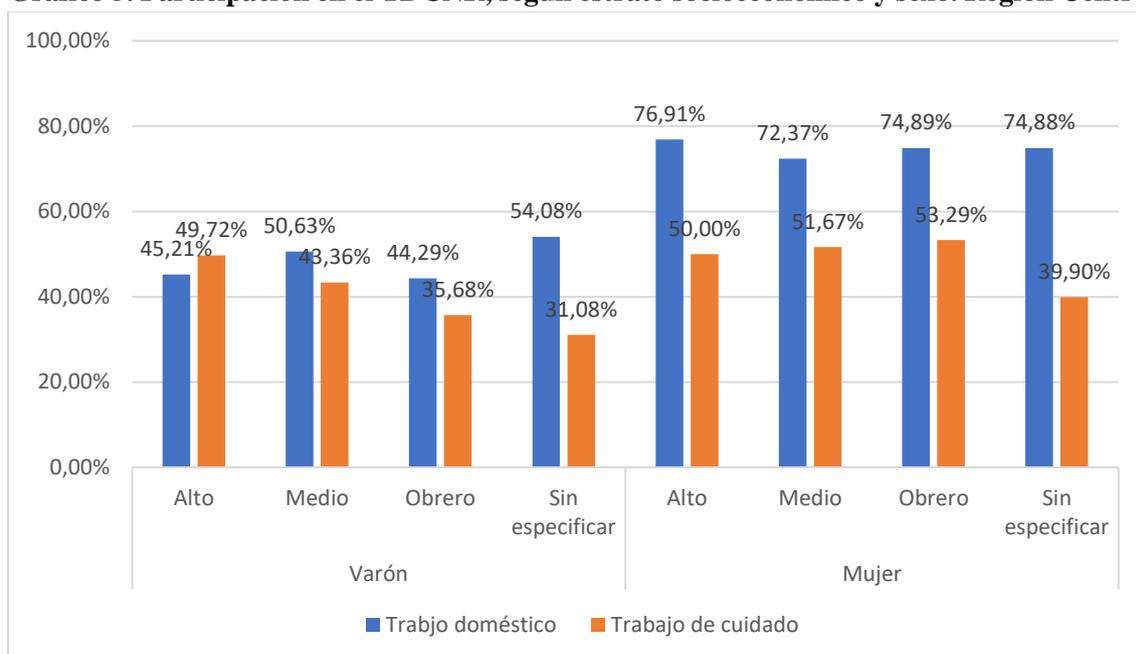
Los datos dejan claro que el menor nivel económico se asocia necesariamente con más horas y más mujeres de sectores populares a cargo del TNR. De hecho, el estrato obrero es aquel donde se evidencia la mayor brecha de género en horas, que se eleva hasta las 14 hs. semanales. La estratificación que genera la intersección entre estrato socioeconómico y condición genérica se hace evidente en la distribución del TNR, y se observa particularmente a través la acumulación de desventajas que operan sobre las

⁸⁴ Los datos correspondientes al nivel nacional se encuentran en el Anexo II Cuadro 39 y Cuadro 40.

⁸⁵ Los datos correspondientes al nivel nacional se encuentran en el Anexo II Cuadro 41.

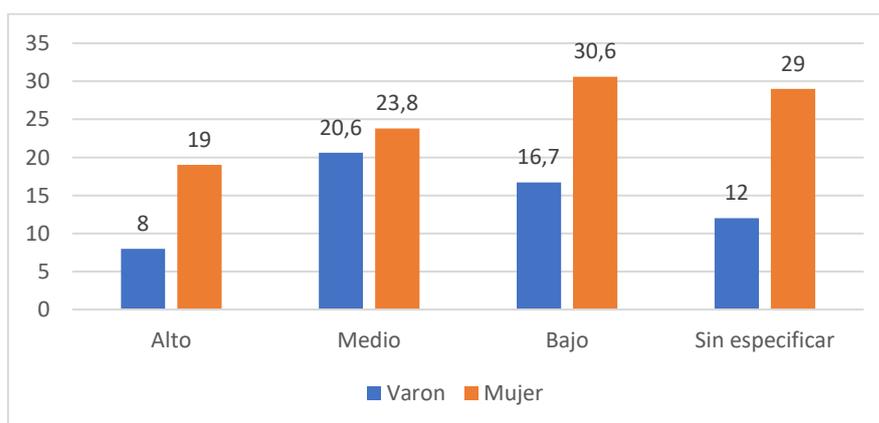
mujeres de los sectores populares. Las menores posibilidades que tienen los hogares del estrato obrero de resolver el TNR mediante mecanismos externos al propio hogar, se observa en las horas que las mujeres de dichos hogares le dedican a ese trabajo. Además, la disparidad en el grupo de las mujeres en la absorción del TNR, evidencia las desigualdades intragénero.

Gráfico 5. Participación en el TDCNR, según estrato socioeconómico y sexo. Región Centro



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.
Los valores del estrato alto no cuentan con representatividad estadística.

Gráfico 6. Tiempo promedio semanal destinado al Trabajo No Remunerado (en horas), según sexo y estrato socioeconómico. Región Centro



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Las edades de las infancias configuran necesidades específicas de cuidado. En la región, los primeros años de vida de los hijos, resulta ser el momento en que se profundiza la brecha en horas destinadas por padres y madres al TNR. Las mujeres de la región

superan en 13,5 hs. el tiempo dedicado por los varones, lo cual puede deberse a que la edad de los hijos no modifica la cantidad de horas promedio semanalmente que ellos destinan al TNR (ver Anexo II, Cuadro 42), a pesar de que los varones cuentan con una alta participación en el cuidado infantil. Ello hace suponer la absorción de horas de cuidado infantil por parte de las mujeres, durante los dos primeros años de vida de sus hijos.

Para finalizar, interesa recuperar algunos aspectos de la inserción laboral de estas personas para dar cuenta cómo se relaciona con la distribución del TNR. Las mujeres que tienen hijos en la región centro cuentan con altos niveles de participación en el mercado laboral lo que, a priori, indicaría una doble carga de trabajo, dada su gran participación en el TNR. Esta situación se da para el conjunto de las madres, por tanto, refiere a quienes pertenecen a hogares de doble provisión o monomarentales. Pero debemos notar que estas mujeres cuentan, en mayor medida que los varones, con inserciones laborales más precarias y por tanto menos protecciones vinculadas a los cuidados que les permitan asumirlos en mejores condiciones.

En cambio, para las mujeres que no participan del mercado laboral, aquellas que las estadísticas ubican -discutiblemente- como 'inactivas', su papel y rol de cuidadora implica precisamente el motivo de su inactividad.

Por último, los varones analizados se caracterizan por estar plenamente ocupados en el mercado de trabajo, pero como contrapartida participan menos que sus pares mujeres en el TNR, aunque con niveles de participación variados según el tipo de actividad que sea. Entre ellas, se destaca en particular el trabajo de cuidado infantiles, tarea que asumen y particularmente cuando las infancias tienen edades muy pequeñas. Lamentablemente, la posición mejorada que tienen respecto a las mujeres en las condiciones de contratación e inserción laboral, no tracciona la corresponsabilidad en las tareas no remuneradas en los hogares.

4.2 Cuidados infantiles en el hogar

La literatura disponible nos brinda elementos para pensar que los cuidados que se dan y reciben en el hogar pueden brindarse por personas que forman parte de la familia o no. La organización de los cuidados a nivel de los hogares se encadena a circuitos -diferenciales- que transitan por múltiples instituciones, espacios y actores. Esto nos

permite reconocer, por ejemplo, la intervención del mercado en la provisión de los cuidados a través de la contratación de servicio doméstico y servicio de cuidado, así como también el rol de las redes familiares y comunitarias que participan de los cuidados infantiles.

Este apartado evidencia que la contratación de servicios vía el mercado no es el principal dispositivo para organizar los cuidados infantiles en los hogares bajo estudio, aunque se reconocen diferencias según el nivel socioeconómico, tal como muestra literatura. Asimismo, da cuenta de aquellos contextos en que las redes familiares y comunitarias toman relevancia. En dicho marco se comprenden las problemáticas centrales que los hogares reconocen, lo que implica desafíos para pensar los modos deseables de organizar los cuidados y abre interrogantes por la infraestructura pública de cuidado y su rol en la OSC.

Vale mencionar que, si bien algunos de los datos que se presentan en este apartado y el siguiente pierden representatividad estadística, los mismos proveen una primera aproximación a la cartografía regional que resulta valiosa por dos motivos. Por un lado, los resultados se condicen con los supuestos que formulamos en base a los antecedentes disponibles sobre el tema, por el otro, los datos se analizan considerando los promedios nacionales, lo cual brinda un parámetro de referencia.

4.2.1 Características de los cuidados infantiles en el hogar. Responsabilidades y dificultades

La demanda de cuidado ahora se caracteriza desde la población infantil -hijos, hijas e hijastros/as- de los hogares bajo estudio, ya que la misma se considera como unidad de análisis. Es desde allí que se reconoce cómo se asumen dichas responsabilidades y las dificultades que presenta.

Anteriormente se expuso que, en promedio, el 34 % de los hogares de la región cuentan con hijos, hijas e hijos menores de 12 años. La distribución de dichas infancias según su edad muestra para la región que el 20% tiene menos de 2 años, el 13% entre 3 y 4 años y el 66% más de 5 años⁸⁶ (ver Anexo II, Cuadro 43).

⁸⁶ La categorización de las edades responde a la lógica de la organización del derecho al acceso a la educación, en particular en la primera infancia. La distinción entre la obligatoriedad y universalidad de la educación en los primeros años de vida genera situaciones diferenciadas en torno a las protecciones vigentes. En el último apartado de este capítulo se profundiza en ese sentido.

La composición de los hogares de estas infancias, corrobora la tipología de hogares descritas en el capítulo 3, la gran mayoría (87%) pertenece a hogares nucleares completos y solo el 13% a hogares nucleares incompletos. En definitiva, podemos considerar que las infancias de la región pertenecen mayormente a hogares de doble provisión, mientras que 1 de cada 10 niños pertenece a hogares que tienen solo una persona PSH y que resulta ser, en la mayoría de los casos, su madre. Asimismo, el nivel socioeconómico de las infancias sigue la tendencia de concentración en el sector obrero. Pero se destaca una mayor participación relativa de la primera infancia de la región, ya que el 70% de quienes tienen hasta dos años de edad pertenecen al estrato obrero (ver Anexo II, Cuadro 44 y Cuadro 45).

La encuesta nos brinda datos significativos que permiten describir a la persona con quien las infancias pasan la mayor parte del tiempo durante la semana (de lunes a viernes). La principal responsable es la madre, quien se hace cargo del cuidado del 80% de la población infantil. El padre es la persona que en segunda medida cuida a los hijos, pero solo lo hace con el 7% de la población infantil. La diferencia en la carga de cuidado es contundente y manifiesta, y se reafirma con los niveles ya descritos de participación de las mujeres en el trabajo de cuidado, así como también con el hecho de que son las principales encargadas de la totalidad del TNR en estos hogares. Como tercer agente cuidador aparece la figura de otro miembro del hogar de 15 años o más, y otro familiar que no vive en el hogar (cerca del 4% cada uno) (ver Anexo II, Cuadro 46 y Cuadro 47).

El rol de estos ‘otros’ agentes en el cuidado diario toma significancia cuando las infancias tienen de 0 y 2 años, ya que en esta etapa la persona que cuidada en segundo lugar de importancia es otro familiar que no vive en el hogar. Esta participación supera la participación del padre y cuenta con mayor importancia en la región centro que a nivel nacional. La evidencia da cuenta de la importancia de las redes de contención y cuidado familiar que acompañan la crianza en la etapa inicial de la vida de las infancias. De acuerdo con investigaciones preexistentes, la presencia de abuelas y abuelos en esta red familiar es frecuente, sobre todo para hogares de clase media (Faur, 2014). Cuando las infancias crecen, esto es que tienen entre 3 y 12 años, se observa que los varones vuelven a posicionarse como segunda persona encargada de los hijos.

Asimismo, las figuras de otros agentes que participan de forma minoritaria también toman relevancia cuando los hogares cuentan con PSH mujer. En este caso, la presencia de otro miembro del hogar menor de 15 años, otro miembro del hogar de 15

años o más, u otros no familiares, se incrementa alcanzando el segundo lugar de importancia (Ver Anexo II, Cuadro 48 y Cuadro 49). Estos arreglos de cuidado se suponen asociados al tipo de hogar, ya que en su mayoría son nucleares incompletos con hijos, es decir que están integrados por una persona -mujer en este caso-. Es posible que en estos casos los miembros del hogar remitan a hermanas o hermanos mayores y las personas no familiares a vecinas/os u otro tipo de red de cuidado no familiar.

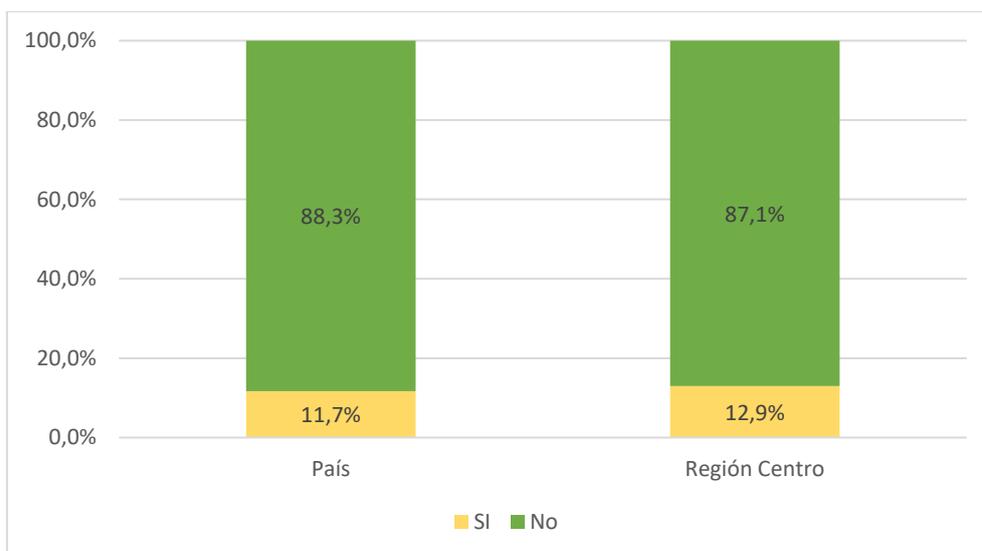
El nivel socioeconómico también expone algunas particularidades respecto a quien es la principal persona con quienes las infancias están la mayor parte de su tiempo, aunque son diferencias menos significativas que las antes descritas. En el estrato obrero, se observa que en segundo lugar cuidan -en igual proporción- los padres y otros agentes que colaboran con el cuidado (Otro miembro del hogar menor de 15 años, Otro miembro del hogar de 15 años o más, Otros no familiares), lo cual se debe al leve aumento de participación de éstos últimos. En estrato medio, en cambio, quienes se ubican como tercera opción para el cuidado infantil, luego de las madres y de los padres, son las empleadas domésticas y niñeras. Podríamos entonces conjeturar cierto nivel de tercerización de los cuidados en el estrato medio de la región, ya que los datos muestran valores levemente superiores a los nacionales (ver Anexo II, Cuadro 50 y Cuadro 51).

En definitiva, el análisis sobre quien es la persona con quien las infancias están la mayor parte del día, muestra configuraciones de los cuidados que presentan diferenciaciones a partir de la participación de otros agentes (familiares o no familiares) según la edad de los niños, niñas y niños, el tipo de hogar y nivel socioeconómico.

A pesar del desequilibrio que se manifiesta en la asunción de las cargas de cuidado y los diferentes arreglos que hasta el momento se observan, la mayoría de las personas integrantes del núcleo conyugal que respondieron el cuestionario no percibe dificultades en la organización de los cuidados⁸⁷ de sus hijos que tienen hasta 4 años de edad.

⁸⁷ Estas preguntas las responde la persona PSH o su cónyuge, para cada una de las personas hijas.

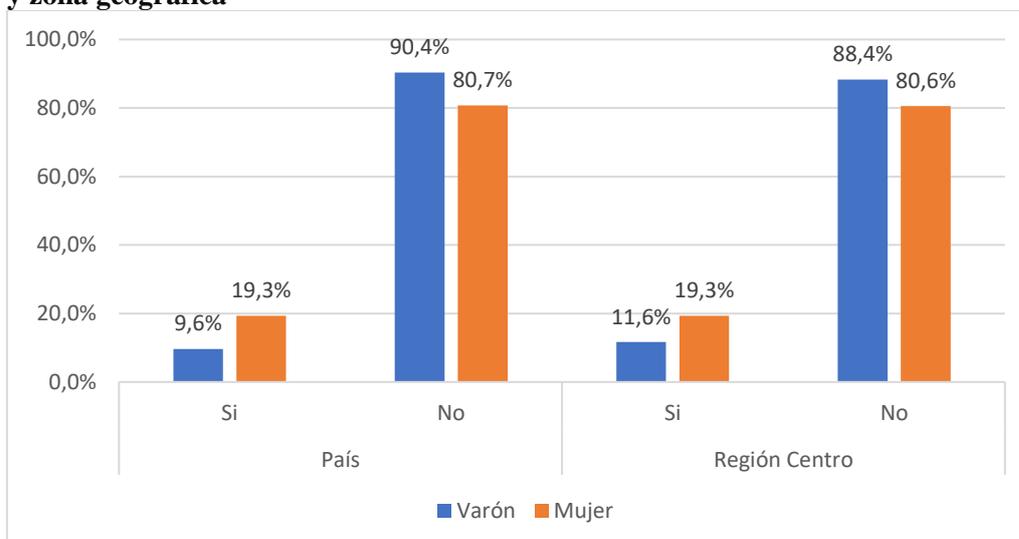
Gráfico 7. Dificultades para organizar el cuidado de hijos de hasta 4 años de edad, según zona geográfica



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Las personas integrantes del estrato medio son las que perciben mayores dificultades para organizar los cuidados, alcanzando el 20% en la Región Centro (ver Anexo II, Cuadro 52 y Cuadro 53). Asimismo, y en sintonía con los análisis expuestos en este trabajo, los hogares que cuentan con PSH mujer son también los que presentan mayores dificultades para organizar los cuidados de la primera infancia, representando el 19% de dichos hogares. Se debe recordar en este punto que son estos hogares los que requieren la presencia de otros agentes como participantes del cuidado de las infancias, ante un núcleo que es unipersonal.

Gráfico 8. Dificultades para organizar el cuidado de hijos hasta 4 años, según sexo del PSH y zona geográfica



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

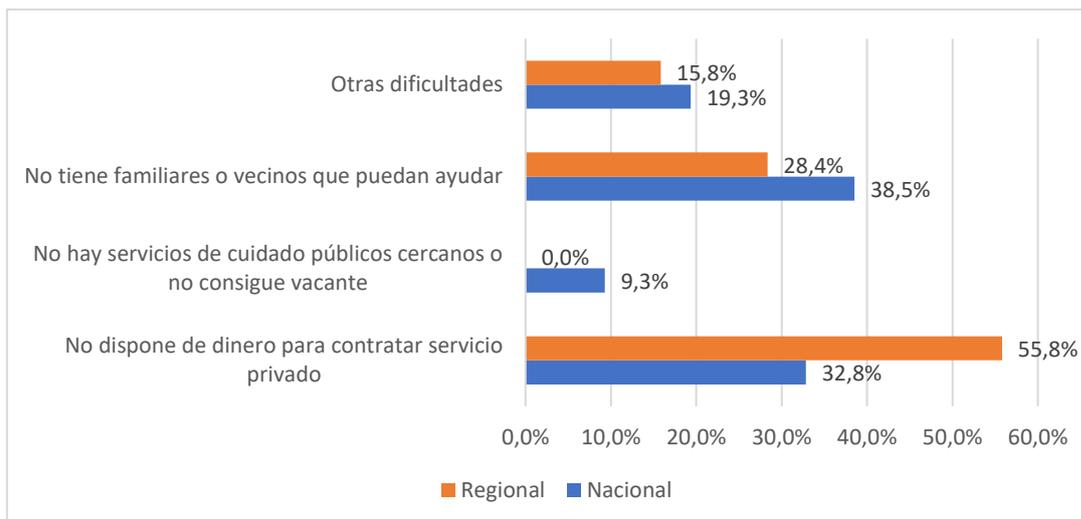
Los datos correspondientes a PSH Mujer de la Región Centro no cuentan con representatividad estadística.

Por último, también se observa que en la región centro existe una leve tendencia a contar con mayores dificultades cuando los hijos tienen hasta dos años. La primera etapa de vida de las infancias puede considerarse entonces un condicionante de las dificultades para organizar el cuidado infantil, ya que las personas entrevistadas manifiestan tener dificultades para organizar los cuidados del 16% de las personas hijas menores a 2 años (ver Anexo II, Cuadro 54).

Los tipos de problemas que se reconocen como principales varían de acuerdo a la zona geográfica. El 56% a nivel regional considera que la falta de recursos monetarios para contratar servicios de cuidados es la principal dificultad, seguida por la falta de familiares o vecinos que puedan colaborar con los cuidados infantiles, que cuenta con el 28%. A nivel nacional estas dos dificultades se presentan invertidas en cuanto a las prioridades.

Esta diferencia permite inferir que hay una especificidad en la concepción regional sobre cuál es o debiera ser la forma ideal de organizar los cuidados en la primera infancia (hasta 4 años). En ese sentido, la demanda por recursos económicos hace que la tercerización de los cuidados vía el mercado emerja como un elemento central. Vale la pena mencionar que el estrato medio es aquel que percibe mayor dificultad para organizar los cuidados y, a su vez, es el estrato en el que aumenta la contratación de personal de casas particulares (para tareas domésticas o de cuidado directo). Es en dicho contexto que se deben analizar las dificultades de cuidado. Asimismo, los bajos porcentajes que presenta la falta de servicios públicos de cuidado cercanos o falta de vacante en la región, lleva a reflexionar si tal dificultad no existe o la misma no forma parte del universo de demandas posibles. Los datos que reflejan una baja participación en instituciones de cuidado en la primera infancia (Ver apartado Instituciones de cuidado infantil), permiten conjeturar que la infraestructura de cuidado no se percibe como una necesidad y opción para la organización de los cuidados infantiles en la región.

Gráfico 9. Tipos de dificultades para organizar el cuidado infantil en los hogares, según zona geográfica



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

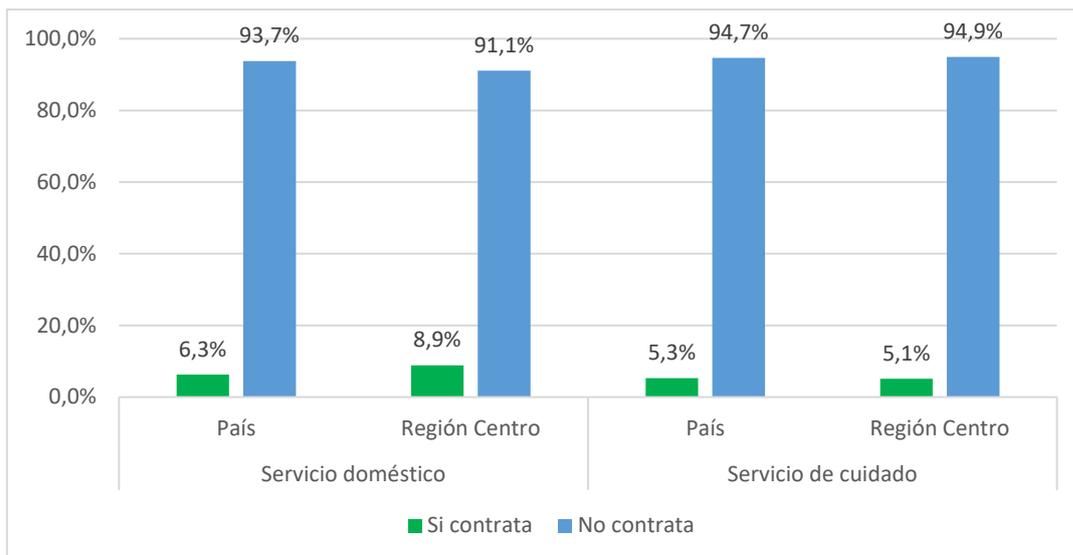
*Los datos expuestos en el gráfico no cuentan con representatividad estadística.

4.2.2 Servicios privados de cuidado en el hogar

Los análisis antes desarrollados dan cuenta que la contratación de servicios privados de cuidado es una opción que utilizan los hogares de estrato medio para resolver sus necesidades, asimismo, los hogares de la región señalan que la falta de recursos monetarios para la contratación de estos servicios es una de las principales dificultades que tienen. En ese sentido, resulta de interés indagar las características de aquellos servicios remunerados de cuidado que contratan los hogares, sean éstos de cuidado directo o indirecto (servicios que prestan las empleadas de casas particulares, aunque muchas veces atiendan igualmente tareas de cuidado directo).

En primer lugar, se destaca que los niveles de contratación de servicios en los hogares no supera el 9%. La gran mayoría de los hogares no utiliza esta herramienta para satisfacer sus necesidades domésticas y de cuidado. Se puede suponer que esto se debe a la falta de recursos económicos para su contratación, de acuerdo a las problemáticas de cuidado que se identifican en la región.

Gráfico 10. Participación de hogares que cuentan con presencia de hijos menores de 12 años en la contratación de servicio de cuidado y doméstico, según zona geográfica



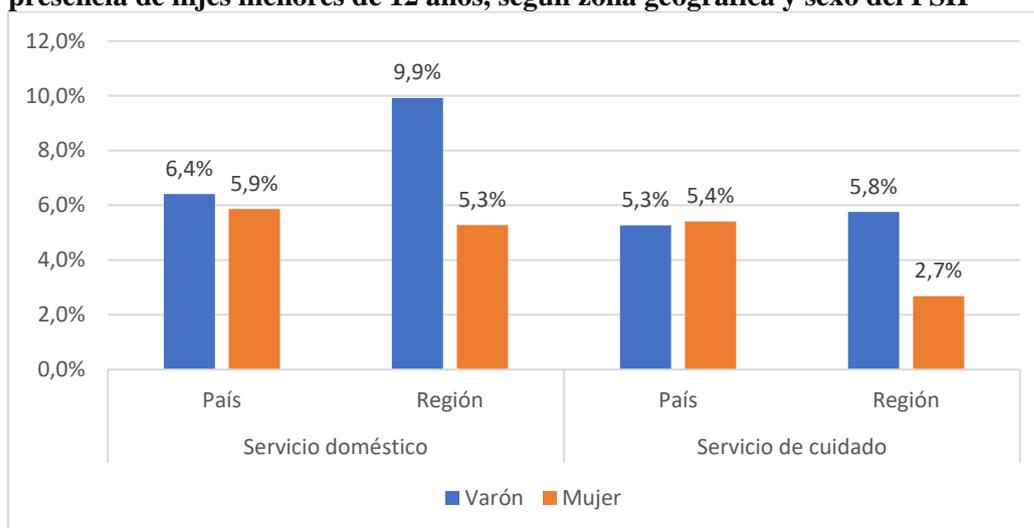
Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

La contratación de servicio doméstico es superior a la de servicio de cuidado, ronda el 9% en la región centro y supera en 3 pp. el porcentaje de contratación nacional. La contratación de servicio de cuidado, en cambio, ronda el 5% en ambas zonas geográficas.

El análisis del nivel socioeconómico permite observar una relación directa entre el nivel económico y la contratación de alguno de los dos servicios. La contratación de servicio doméstico presenta mayor variabilidad que la de servicio de cuidado (Ver Anexo, Cuadro 55, Cuadro 56, Cuadro 57 y Cuadro 58).

Por otro lado, al analizar la contratación de servicios según el sexo de la persona PSH, se observa una disminución significativa en el nivel de contratación para el caso de las mujeres PSH de la región centro. Los niveles de contratación alcanzan la mitad de aquellos que corresponden a los varones PSH de la región. Esta situación sigue abonando a la descripción de mayores dificultades con los que cuentan los hogares liderados por mujeres a la hora de organización de los cuidados.

Gráfico 11. Contratación de servicio de cuidado y doméstico en hogares que cuentan con presencia de hijos menores de 12 años, según zona geográfica y sexo del PSH



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos correspondientes a hogares con PSH Mujer de la Región Centro, no cuentan con representatividad estadística.

4.3 Acceso a instituciones de cuidado

Tal como se adelantó, los cuidados que circulan por el hogar son centrales para el sostenimiento de la vida, pero no son los únicos, ya que se encadenan con otras instituciones o agentes prestadores de cuidado, como pueden ser las instituciones educativas. Sin desconocer el debate cuidar-educar (Redondo & Antelo, 2017; Faur, 2017) fuertemente asociado a las normativas vigentes y oferta disponible para la primera infancia, se entiende que indefectiblemente las instituciones educativas son claves en la posibilidad de ‘conciliar’ tareas para les adultes a cargo de las infancias, hecho que quedó de manifiesto para toda la sociedad durante la pandemia de COVID-19. Pero incluso, concebir la educación desde la pedagogía del cuidado, invita a pensar el derecho a la educación como parte del derecho al cuidado que tienen todas las personas e infancias en particular.

Dicho conjunto de elementos son los que se abordan en este apartado con el objetivo de reconocer el acceso que los hogares tienen a servicios públicos, privados o comunitarios de cuidados, así como a instituciones educativas. El abordaje se hace mediante el análisis de la asistencia de los niños y niñas a las mencionadas instituciones. Para ello la encuesta segmenta la población infantil según edades, para aquellas que tienen hasta 4 años de edad releva el acceso a instituciones de cuidado infantil y para quienes tienen entre 5 y 12 años releva el acceso a instituciones educativas.

4.3.1 Instituciones de cuidado infantil

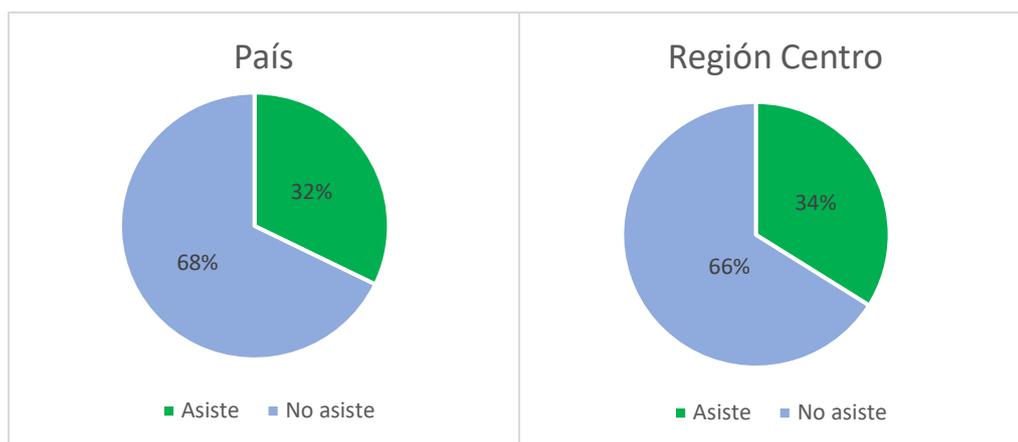
Es importante contextualizar que la educación inicial, regulada por la Ley de Educación Nacional N°26.206, constituye una unidad pedagógica que comprende a niños, niñas y niños desde 45 días hasta los 5 años de edad inclusive. Esto incluye jardín maternal (hasta 2 años) y jardín de infantes (de 3 a 5 años). De acuerdo con la Ley N°27.045 solo los últimos dos años son obligatorios, mientras que establece la universalización de los servicios educativos para infancias de 3 años de edad⁸⁸.

En este contexto, el Estado no alcanza a garantizar el derecho a la educación inicial en términos universales, por lo que dicha responsabilidad es asumida por diferentes actores, lo cual genera una cartografía heterogénea en cuanto a la educación de la primera infancia (Redondo & Antelo, 2017). Esto implica la coexistencia de espacios que forman parte del sistema educativo formal y los que forman parte de la educación no formal, tanto de gestión pública como privada.

Los datos regionales sobre la asistencia a instituciones de cuidado de las infancias que tiene hasta 4 años, dan cuenta que solo el 34% de las y los niños de los hogares analizados lo hacen. Estos valores podrían estar asociados a las barreras culturales y simbólicas que existen para tercerizar en instituciones de cuidado la asistencia de menores en la primera infancia, que en algunos casos estudiados se asocia a la valoración estereotipada acerca de la madre como mejor cuidadora posible (Faur, 2014). Asimismo, la dimensión económica también condiciona las posibilidades de externalizar los cuidados a través de instituciones (Brosio et al., 2022).

Gráfico 12. Participación de infancias hasta 4 años en instituciones de cuidado infantil, según zona geográfica

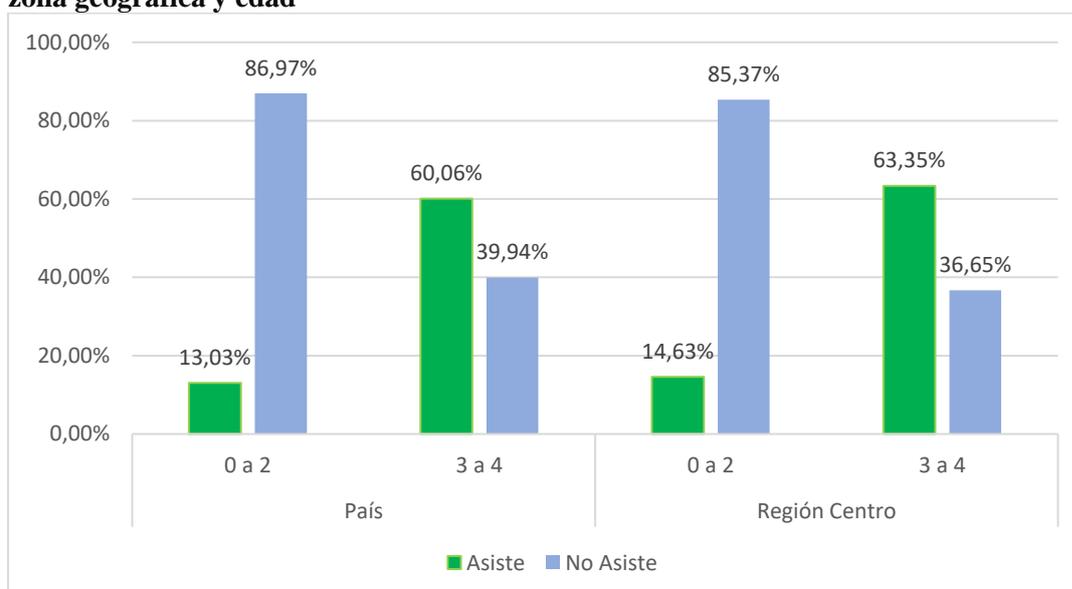
⁸⁸ Cabe mencionar que, en diciembre de 2014, período en que se relevó la ENES, el Congreso Nacional aprueba la obligatoriedad de la sala de 4 años. Hasta ese momento tanto sala de 3 como de 4 eran de carácter universal. Es posible que la categorización de las edades de las infancias haya respondido a las protecciones vigentes hasta ese momento.



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Incluso, el nivel de asistencia para quienes tienen menos de 2 años disminuye notoriamente hasta el 14,6% en la región. Esto condice con el incremento de participación en instituciones de cuidado que se observa para quienes tienen 3 y 4 años, que asciende al 63% de manera correspondiente. Los tres años, entonces, resultan una bisagra que habilita la posibilidad de asistir a instituciones de cuidado (jardín de infantes) para los hogares analizados. Asimismo, se asocia con los avances normativos de los últimos años que establecieron la obligatoriedad del sistema educativo para infantes de 4 años y la universalidad para quienes tienen 3 años de edad.

Gráfico 13. Participación de hijos hasta 4 años en instituciones de cuidado infantil, según zona geográfica y edad



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

La asistencia a este tipo de instituciones, como ya se introdujo, se asocia al nivel socioeconómico⁸⁹. Esto implica que los hogares que cuentan con mayores dificultades socioeconómicas, son los que menos externalizan los cuidados de la primera infancia a través de instituciones (Ver Anexo II, Cuadro 59 y Cuadro 60). Pero, además, el tipo de institución al que asisten las infancias también varía según la condición socioeconómica. En términos generales, quienes pertenecen al estrato socioeconómico alto participan mayoritariamente de instituciones privadas, mientras que quienes pertenecen al estrato medio y obrero lo hacen en instituciones públicas (Ver Anexo II, Cuadro 61 y Cuadro 62).

Asimismo, en la región centro la asistencia según los tipos de instituciones de cuidado presenta diferencias de acuerdo a las edades de las infancias. Al tratarse de infancias que tienen hasta 2 años de edad, la participación mayoritaria se da en instituciones privadas superando en 3 pp. la asistencia a instituciones públicas. Mientras que resulta nula la asistencia a instituciones comunitarias. Esta descripción da cuenta de características regionales, ya que la mayor inclinación a las instituciones privadas no se da a nivel nacional, como tampoco la nula asistencia a las instituciones comunitarias. Esta realidad se asocia con lo que se observa como un trazo distintivo regional, la mercantilización como forma de tercerizar los cuidados, aunque ahora ésta se manifiesta como servicios provistos fuera del hogar.

Cuando se analiza la asistencia de niños de 3 a 4 años de edad, la mayor participación es en instituciones públicas que supera ampliamente la asistencia en instituciones privadas por 15 pp. La participación en instituciones comunitarias es mínima, ya que no alcanza el 1%. Si bien, a nivel nacional la tendencia es similar, se destaca nuevamente que la participación en instituciones de tipo privadas es mayor a nivel regional (ver Anexo II, Cuadro 63 y Cuadro 64).

A partir de los resultados anteriores, surgen interrogantes. ¿Por qué hay una inclinación hacia instituciones privadas en la región? ¿Por qué esta situación también se torna relevante en las edades más tempranas?

Si bien con los datos que brinda la encuesta no se puede responder a todas ellas, considerar todas las variables en el análisis tales como la edad de las infancias, la condición socioeconómica y el tipo de institución de cuidado, da cuenta de los elementos

⁸⁹ Los datos correspondientes al análisis del estrato socioeconómico, presentan en muchos casos falta de representatividad estadística. Es por ello que el análisis que se presenta brinda solo una caracterización general.

que resultan prioritarios en torno a la organización de los cuidados de la primera infancia. Además, permite reconocer una tendencia que expone la acumulación de desventajas.

Cabe mencionar que los datos que a continuación se exponen respecto a la región centro no cuentan con representatividad estadística, salvo los datos que corresponden a la edad de 3 y 4 años del sector obrero. En tanto a nivel regional se mantiene la tendencia del país, se decide exponer igualmente el siguiente análisis.

Los hijos que tienen hasta 2 años de estrato alto no asisten a instituciones de cuidado, mientras que los del estrato medio asisten a instituciones privadas y los de estrato obrero a instituciones públicas.

En cambio, cuando los hijos tienen entre 3 y 4 años, quienes pertenecen al estrato alto ya asisten a instituciones de cuidado de tipo privadas, quienes pertenecen al estrato medio y obrero asisten a instituciones públicas. Resulta significativo que el 43,16% de infantes del estrato obrero de la región no asistente a instituciones de cuidado, lo cual expone que las infancias entre los 3 y 4 años del mencionado estrato son las que menos asisten a instituciones de cuidado (ver Anexo II, Cuadro 65 y Cuadro 66).

4.3.2 Instituciones educativas

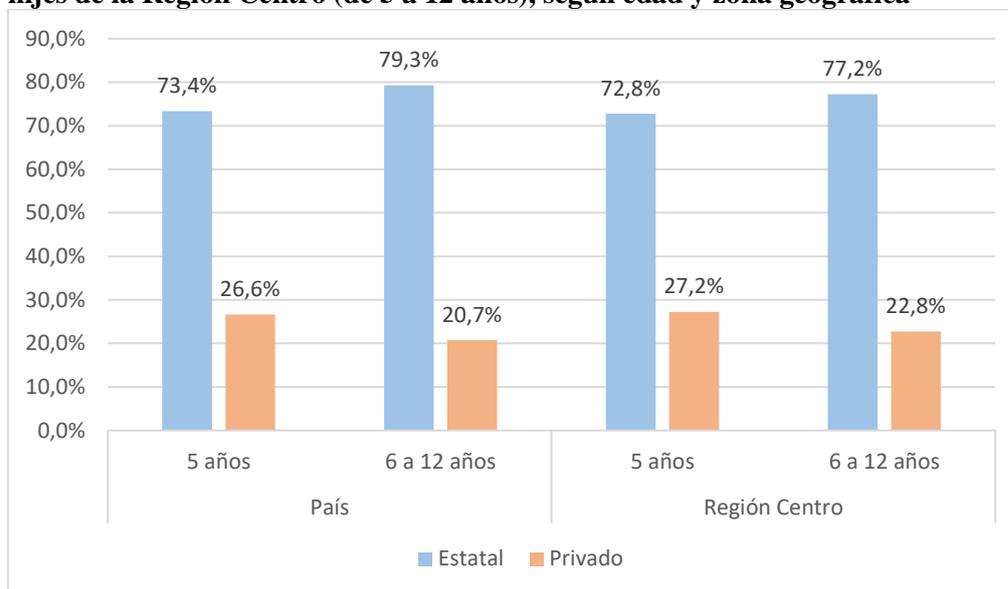
El análisis de asistencia a las instituciones educativas incluye a los hijos que tienen 5 años de edad y más. Claramente los niveles de asistencia son significativos y próximos al 100% de la población, ya que en nuestro país la asistencia a instituciones educativas para quienes tiene 5 años y la educación primaria es de acceso universal y obligatorio. Para el caso de la educación inicial, desde 1993 es obligatoria la asistencia para quienes tienen 5 años de edad.

El 99% de las infancias estudiadas asiste a escuelas primarias (Ver Anexo, Cuadro 67), pero se reconoce una leve disminución en el porcentaje de participación en sala de 5 años de 6 puntos porcentuales en promedio. Esto implica, según las estimaciones, que el 7,5% de los hijos de 5 años nunca asistió a establecimientos educativos en la región. Se presume entonces que en la región hay mayor cantidad de niños, en relación al promedio nacional, que inician su escolarización recién en la escuela primaria (Ver Anexo, Cuadro 68 y Cuadro 69).

La escolarización en instituciones de gestión estatal es la que prima para todas las edades, que supera el 70%. Sin embargo, para quienes tienen 5 años se observa un incremento en la asistencia a instituciones privadas, que alcanza el 27,5%. Nuevamente,

la forma privada-mercantil de los cuidados adquiere protagonismo o se incrementa como estrategia de los hogares, ante aquellas infancias que cuentan con menor edad.

Gráfico 14. Distribución del tipo de gestión del establecimiento al que asisten las personas hijes de la Región Centro (de 5 a 12 años), según edad y zona geográfica



Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos correspondientes a infancias de 5 años de la región centro no cuenta con representatividad estadística.

Asimismo, hay una correspondencia entre nivel socioeconómico y el tipo de gestión del establecimiento al que asisten las infancias. Les niñas del estrato alto son las únicas que participan mayoritariamente en instituciones de gestión privada, mientras que las de estrato medio y obrero lo hacen mayoritariamente en las de gestión estatal (ver Anexo II, Cuadro 70 y Cuadro 71). Sin embargo, se reconoce que las infancias del estrato medio incrementan su asistencia a instituciones de gestión privada. Esto puede darse por la tendencia que se viene exponiendo en el vínculo entre sector medio e instituciones educativas privadas, pero también a otros condicionantes como ser la infraestructura educativa disponible y la calidad educativa, entre otras.

No solo el nivel socioeconómico genera diferenciación en el comportamiento, también se observa que el sexo del PSH genera algunas diferencias. Si bien el acceso a instituciones estatales es mayoritario, las infancias que pertenecen a hogares con PSH varón participan en 4 pp. más en instituciones de gestión privada que en el caso de quienes pertenecen a hogares con PSH mujer (ver Anexo II, Cuadro 72 y Cuadro 73). La situación económica diferencial que tienen los hogares con PSH masculino o femenino, da cuenta de las mayores o menos posibilidades que tienen para afrontar el pago de cuotas escolares. Los hogares liderados por mujeres cuentan con fuentes de ingresos monetarias más

heterogéneas y podríamos super, en función a su inserción laboral, también de mayor inestabilidad.

Nuevamente, la edad de las infancias, el nivel socioeconómico de los hogares de pertenencia y el género de la persona PSH se intersectan configurando modalidades diferentes de acceso a las instituciones educativas según su tipo. En cuanto al tipo de jornada al que asisten las niñeces, hay una clara tendencia en la región hacia la jornada simple, que se aproxima al 90%, mientras que solo el 10% asiste a jornada doble (ver Anexo II, Cuadro 74). La posibilidad de ampliar la jornada escolar está mayormente asociada a las posibilidades económicas, oportunidades con las que cuentan - mayormente- los establecimientos de gestión privada. Las instituciones de gestión estatal encuentran mayores límites al respecto, e incluso dependen de las jurisdicciones provinciales que pueden imprimir diferentes orientaciones a las políticas educativas, salariales del sector, etc.⁹⁰. En ese sentido, hay un vínculo entre nivel socioeconómico y tipo de jornada, ya que a mayor nivel socioeconómico incrementa la asistencia a instituciones con doble jornada⁹¹ (ver Anexo II, Cuadro 75 y Cuadro 76).

⁹⁰ Al respecto, cabe mencionar que el Ministerio de Educación de la Nación lanzó recién en el año 2022 el programa “Una Hora Más”, el mismo busca promover que escuelas primarias de gestión estatal tengan un mínimo de 25 horas semanales de clase. Hasta el momento, según datos difundidos en el sitio oficial, son 21 las provincias y la ciudad de Buenos Aires que han firmado el convenio, entre ellas se encuentran Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos pertenecientes a la Región Centro.

⁹¹ Si bien los datos correspondientes al estrato alto no son representativos, se puede observar igualmente la tendencia a considerar el resto de los estratos.

CONCLUSIONES. IDEAS PARA SEGUIR PENSANDO

Esta tesis indaga acerca de la intersección de vectores de desigualdad en la configuración de la organización de los cuidados infantiles en los hogares de la región centro del país. La región de interés representa una zona central del país, no solo por su ubicación geográfica sino porque sus provincias realizan aportes importantes a la producción del país, lo cual implica una posición estratégica en el contexto nacional. Se reconoce que ciertos comportamientos de cuidados identificados en los hogares, centralmente la tercerización de este trabajo vía mercado, pueden comprenderse en el marco del posicionamiento que la región tiene en el concierto nacional y los modelos socio-culturales y económicos que priman en la misma. Es en ese sentido que se buscó identificar los aspectos particulares del modo en que dichos hogares organizan los cuidados infantiles, y así generar información relevante para el diseño de las políticas públicas y las demandas del colectivo feminista.

Los estudios sobre cuidados y el enfoque interseccional son campos en ‘ebullición’ en la teoría feminista, que se corresponde con la proliferación de producciones científicas a nivel mundial y latinoamericano. Sin embargo, los debates en América Latina asumen diferentes perspectivas según los encuadres disciplinares, pero también, según los propios posicionamientos teóricos. Así, desde la socioeconomía se reconocen posturas que varían según sus adscripciones a la teoría feminista, en particular en relación a las miradas poscoloniales. Esto se manifiesta en la forma que asume el estudio de la intersección de los vectores de opresión, lo cual permite ubicar estudios que abordan los ejes de desigualdades a modo de sumatoria o solapamiento y los que pregonan el abordaje de una matriz de desigualdades en la que se conjugan simultáneamente los vectores. Si bien en esta tesis recuperamos la noción de matriz de opresión (Curiel, 2014; Cubillos Almendra, 2015; Lugones, 2008), coincidimos con Jelin (2021) cuando menciona que a los efectos analíticos es necesario despejar las variables de análisis.

Posicionarnos respecto a los desafíos metodológicos para poder hacer inteligible la matriz de desigualdades desde un trabajo que se realiza desde el enfoque cuantitativo, es un paso inicial para alertar sobre las limitantes con las que cuenta este trabajo de investigación. En ese sentido, se destaca que la posibilidad de combinar en simultaneidad las variables de análisis, como pueden ser sexo de la persona principal sostén del hogar (PSH), condición socioeconómica, edad de las personas hijas y región de pertenencia, se

vio limitada en muchas oportunidades por la falta de representatividad estadística de los resultados.

Dicho esto, interesa recuperar ahora sí, a modo de síntesis, algunos patrones identificados en la organización de los cuidados de acuerdo a las variables de interés.

Se reconoció una primera gran diferenciación en torno a la configuración de los hogares según el modelo de provisión con el que cuentan -conformación del núcleo proveedor- y el sexo de la persona que desarrolla el rol de PSH. Emergen dos modelos claros de conformación de estos hogares que trazan condiciones de posibilidad -y requerimientos- diferentes para la gestión de los cuidados y para quienes asumen las mayores responsabilidades en los mismos.

En la región centro priman los hogares nucleares completos que tienen PSH varón y se asientan en un modelo de doble provisión. Casi la totalidad de los varones-padres de estos hogares trabajan para el mercado, pero también las mujeres cónyuges se destacan por su participación en el mercado (cerca del 60%) y por su menor tasa de inactividad que el promedio nacional. En ese sentido, la principal fuente de ingreso de los hogares es laboral. Los mismos se caracterizan por contar con una posición socioeconómica de leve mejoría en relación al promedio nacional, aunque mantienen la tendencia de pertenecer en un 50% al estrato obrero.

Lo antes dicho da cuenta del resquebrajamiento del modelo familiar con un único proveedor (Cerrutti & Binstock, 2009) y se asocia también al incremento de los niveles de participación laboral femenina desde la década de 1980, para Argentina. Todo ello abona al rechazo de la hipótesis de la participación secundaria o subsidiaria de las mujeres en el mercado laboral (Abramo, 2004; Espino, 2012; Cerrutti & Binstock, 2009). Sin embargo, vale aclarar que igualmente siguen siendo las mujeres-madres las que priman como grupo entre las personas inactivas, centralmente cuando asumen el rol de cónyuges. La condición de inactividad cuenta con una clara división sexo-genérica, ya que marca contornos claros y evidentes en los roles asumidos al interior de estos hogares. Ellas no cuentan con la posibilidad de trabajar de manera remunerada porque son las que se dedican principalmente al cuidado de hijos o porque no tienen quien los cuide, y por tanto asumen la condición de inactivas para las estadísticas oficiales. Esto evidencia que la inactividad femenina es un plafón necesario para los cuidados infantiles en estos hogares.

Podríamos considerar, a partir del planteo de Hartman (1983), que hoy en día la regulación de la base material del trabajo femenino se sigue dando por la fuerza de la norma heterosexual y el trabajo no remunerado a cargo de las mujeres, pero también vale

agregar, por la norma reproductiva que regula la vida de las personas y los hogares y por el tipo de participación que las mujeres tienen en el mercado laboral. Ellas cuentan con niveles educativos más elevados que sus pares, con alta participación en el mercado de trabajo, pero con menores tasas de empleo que los varones y se definen mayormente como cónyuges, lo que sigue dando cuenta de un posicionamiento atravesado por relaciones de poder en términos de género al interior del núcleo proveedor y del hogar.

El vínculo entre la normatividad heterosexual y reproductiva se juega, al menos, en dos sentidos. El primero, asociado a la invisibilización de aquellas ma-paternidades que salen de la normatividad hegemónica. La repronormatividad es pensada, junto a Franke (2022), no solo como un imperativo biológico sino como una opción socialmente condicionada que nos posibilita reconocer formas diversas de la maternidad. En ese sentido, la tipología de hogar antes presentada, expone aquello que no hemos podido visibilizar en el presente análisis: la diversidad de los vínculos conyugales. No se han podido reconocer parejas compuestas por personas que se autoidentifican con el género ‘otro’ y que tengan hijos, o incluso núcleos conyugales compuestos por personas del mismo sexo. Se entiende que esta debilidad remite mayormente a los límites expuestos sobre el relevamiento de la variable sexo y en menor medida a la inexistencia de dicha realidad.

Por otro lado, se destacan los hogares a cargo de mujeres (PSH) que cuentan con núcleo conyugal incompleto. Estos hogares también mantienen la tendencia de pertenecer al estrato obrero en la mitad de los casos, pero sus fuentes de ingresos denotan mayor heterogeneidad al combinar recursos que provienen de su trabajo en el mercado con recursos monetarios provenientes de transferencias sociales. Esto puede comprenderse a la luz de la configuración de la inserción en el mercado laboral. Cuando las mujeres asumen el rol de PSH no solo incrementan su participación en el mercado de trabajo - respecto al promedio de las mujeres en la región-, sino que persiste un alto nivel de inactividad (cercano al 10%) y mantienen el mismo nivel de desocupación que las mujeres de la región (cercano al 10%). Esta situación, que claramente es resultado también del proceso de estancamiento del nivel de actividad de la economía en el período, da cuenta de la relevancia de los ingresos no laborales para estos hogares. Ingresos que se asocian a las políticas de transferencia monetaria que se destacan en el período bajo análisis como mecanismo redistributivo y que se encuentran altamente feminizadas. Ello da cuenta de la desigualdad de género existente en términos de posibilidades económicas, pero, a su vez, como dichos mecanismos redistributivos se nutren de la división sexual del trabajo

para seguir ubicando a las mujeres-madres como principales responsables de los cuidados infantiles (Goren, 2013; Pautassi & Zibecchi, 2011).

En este punto, vale retomar el segundo aspecto de la normatividad reproductiva, en tanto implica que la crianza que deviene de la maternidad obligatoria también se supone feminizada, tales como los casos de hogares monomarentales analizados en esta tesis. Esto nos permite asumir que la configuración de dichos hogares también son un efecto de la fuerza repronormativa, que socavan la autonomía de las mujeres.

Las diferencias entre las configuraciones de los hogares, evidencia que los modos ‘otros’ de habitar el mundo, exponen la dificultad en la autonomía [económica] de las mujeres que se hace evidente en las características de inserción laboral, la obtención heterogénea de fuente de ingresos y el despliegue de otros encadenamientos y estrategias de cuidado que a continuación se detallan. Esto muestra el modo en que la violencia económica se amarra a la división sexual del trabajo de manera sistémica al limitar las posibilidades de sostenibilidad, de sortear los cuidados y de hacerlo a expensas de los cuerpos feminizados.

El estudio del trabajo no remunerado evidenció la cristalización de la división sexual del trabajo en los hogares que tienen hijos/as menores de 12 años. Las mujeres son las principales encargadas de las tareas de la casa en el 90% de los casos y es una responsabilidad que solo varía levemente en función al rol que las mismas ocupan. Sean PSH o cónyuges, éstas siguen estando al frente de las tareas no remuneradas, dando cuenta de la rigidez de los estereotipos y asignaciones de roles de género.

La ‘revolución estancada’ que denuncia Catalina Wainerman (2005) sigue siendo descriptiva de la realidad regional de la época analizada, ya que a la rígida división sexual del trabajo en los hogares se suman los altos niveles de participación en el mercado laboral. Las marcas de género que han devenido históricamente hacia la doble jornada de trabajo (Hochschild & Machung, 1989) son un nudo de desigualdad difícil de desarticular que ha calado hondo en la región centro del país⁹².

Es necesario en este punto recuperar aspectos centrales de la participación laboral, ya que la misma configura trazos diferentes para la articulación con el TNR. La desjerarquización de las mujeres en general en el mercado laboral de la región se ejemplifica a partir de dos elementos, a modo de síntesis. Si bien la mayoría de los y las

⁹² Claro está que dicha representación del devenir refiere mayormente a estratos medios de la población femenina ya que, como plantea Aguilar, las mujeres de sectores obreros han trabajado en el mercado desde principios del siglo XX (Idelcoop, 2016).

proveedoras de los hogares con hijos trabajan en forma dependiente, ellas priman en términos relativos en posiciones de trabajo autónomo y ellos en la categoría patrón. Sumado a ello, las desventajas de la informalidad pesan con mayor fuerza en las mujeres-madres haciendo más endeble su inserción laboral, lo que las hace carecer de ciertos beneficios para el cuidado infantil asociados al trabajo formal. En cambio, ellas son las principales perceptoras de las políticas de trasferencias monetarias, tal como la Asignación Universal por Hijo que se encuadra en un régimen no contributivo del sistema de protección social que amplía la cobertura de beneficios a trabajadores/as informales y personas desempleadas. En definitiva, las relaciones de género son constitutivas de la configuración que adopta el mercado laboral que, a su vez, se trama con la división sexo-genérica del trabajo no remunerado al interior de los hogares. Asimismo, las mejores condiciones laborales en las que se encuentran los varones no alcanzan para promover la corresponsabilidad en los cuidados intra-hogar.

El análisis de los datos permitió observar que la rigidez que denota la organización del TNR para las mujeres de estos hogares también se asocia a la configuración que adopta según el tipo de actividad no remunerada, la edad de las infancias y el nivel socioeconómico. La brecha de participación según género se da tanto para el TD como para el TC, pero asumen algunas diferencias según la actividad puntual de la que trate. Respecto al TD, se destaca que hacer compras y trámites o pagos son actividades en las que la participación de los varones suele aumentar, mientras que el resto son altamente feminizadas. En el TC, en sintonía con el tipo de hogar de interés de esta tesis -con hijos menores de 12 años-, el cuidado infantil resulta también ser una actividad que también cuenta con gran participación masculina, a pesar que se mantiene la brecha de género. Estas actividades dan cuenta de algunos filtros en las fronteras de género y permite reconocer por donde se da la ‘permeabilidad’ para la reconfiguración de los territorios femeninos y masculinos.

Asimismo, la edad de las personas hijas da cuenta que durante los primeros años de vida se profundiza la brecha horaria según género en el TNR (alcanzando las 13,5 hs. promedio semanal en la región). A pesar de que el cuidado infantil cuenta con una alta participación masculina, el aumento de la brecha horaria se asocia al incremento de las horas que las mujeres dedican al TC.

Por último, el estrato socioeconómico evidencia una correlación inversa con el nivel de participación en el TNR de las mujeres, así como en las horas dedicadas. En ese sentido, se evidencia una clara acumulación de desventajas, a medida que disminuye el

nivel socioeconómico cada vez son más las mujeres madres que se hacen cargo del TNR. Para el caso de los varones, contrariamente, al disminuir su nivel socioeconómico disminuye también su participación en el TNR.

El análisis hasta aquí expuesto evidencia ciertos rasgos de la articulación entre el trabajo para el mercado y el trabajo no remunerado que permite dar cuenta de dos tensiones estructurales en el marco del sistema capitalista-cis-hetero-patriarcal. Por un lado, la incapacidad que tiene la inserción laboral para absorber las necesidades reproductivas, que se evidencia en la carga del TNR. Por el otro, el impacto que esta misma inserción socio-ocupacional tiene en las formas de resolver las necesidades reproductivas de los hogares, centralmente, vía la estratificación socioeconómica.

En cuanto a la organización de los cuidados en los hogares bajo estudio, esta investigación permitió reconocer que tanto el género de la persona que conduce el hogar (PSH), el nivel socioeconómico y la edad de las personas hijas generan encadenamientos divergentes para resolverlos.

De manera consistente con quien se encarga de forma mayoritaria de las tareas de la casa, son las mujeres-madres quienes permanecen la mayor parte del tiempo con las infancias (80%). Si bien los padres son quienes asumen esta tarea en segundo lugar, cuando los hijos/as tiene hasta dos años de edad, la presencia de otro familiar que no vive en el hogar sobrepasa la presencia del padre. Esta característica adquiere aún mayor relevancia en la región de interés.

Este modo de organización en los primeros años de vida parece ser la constante en los hogares cuya PSH es una mujer. En estos casos, aparecen otros actores relevantes para los cuidados de las infancias tales como miembros del hogar o personas no familiares, ya que en conjunto resulta ser la segunda opción con quienes las niñas pasan la mayor parte de su tiempo. Esta forma de construcción de redes de cuidado se presenta como lógica cuando el núcleo conyugal sólo está integrado por una persona, pero además se comprende en el marco de una insuficiente oferta pública de servicios de cuidado y, claro, a las pautas culturales que priman en los cuidados intra-hogar. En ese mismo sentido, es que en los hogares con liderazgo femenino también disminuye significativamente la contratación de servicios privados de cuidado (llegando a ser la mitad de la contratación que hacen los hogares liderados por varones). La opción de servicios privados para el cuidado tiene una relación directa con el nivel socioeconómico del hogar. Claro está, estos hogares son los que manifiestan tener mayores dificultades con la organización de los cuidados (19%) en relación a los liderados por varones (11%).

Respecto al nivel socioeconómico se evidencian prácticas distintivas para los estratos. La presencia de otros actores colaboradores en los cuidados infantiles en los hogares de estrato obrero y la contratación de empleadas domésticas y cuidadoras infantiles en hogares de estrato medio. De hecho, un rasgo de la región es que la contratación de servicio doméstico supera el promedio nacional.

Es interesante destacar que el estrato medio es el que manifiesta contar con mayores dificultades para organizar los cuidados (20%), superando el promedio nacional (15%), y se asocia directamente con el tipo de problemas que se destacan en la región: la falta de recursos monetarios para contratar servicio privado. Esta demanda representa la aspiración que tienen los hogares en torno a la forma de organizar los cuidados en la primera infancia (hasta 4 años), de acuerdo a las concepciones socio-culturales que priman en torno a los mismos. Por lo tanto, la mercantilización de los cuidados emerge con contundencia como horizonte de los cuidados en la región. La segunda problemática identificada en la región es la falta de familiares o vecinos que puedan colaborar. Asimismo, cabe destacar que las dificultades que se perciben para organizar los cuidados se incrementan al disminuir la edad de las infancias (destacándose en particular cuando les niños tienen menos de 2 años).

Otro elemento central acerca de las problemáticas es el bajo nivel de demanda que los hogares realizan sobre la falta de servicios públicos de cuidado cercanos o falta de vacantes en la región. Esto permite conjeturar que, de acuerdo con la baja participación que efectivamente tiene la primera infancia en instituciones de cuidado de la región, la infraestructura de cuidado no se percibe como una necesidad y opción para la organización de los cuidados infantiles. Según Faur (2014), es la oferta la que tracciona la demanda, aludiendo a la falta de infraestructura como elemento condicionante de la fisionomía de las demandas de cuidado. Por tanto, las demandas sociales de cuidado están situadas, fuertemente condicionadas por la forma que adopta y se vive la organización social y política de los cuidados, así como también por la concepción -maternalista, sexista y clasista- que le da forma. Por tanto, la dimensión simbólico-cultural de la organización de los cuidados es central para las estrategias de agenciamiento transfeministas a partir de una discusión profunda acerca de las formas deseables de organizar los cuidados.

El acceso a instituciones de cuidado como parte de la dinámica del cuidado evidencia una clara estratificación en la organización de los cuidados que se configura a partir de la intersección de la edad de las infancias y la condición socioeconómica. Los

datos reflejan una baja participación en instituciones de cuidado en la primera infancia (34%). Anteriormente ya asociamos este elemento al hecho que estos hogares tampoco perciban la falta de servicios públicos de cuidado como una dificultad en la región. Incluso, la asistencia encuentra una disminución notoria para quienes tienen menos de 2 años (14%). También se reduce la asistencia según el nivel socioeconómico, ya que los hogares de menores recursos son los que menos externalizan por esta vía los cuidados (6%). Asimismo, hay una jerarquización entre instituciones privadas y públicas que se juega en las decisiones de acceso según la edad de los hijos y las posibilidades económicas. Esta configuración de los cuidados expone una clara estratificación a partir de vectores que se intersectan y se anidan centralmente en las infancias, pero también en sus hogares. Los hijos que tienen hasta 2 años de estrato alto no asisten a instituciones de cuidado, mientras que los del estrato medio asisten a instituciones privadas y los de estrato obrero a instituciones públicas. En cambio, cuando los hijos tienen entre 3 y 4 años, quienes pertenecen al estrato alto ya asisten a instituciones de cuidado de tipo privadas, quienes pertenecen al estrato medio y obrero asisten a instituciones públicas, aunque se sostiene la tendencia en las infancias del estrato obrero de una alta inasistencia a instituciones de cuidado (43%).

En definitiva, el nivel socioeconómico es determinante en las posibilidades de recibir cuidados que tienen las infancias -y la posibilidad de redistribuir el TNR en los hogares- ya que el estrato obrero es el que tiene menor capacidad de externalizar los cuidados vía instituciones y cuando lo hace, ésta es mediante servicios públicos. Los espacios públicos de cuidado son centrales para que las infancias del estrato obrero de 3 y 4 años puedan asistir, e incluso debieran adquirir mayor cobertura para alcanzar a los menores de 2 años. La relevancia de la infraestructura estatal y la demanda por su ampliación resulta clave, en particular para los sectores más vulnerabilizados.

La configuración de los cuidados infantiles, tal como se expuso para el caso de la división sexual del trabajo en el núcleo proveedor, evidencia una jerarquía que es organizadora de la dinámica del cuidado. Dicha estratificación está imbuida por la dimensión normativa de los cuidados, en tanto las decisiones y prácticas responden a pautas y normas socio-culturales del cuidado.

El tipo de instituciones educativas primarias al que asisten las infancias, también se asocia con el nivel socioeconómico y el sexo del PSH. Si bien la tendencia mayoritaria es de asistencia a instituciones de gestión pública, las infancias del estrato alto son las únicas que en su mayoría asisten a instituciones de gestión privada. Asimismo, las que

pertenecen al estrato medio incrementan también su asistencia a estas mismas instituciones. Por otro lado, son más las infancias de hogares liderados por varones que asisten a instituciones de tipo privadas, que los liderados por mujeres. Esto podría estar asociado también a la condición socioeconómica de cada uno de estos hogares. Las instituciones privadas también adquieren protagonismo ante aquellas infancias de menor edad, en particular se incrementa la asistencia a instituciones de cuidado para quienes tienen 5 años⁹³.

En suma, esta tesis expone una cartografía sobre los cuidados en la región centro de Argentina que presenta una fisonomía propia en la que se enlazan tendencias altamente conocidas y estudiadas sobre la división sexual de trabajo, como las dificultades para cuidar que tienen los hogares con responsabilidades de cuidado infantil, la inclinación por la maternalización y mercantilización de los cuidados en la primera infancia, con otras prácticas que se identifican distintivas de esta zona del país. Algunas de dichas características son, hogares con doble provisión y una alta participación laboral de las madres, fuerte presencia de la mercantilización de los cuidados como forma de tercerización y una tendencia hacia la educación primaria de tipo privada -en el nivel inicial y de acuerdo al nivel socioeconómico-.

Este mapa indica no sólo la forma que tienen los núcleos familiares de asumir las responsabilidades de cuidado, sino también da cuenta de la dimensión normativa -y por tanto relacional-social- que las regula. Claramente los patrones identificados responden a construcciones sociales, históricas, políticas y culturales sobre las asignaciones genéricas de roles, tareas y expectativas, en la misma medida en que las posiciones en la estructura social definen dicho campo de acción. Pero la intersección con las edades que tienen las infancias se juega en un doble sentido, en términos de lo que las personas responsables consideran pertinente y factible para su cuidado, e indefectiblemente marca un territorio de crianza, aprendizaje y de vida para dicha niña, niño o niñe.

En este núcleo de intersecciones claves para la configuración de los cuidados en la región, la idea de vectores es importante, ya que las direccionalidades de los encadenamientos o circuitos de cuidados se desarrollan en múltiples direcciones. Si bien los vectores marcan un sentido hacia el que se desarrolla una línea de puntos, éstos están ubicados en un plano de múltiples dimensiones. En ese sentido, este trabajo quiso escapar

⁹³ Cabe recordar que, para el momento de instrumentación de la encuesta, el acceso a las instituciones de educación inicial era obligatorio para quienes tienen 5 años de edad.

deliberadamente del análisis lineal, intentando explorar los sentidos de la intersección de vectores de desigualdad.

Para finalizar, interesa destacar que no es posible comprender esta cartografía de los cuidados sin considerar la ubicación geográfica y la relevancia económico-política que la región tiene para el país. Esto presenta desafíos para pensar una agenda de cuidados que promueva la igualdad de género, de clase y también bregue por los derechos de las infancias, entre otras. En principio, se considera necesario desandar un doble pliegue que quedó expuesto a partir de este estudio, para disputar los sentidos en torno a los cuidados. Por un lado, la necesidad de seguir visibilizando las arraigadas estructuras de género y clase que son grandes huellas en este mapa. Por el otro lado, la dinámica de los cuidados encarna concepciones sobre formas ideales de resolver los cuidados que también debieran ser discutidas en clave de justicia social.

En ese sentido, cabría interrogar, a modo de líneas futuras de indagación, los sentidos sociales y culturales acerca del rol estatal y comunitario en las responsabilidades de cuidado infantil en tanto la tendencia al mercado evidencia su significancia como eslabón en la organización de los cuidados de esta región particular. Asociado a ese punto emerge otro con el que se anuda, la construcción de agenciamiento y demandas en torno a los cuidados deseables. La pregunta por la gesta de las demandas colectivas, las tensiones que pueden emerger a partir de las diversas miradas y los horizontes a los que se aspiran, es clave para comprender las dinámicas que se imponen en la construcción de la agenda pública y poder incidir en ellas. En esa línea, los sentidos simbólicos y culturales sobre los cuidados se reconocen también como un desafío en la órbita de la práctica política feminista, para la construcción de una agenda que dispute significados cristalizados históricamente en la sociedad argentina. Otra línea de indagación, relevante en los tiempos que corren, es aquella que asocia autonomía económica y violencia económica. Ésta última ya no solo entendida desde un enfoque jurídico, sino que desde la socioeconomía comprenda que los cuidados y la división sexual del trabajo son un resorte de la sujeción económica de las mujeres y diversidades, y por tanto una forma de violencia, que el sistema capitalista cis-heteropatriarcal requiere para su propia subsistencia y éxito.

Finalmente, dos elementos se desprenden de este trabajo y resultan claros desafíos en la órbita estatal y académica. En la primera, el diseño de políticas públicas de cuidado que reviertan la concepción sexista que las atraviesa y posibilite avanzar en términos de autonomía económica de las mujeres y de reconocimiento de las diversidades. Así como

también la necesidad de escalar la cobertura que posibilite el acceso universal a espacios de cuidado y espacios educativos de calidad a las infancias, en especial énfasis para aquellas de menor edad. En segundo lugar, el desafío que aún implica para el trabajo de investigación la desestabilización de categorías analíticas, atravesadas por el cis-heterosexismo y la repronormatividad, que permitan elaborar datos para dar cuenta de la diversidad de los vínculos conyugales y de la multiplicidad de modos de habitar el mundo.

ANEXO I

Operacionalización de las dimensiones de análisis

| DIMENSION | VARIABLE | INDICADOR | Unidad de Análisis |
|--|--|--|--|
| Condiciones socio-demográfica | Composición del hogar | Hogares según tipo | Hogar |
| | | Hogares según sexo del PSH | |
| | | Hogares según nivel socioeconómico | |
| | | Hogares según fuentes de ingresos (Laborales y no laborales) | |
| | Dependencia | Hogares según cantidad de hijos | |
| Uso de servicios de cuidado | Servicios de cuidado de 0-4 años | Asistencia de niñas a instituciones de cuidado (jardín, guardería o centro cuidado infantil) | Niños 0-4 |
| | | Asistencia de niñas en instituciones de cuidado según tipo | Niños 0-4 |
| | Servicios de cuidado y educativos de 5-12 años | Asistencia de niñas a establecimientos educativos | Niños 5-12 |
| | | Asistencia de niñas a establecimientos educativos según nivel educativo | Niños 5-12 |
| | | Asistencia de niñas a establecimientos educativos según tipo de gestión | Niños 5-12 |
| | | Asistencia de niñas a establecimientos educativos según tipo de jornada | Niños 5-12 |
| | Servicios privados de cuidado en el hogar | Contratación de servicio doméstico | Hogar |
| | | Contratación de servicio de cuidado de niñas | Hogar |
| | Provisión de cuidados en el hogar | Características de los cuidados infantiles en el hogar | Permanencia de los chicos de Lunes a Viernes |
| Existencia de dificultades para organizar el cuidado de niños/as | | | Niños 0-4 |
| Principal dificultad para cuidar a niños/as | | | Niños 0-4 |
| Distribución del TDyCNR | | Participación en la globalidad de tareas domésticas y de cuidado (TDC) | Núcleo proveedor (PSH y Cónyuge) |
| | | Participación en cada tarea TDC | |
| | | Horas destinadas al TDC | Hogar |
| | | Principal persona a cargo del TNR | |
| Inserción en el mercado laboral | Características de actividad | Condición de actividad | Núcleo proveedor (PSH y Cónyuge) |
| | | Sector de actividad | |
| | | Categoría ocupacional | |
| | | Actividad económica | |
| | | Tipo de ocupación | |
| | Formalización y Protecciones | Tipo de autonomía | |
| | | Aporte jubilatorio | |
| | Características de inactividad | Condición de inactividad | |
| | | Motivos de inactividad | |

Fuente: Elaboración propia

ANEXO II

4.4 Anexo II. Capítulo 3

Cuadro 11. Participación de personas de 15 a 75 años de la Región Centro

| | |
|---------------|------|
| País | 100% |
| Región Centro | 21% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 12. Tasa de dependencia infantil del país y la región centro

| Zona geográfica | Tasa de dependencia infantil |
|-----------------|------------------------------|
| País | 0,308 |
| Región Centro | 0,286 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 13. Tasa de dependencia infantil de hogares del país y la región centro

| Zona geográfica | Porcentaje de hogares con demandas de cuidado infantil |
|-----------------|--|
| País | 42% |
| Región Centro | 39% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 14. Distribución de hogares del país y de la Región Centro, según presencia de hijos e hijas menores de 12 años

| Presencia de hijos/as menores de 12 años | País | Región Centro |
|--|------|---------------|
| Si | 35% | 33% |
| No | 65% | 67% |
| Total | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 15. Distribución de la composición de hogares nacionales, según sexo del PSH

| Composición del hogar | Sexo del PSH | | |
|------------------------------|--------------|---------|---------|
| | Varón | Mujer | Otro |
| Unipersonal | 11,82% | 28,10% | 37,19% |
| Nuclear completo con hijos | 61,15% | 16,53% | 0,00% |
| Nuclear incompleto con hijos | 4,71% | 39,60% | 0,00% |
| Otros hogares | 22,32% | 15,77% | 62,81% |
| TOTAL | 100,00% | 100,00% | 100,00% |

Cuadro 16. Distribución de la composición de hogares de la región centro, según sexo del PSH

| Composición del hogar | Sexo del PSH | | |
|-----------------------|--------------|--------|---------|
| | Varón | Mujer | Otro |
| Unipersonal | 10,38% | 33,39% | 100,00% |

| | | | |
|------------------------------|---------|---------|---------|
| Nuclear completo con hijos | 60,11% | 16,06% | 0,00% |
| Nuclear incompleto con hijos | 5,78% | 34,39% | 0,00% |
| Otros hogares | 23,73% | 16,16% | 0,00% |
| TOTAL | 100,00% | 100,00% | 100,00% |

Cuadro 17. Distribución porcentual de los hogares con hijos menores de 12 años, según su composición

| Composición de hogares | País | Región Centro |
|--|---------|---------------|
| Unipersonal | 0,75% | 0,63% |
| Nuclear completo con hijos ⁹⁴ | 80,80% | 82,43% |
| Nuclear incompleto con hijos ⁹⁵ | 17,50% | 15,66% |
| Otros hogares | 0,95% | 1,28% |
| Total | 100,00% | 100,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 18. Distribución porcentual de los hogares del país que tienen hijos menores de 12 años, según sexo del PSH

| Composición del hogar | Sexo del PSH | | |
|------------------------------|--------------|---------|-------|
| | Varón | Mujer | Otro |
| Unipersonal | 0,26% | 2,17% | 0,00% |
| Nuclear completo con hijos | 95,24% | 38,83% | 0,00% |
| Nuclear incompleto con hijos | 3,43% | 58,40% | 0,00% |
| Otros hogares | 1,07% | 0,61% | 0,00% |
| Total | 100,00% | 100,00% | 0,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 19. Distribución porcentual de los hogares de la Región Centro que tienen hijos menores de 12 años, según sexo del PSH

| Composición del hogar | Sexo del PSH | | |
|------------------------------|--------------|---------|-------|
| | Varón | Mujer* | Otro |
| Unipersonal | 0,45% | 1,26% | 0,00% |
| Nuclear completo con hijos | 95,28% | 37,99% | 0,00% |
| Nuclear incompleto con hijos | 2,89% | 59,84% | 0,00% |
| Otros hogares | 1,39% | 0,90% | 0,00% |
| Total | 100,00% | 100,00% | 0,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

* Los valores señalados pierden representatividad estadística.

Cuadro 20. Distribución porcentual del total de hogares según CSO del PSH

⁹⁴ Compuesto por hogares: Nuclear de pareja con hijos, Extendido con núcleo conyugal completo de pareja con hijos y otros familiares, y Compuesto con núcleo conyugal completo de pareja con hijos y otros no familiares.

⁹⁵ Compuesto por hogares: Nuclear Incompleto, Extendido con núcleo conyugal incompleto y otros familiares, y Compuesto con núcleo incompleto y otros no familiares.

| Condición socio-ocupacional | País | Región Centro |
|-----------------------------|---------|---------------|
| Clase Alta | 1,23% | 1,45% |
| Clase Media | 24,11% | 26,22% |
| Clase Obrera | 46,61% | 42,48% |
| Sin especificar | 28,04% | 29,85% |
| Total | 100,00% | 100,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 21. Distribución de la fuente de ingresos de los hogares con presencia de hijos menores de 12 años, según zona geográfica

| Zona geográfica | Ingresos Laborales | | | Ingresos No Laborales | |
|-----------------|--------------------|----|-------|-----------------------|-----|
| | Si | No | NS/NR | Si | No |
| País | 94% | 4% | 2% | 61% | 39% |
| Región Centro | 94% | 3% | 3% | 57% | 43% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 22. Distribución de los ingresos laborales de los hogares con presencia de hijos menores de 12 años, según zona geográfica y sexo del PSH

| Ingresos Laborales | País | | | Región Centro | | |
|--------------------|----------|-------|------|---------------|--------|------|
| | Sexo PSH | | | Sexo PSH | | |
| | Varón | Mujer | Otro | Varón | Mujer* | Otro |
| Si | 96% | 87% | 0% | 97% | 86% | 0% |
| No | 2% | 9% | 0% | 1% | 8% | 0% |
| NS/NR | 2% | 4% | 0% | 2% | 6% | 0% |
| Total | 100% | 100% | 0% | 100% | 100% | 0% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

* Los valores señalados pierden representatividad estadística

Cuadro 23. Distribución de los ingresos no laborales de los hogares con presencia de hijos menores de 12 años, según zona geográfica y sexo del PSH

| Ingresos no Laborales | País | | Región Centro | |
|-----------------------|----------|-------|---------------|--------|
| | Sexo PSH | | Sexo PSH | |
| | Varón | Mujer | Varón | Mujer* |
| Si | 56% | 75% | 51% | 76% |
| No | 44% | 25% | 49% | 24% |
| Total | 100% | 100% | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

* Los valores señalados pierden representatividad estadística

Cuadro 24. Distribución del nivel educativo de las personas integrantes del núcleo proveedor de hogares con presencia de hijos menores de 12 años pertenecientes al país, según género

| Nivel educativo | Género del núcleo proveedor | |
|--|-----------------------------|-------|
| | Varón | Mujer |
| Menores de 5 años | 0,00% | 0,00% |
| Sin instrucción (incluye nunca asistió o sólo asistió a sala de 5) | 1,19% | 1,34% |

| | | |
|---------------------------------|---------|---------|
| Primaria/EGB incompleto | 9,75% | 7,95% |
| Primaria/EGB completo | 22,89% | 17,41% |
| Secundario/Polimodal incompleto | 18,23% | 17,54% |
| Secundario/Polimodal completo | 25,74% | 26,28% |
| Terciario incompleto | 3,26% | 4,61% |
| Terciario completo | 6,66% | 10,42% |
| Universitario incompleto | 5,33% | 6,69% |
| Universitario completo | 6,95% | 7,70% |
| Educación especial | 0,01% | 0,05% |
| NS/NR | 0,00% | 0,00% |
| TOTAL | 100,00% | 100,00% |

Cuadro 25. Distribución del nivel educativo de las personas integrantes del núcleo proveedor de hogares con presencia de hijos menores de 12 años pertenecientes a la Región Centro, según género

| Nivel educativo | Género del núcleo proveedor | |
|--|-----------------------------|---------|
| | Varón | Mujer |
| Menores de 5 años | 0,00% | 0,00% |
| Sin instrucción (incluye nunca asistió o sólo asistió a sala de 5) | 1,39% | 1,18% |
| Primaria/EGB incompleto | 12,07% | 5,78% |
| Primaria/EGB completo | 19,84% | 14,04% |
| Secundario/Polimodal incompleto | 19,64% | 23,79% |
| Secundario/Polimodal completo | 26,55% | 24,95% |
| Terciario incompleto | 3,34% | 4,93% |
| Terciario completo | 5,28% | 10,39% |
| Universitario incompleto | 4,76% | 4,96% |
| Universitario completo | 7,07% | 9,85% |
| Educación especial | 0,06% | 0,13% |
| NS/NR | 0,00% | 0,00% |
| TOTAL | 100,00% | 100,00% |

Cuadro 26. Tasas laborales de las personas integrantes del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12 años del país, según sexo y posición en el núcleo proveedor

| Tasas de referencia | PSH | | Cónyuge | |
|----------------------|--------|--------|---------|--------|
| | Varón | Mujer | Varón | Mujer |
| Tasa de actividad | 97,41% | 83,87% | 91,63% | 59,42% |
| Tasa de empleo | 96,32% | 79,43% | 82,94% | 53,00% |
| Tasa de desocupación | 1,11% | 5,29% | 9,49% | 10,80% |
| Tasa de inactividad | 2,59% | 16,13% | 8,37% | 40,58% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 27. Tasas laborales de las personas integrantes del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12 años de la Región Centro, según sexo y posición en el núcleo proveedor

| Tasas de referencia | PSH | | Cónyuge | |
|----------------------|--------|--------|---------|--------|
| | Varón | Mujer* | Varón* | Mujer |
| Tasa de actividad | 98,59% | 90,66% | 91,80% | 65,76% |
| Tasa de empleo | 97,09% | 81,46% | 82,10% | 58,61% |
| Tasa de desocupación | 1,52% | 10,15% | 10,57% | 10,88% |
| Tasa de inactividad | 1,41% | 9,34% | 8,20% | 34,24% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

* Las tasas de las columnas indicadas pierden representatividad estadística para la región.

Cuadro 28. Distribución de la rama de actividad del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo

| Rama de Actividad | País | | Región Centro | |
|--|-------|--------|---------------|--------|
| | Varón | Mujer | Varón | Mujer |
| Actividades Administrativas y Servicios de Apoyo | 7,00 | 2,59 | 3,14 | 3,23 |
| Actividades financieras, de seguros, inmobiliarias y profesionales | 3,47 | 3,65 | 4,56 | 4,26 |
| Artes, Entretenimiento y Recreación, | 2,03 | 2,19 | 1,10 | 2,56 |
| Comercio al por Mayor y al por Menor | 19,50 | 17,06 | 27,52 | 23,55 |
| Construcción | 21,27 | 0,63 | 23,70 | 0,39 |
| Empleo domestico | 0,06 | 21,00 | 0,00 | 20,84 |
| Enseñanza, administración pública y defensa | 11,26 | 23,13 | 8,10 | 17,20 |
| Hotelería y Gastronomía | 2,45 | 5,53 | 1,05 | 4,38 |
| Industria Manufacturera | 14,81 | 7,65 | 13,33 | 5,83 |
| Información y Comunicación | 0,88 | 1,26 | 1,03 | 0,93 |
| Otras Actividades de Servicios | 2,40 | 4,23 | 2,17 | 2,96 |
| Salud y servicios sociales | 1,62 | 7,87 | 2,07 | 10,72 |
| Suministros de electricidad, gas y agua | 1,96 | 1,23 | 1,96 | 1,27 |
| Transporte y Almacenamiento | 11,31 | 2,01 | 10,29 | 1,93 |
| Total | 99,99 | 100,01 | 100,00 | 100,00 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 29. Distribución de la calificación en la ocupación del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo

| Calificación | País | | Región Centro | |
|----------------|-------|-------|---------------|-------|
| | Varón | Mujer | Varón | Mujer |
| No Calificados | 15,9 | 33,7 | 17,0 | 34,9 |
| Operativos | 64,4 | 41,4 | 65,6 | 40,4 |
| Técnicos | 13,4 | 19,1 | 8,9 | 18,9 |
| Profesionales | 6,3 | 5,8 | 8,5 | 5,8 |
| Total | 100 | 100 | 100 | 100 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 30. Distribución de la jerarquía de la ocupación del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo

| Jerarquía | País | | Región Centro | |
|--------------------------|-------|-------|---------------|-------|
| | Varón | Mujer | Varón | Mujer |
| Dirección o jefes | 12,8 | 5,5 | 16,0 | 6,8 |
| Trabajadores Asalariados | 68,4 | 74,0 | 60,3 | 67,6 |
| Cuenta propia | 18,8 | 20,5 | 23,7 | 25,7 |
| Total | 100 | 100 | 100 | 100 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 31. Distribución del tipo de autonomía en el trabajo del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo

| Autonomía en el trabajo | País | | Región Centro | |
|---|-------|-------|---------------|--------|
| | Varón | Mujer | Varón* | Mujer* |
| Decidir cuándo llegar y cuándo marcharse | 6,3 | 6,5 | 2,1 | 4,4 |
| Disminuir el ritmo de trabajo | 25,2 | 19,2 | 37,2 | 21,8 |
| Introducir actividad o tarea nueva | 7,5 | 14,9 | 6,1 | 19,9 |
| Tomarse un día libre sin perder retribución | 61,0 | 59,5 | 54,7 | 53,9 |
| Total | 100,0 | 100,0 | 100,0 | 100,0 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Sin representatividad estadística

Cuadro 32. Distribución de la condición de inactividad de las personas inactivas del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica

| Condición de inactividad | Género Núcleo proveedor | |
|--------------------------|-------------------------|---------------|
| | País | Región Centro |
| Ama de casa | 49,8 | 47,8 |
| Estudiante | 1,1 | 0,3 |
| Incapacidad | 4,8 | 8,0 |
| Jubilado o pensionado | 23,2 | 25,3 |
| Otros | 19,0 | 11,9 |
| Rentista | 2,1 | 6,8 |
| Total | 100 | 100 |

Cuadro 33. Distribución de la condición de inactividad de las personas inactivas del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica y sexo

| Condición de inactividad | País | | Región Centro | |
|--------------------------|--------|-------|---------------|--------|
| | Varón* | Mujer | Varón* | Mujer* |
| Ama de casa | 21,6 | 78,0 | 16,9 | 78,8 |
| Estudiante | 0,7 | 1,4 | 0,0 | 0,6 |
| Incapacidad | 7,8 | 1,8 | 15,9 | 0,0 |
| Jubilado o pensionado | 30,0 | 16,4 | 39,0 | 11,5 |

| | | | | |
|----------|------|-----|------|-----|
| Otros | 36,6 | 1,3 | 14,9 | 8,9 |
| Rentista | 3,3 | 1,0 | 13,3 | 0,2 |
| Total | 100 | 100 | 100 | 100 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Sin representatividad estadística

Cuadro 34. Distribución de los motivos de inactividad de las personas inactivas del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12, según zona geográfica

| Motivos de inactividad | Género Núcleo proveedor | |
|---|-------------------------|---------------|
| | País | Región Centro |
| Le pagan muy poco o hay condiciones malas | 2,3 | 0,0 |
| No busco porque no se consigue nada | 4,1 | 9,3 |
| No tiene con quien dejar a los hijos | 10,1 | 15,2 |
| Por la edad | 20,2 | 24,8 |
| Porque no quiere trabajar | 21,2 | 23,7 |
| Prefiere dedicarse a cuidar a los hijos | 36,3 | 24,6 |
| Se canso de buscar | 0,8 | 0,5 |
| Tiene trabajo asegurado | 5,0 | 1,9 |
| Total | 100,0 | 100,0 |

Cuadro 35. Distribución de los motivos de inactividad de las personas inactivas del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12 del país, según sexo

| Motivos de inactividad | Sexo Núcleo proveedor | |
|---|-----------------------|-------|
| | Varón* | Mujer |
| Le pagan muy poco o hay condiciones malas | 4,0 | 0,5 |
| No busco porque no se consigue nada | 5,3 | 2,9 |
| No tiene con quien dejar a los hijos | 4,1 | 16,1 |
| Por la edad | 29,1 | 11,3 |
| Porque no quiere trabajar | 30,9 | 11,5 |
| Prefiere dedicarse a cuidar a los hijos | 17,2 | 55,5 |
| Se canso de buscar | 0,0 | 1,5 |
| Tiene trabajo asegurado | 9,4 | 0,7 |
| Total | 100,0 | 100,0 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Sin representatividad estadística

Cuadro 36. Distribución de los motivos de inactividad de las personas inactivas del núcleo proveedor de hogares con hijos menores de 12 de la Región Centro, según sexo

| Motivos de inactividad | Sexo Núcleo proveedor | |
|--------------------------------------|-----------------------|--------|
| | Varón* | Mujer* |
| No busco porque no se consigue nada | 5,1 | 13,5 |
| No tiene con quien dejar a los hijos | 13,1 | 17,4 |
| Por la edad | 44,8 | 4,7 |
| Porque no quiere trabajar | 29,7 | 17,7 |

| | | |
|---|-------|-------|
| Prefiere dedicarse a cuidar a los hijos | 3,5 | 45,8 |
| Se canso de buscar | 0,0 | 1,0 |
| Tiene trabajo asegurado | 3,9 | 0,0 |
| Total | 100,0 | 100,0 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Sin representatividad estadística

4.5 Anexo II. Capítulo 4

Cuadro 37. Tiempo promedio semanal destinado al Trabajo No Remunerado, según zona geográfica y género

| Sexo del núcleo proveedor | Tiempo Promedio Semanal TNR | |
|---------------------------|-----------------------------|---------------|
| | Nación | Región Centro |
| Varón | 8 | 9 |
| Mujer | 17 | 18 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 38. Persona del núcleo proveedor que tiene a su cargo la mayor parte de las tareas de la casa, según sexo y zona geográfica

| Ámbito geográfico | Sexo del núcleo proveedor | |
|-------------------|---------------------------|-------|
| | Varón | Mujer |
| Nación | 15,1% | 92,6% |
| Región* | 10,3% | 91,6% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

* Estadísticamente los datos a nivel regional son poco robustos.

Cuadro 39. Participación masculina en el TDCNR, según estrato socioeconómico. Total país

| TDCNR | Estrato Socioeconómico | | | |
|--------------------|------------------------|--------|--------|-----------------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar |
| Trabajo doméstico | 38,19% | 55,95% | 50,63% | 52,72% |
| Trabajo de cuidado | 28,43% | 34,16% | 34,85% | 31,33% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

* Los valores señalados pierden representatividad estadística

Cuadro 40. Participación femenina en el TDCNR, según estrato socioeconómico. Total país

| TDCNR | Estrato Socioeconómico | | | |
|--------------------|------------------------|--------|--------|-----------------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar |
| Trabajo doméstico | 81,81% | 75,94% | 78,33% | 74,71% |
| Trabajo de cuidado | 42,71% | 43,77% | 48,91% | 41,27% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

* Los valores señalados pierden representatividad estadística

Cuadro 41. Tiempo promedio semanal destinado al Trabajo No Remunerado, según sexo y estrato socioeconómico. Total país

| Estrato socioeconómico | Nación | |
|------------------------|--------|-------|
| | Varón | Mujer |
| Alto | 10 | 16 |
| Medio | 13,1 | 23,7 |
| Bajo | 14,4 | 29,2 |
| Sin especificar | 11 | 22 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 42. Tiempo promedio semanal destinado por integrantes del núcleo proveedor al trabajo no remunerado, según zona geográfica, sexo y edad de hijos

| Ámbito | Sexo núcleo proveedor | Edad hijos | | |
|--------|-----------------------|------------|-------|--------|
| | | 0 a 2 | 3 a 4 | 5 a 12 |
| Nación | Varón | 12 | 15 | 13,5 |
| | Mujer | 27,5 | 25,5 | 26,5 |
| Región | Varón | 16 | 16,5 | 16 |
| | Mujer | 29,5 | 24 | 27,5 |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 43. Distribución porcentual de hijos de hogares que cuentan con responsabilidades de cuidado infantil, según edad y ámbito geográfico

| Edad de hijos | Nación | Región |
|---------------|---------|---------|
| 0 a 2 | 20,00% | 20,41% |
| 3 a 4 | 13,78% | 13,39% |
| 5 a 12 | 66,21% | 66,20% |
| Total | 100,00% | 100,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 44. Distribución porcentual de hijos de hogares del país que cuentan con responsabilidades de cuidado infantil, según estrato socioeconómico

| Estrato Socioeconómico | Edad | | |
|------------------------|---------|---------|---------|
| | 0 a 2 | 3 a 4 | 5 a 12 |
| Alto | 0,46% | 0,99% | 0,55% |
| Medio | 29,22% | 33,96% | 29,84% |
| Obrero | 67,19% | 61,49% | 65,74% |
| Sin especificar | 2,06% | 2,46% | 1,88% |
| Nulos | 1,07% | 1,11% | 1,99% |
| Total | 100,00% | 100,00% | 100,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 45. Distribución porcentual de hijos de hogares de la Región Centro que cuentan con responsabilidades de cuidado infantil, según estrato socioeconómico

| Estrato Socioeconómico | Edad | | |
|------------------------|---------|---------|---------|
| | 0 a 2 | 3 a 4 | 5 a 12 |
| Alto | 0,00% | 2,28% | 0,70% |
| Medio | 29,02% | 30,43% | 31,13% |
| Obrero | 70,38% | 63,98% | 64,55% |
| Sin especificar | 0,43% | 2,59% | 2,26% |
| Nulos | 0,18% | 0,72% | 1,37% |
| Total | 100,00% | 100,00% | 100,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 46. Persona con la que hijos menores a 12 años del país permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según edad

| Persona con la que permanece la mayor parte del tiempo de lunes a viernes | Edad | | | Total |
|---|--------|--------|--------|--------|
| | 0 a 2 | 3 a 4 | 5 a 12 | |
| Solo/a | 0,0% | 0,0% | 0,5% | 0,3% |
| Con el padre | 5,8% | 7,2% | 7,8% | 7,3% |
| Con la madre | 81,7% | 80,9% | 79,7% | 80,3% |
| Con empleada doméstica/ niñera | 2,5% | 1,9% | 1,8% | 2,0% |
| Con otro miembro del hogar menor de 15 años | 0,5% | 1,0% | 0,9% | 0,9% |
| Con otro miembro del hogar de 15 años o más | 2,1% | 2,7% | 5,5% | 4,4% |
| Con familiares que no viven en el hogar | 6,6% | 5,9% | 3,2% | 4,3% |
| Con otros no familiares | 0,7% | 0,4% | 0,5% | 0,5% |
| Total | 100,0% | 100,0% | 100,0% | 100,0% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 47. Persona con la que hijos menores a 12 años de la región centro permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según edad

| Persona con la que permanece la mayor parte del tiempo de lunes a viernes | Edad | | | Total |
|---|-------|--------|--------|-------|
| | 0 a 2 | 3 a 4* | 5 a 12 | |
| Solo/a | 0,0% | 0,0% | 0,6% | 0,4% |

| | | | | |
|---|--------|--------|--------|--------|
| Con el padre | 4,1% | 10,0% | 7,6% | 7,2% |
| Con la madre | 81,2% | 80,5% | 80,0% | 80,3% |
| Con empleada doméstica/ niñera | 2,1% | 2,7% | 3,1% | 2,9% |
| Con otro miembro del hogar menor de 15 años | 0,0% | 0,0% | 0,8% | 0,5% |
| Con otro miembro del hogar de 15 años o más | 0,9% | 2,5% | 5,0% | 3,8% |
| Con familiares que no viven en el hogar | 11,7% | 4,3% | 2,7% | 4,7% |
| Con otros no familiares | 0,0% | 0,0% | 0,4% | 0,3% |
| Total | 100,0% | 100,0% | 100,0% | 100,0% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 48. Persona con la que hijos menores a 12 años del país permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según sexo del PSH

| Persona con la que permanece la mayor parte del tiempo de Lunes a Viernes | Sexo PSH | |
|---|----------|-------|
| | Varón | Mujer |
| Con el padre | 7% | 7% |
| Con la madre | 83% | 73% |
| Con empleada doméstica/ niñera | 2% | 2% |
| Con familiares que no viven en el hogar | 4% | 5% |
| Otro | 4% | 13% |
| Total | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 49. Persona con la que les hijos menores a 12 años de la Región Centro permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según sexo del PSH

| Persona con la que permanece la mayor parte del tiempo de lunes a viernes | Sexo PSH | |
|---|----------|-------|
| | Varón | Mujer |
| Con el padre | 7% | 6% |
| Con la madre | 82% | 73% |
| Con empleada doméstica/ niñera | 3% | 2% |
| Con familiares que no viven en el hogar | 4% | 6% |
| Otro | 3% | 12% |
| Total | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 50. Persona con la que les hijos menores a 12 años del país permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según estrato socioeconómico

| Persona con la que permanece la mayor parte del tiempo de lunes a viernes | Estrato Socioeconómico | | | |
|---|------------------------|-------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar* |
| Con el padre | 0% | 9% | 7% | 8% |
| Con la madre | 98% | 77% | 81% | 86% |

| | | | | |
|---|------|------|------|------|
| Con empleada doméstica/ niñera | 2% | 3% | 1% | 1% |
| Con familiares que no viven en el hogar | 0% | 5% | 4% | 0% |
| Otro | 0% | 5% | 7% | 5% |
| Total | 100% | 100% | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 51. Persona con la que les hijos menores a 12 años de la Región Centro permanecen la mayor parte del tiempo de lunes a viernes, según estrato socioeconómico

| Persona con la que permanece la mayor parte del tiempo de lunes a viernes | Estrato Socioeconómico | | | |
|---|------------------------|-------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar* |
| Con el padre | 0% | 8% | 6% | 22% |
| Con la madre | 100% | 75% | 83% | 59% |
| Con empleada doméstica/ niñera | 0% | 7% | 1% | 0% |
| Con familiares que no viven en el hogar | 0% | 6% | 4% | 0% |
| Otro | 0% | 3% | 6% | 19% |
| Total | 100% | 100% | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 52. Dificultades para organizar el cuidado de hijos de hasta 4 años de edad, de los hogares del país, según estrato socioeconómico

| Dificultades para organizar el cuidado | Estrato Socioeconómico | | | |
|--|------------------------|-------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar* |
| Si | 6,3% | 15,4% | 10,1% | 11,2% |
| No | 93,7% | 84,6% | 89,9% | 88,8% |
| Total | 100% | 100% | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 53. Dificultades para organizar el cuidado de los hogares de la Región Centro, según estrato socioeconómico

| Dificultades para organizar el cuidado | Estrato Socioeconómico | | | |
|--|------------------------|--------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio* | Obrero | Sin especificar* |
| Si | 0,0% | 20,4% | 10,2% | 0,0% |
| No | 100,0% | 79,6% | 89,8% | 100,0% |
| Total | 100% | 100% | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 54. Dificultades para organizar el cuidado de hijos hasta 4 años, según zona geográfica y edad de hijos

| Zona geográfica | Edad infancias | Dificultades para organizar el cuidado | | Total |
|-----------------|----------------|--|----|-------|
| | | Si | No | |
| | | | | |

| | | | | |
|--------|-------|-----|-----|------|
| País | 0 a 2 | 12% | 88% | 100% |
| | 3 a 4 | 11% | 89% | 100% |
| Región | 0 a 2 | 16% | 84% | 100% |
| | 3 a 4 | 8% | 92% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos correspondientes al análisis regional de las edades 3 y 4 no cuentan con representatividad estadística.

Cuadro 55. Porcentaje de hogares con presencia de hijos menores de 12 años del país que contratan servicio doméstico, según estrato socioeconómico

| Contrata Servicio Doméstico | Estrato Socioeconómico | | | | Total |
|-----------------------------|------------------------|-------|--------|-----------------|-------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar | |
| Si contrata | 28,8% | 11,5% | 3,5% | 6,7% | 6,3% |
| No contrata | 71,2% | 88,5% | 96,5% | 93,3% | 93,7% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 56. Porcentaje de hogares con presencia de hijos menores de 12 años del país que contratan servicio de cuidado, según estrato socioeconómico

| Contrata Servicio de Cuidado | Estrato Socioeconómico | | | | Total |
|------------------------------|------------------------|-------|--------|-----------------|-------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar | |
| Si contrata | 14,7% | 8,9% | 3,8% | 5,2% | 5,3% |
| No contrata | 85,3% | 91,1% | 96,2% | 94,8% | 94,7% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 57. Porcentaje de hogares con presencia de hijos menores de 12 años de la Región Centro que contratan servicio doméstico, según estrato socioeconómico

| Contrata Servicio Doméstico | Estrato Socioeconómico | | | | Total |
|-----------------------------|------------------------|--------|--------|------------------|-------|
| | Alto* | Medio* | Obrero | Sin especificar* | |
| Si contrata | 59,9% | 13,4% | 5,6% | 8,4% | 8,9% |
| No contrata | 40,1% | 86,6% | 94,4% | 91,6% | 91,1% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

* Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 58. Porcentaje de hogares con presencia de hijos menores de 12 años de la Región Centro que contratan servicio de cuidado, según estrato socioeconómico

| Contrata Servicio de Cuidado | Estrato Socioeconómico | | | | Total |
|------------------------------|------------------------|-------|--------|-----------------|-------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar | |
| Si contrata | 16,9% | 8,0% | 1,6% | 7,9% | 5,1% |
| No contrata | 83,1% | 92,0% | 98,4% | 92,1% | 94,9% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 59. Asistencia de hijos menores de 4 años del país en instituciones de cuidado infantil, según estrato socioeconómico

| Asistencia a institución de cuidado | Estrato Socioeconómico | | | |
|-------------------------------------|------------------------|--------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar* |
| Asiste | 48,12% | 45,16% | 25,88% | 28,67% |
| No asiste | 51,88% | 54,84% | 74,12% | 71,33% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 60. Asistencia de hijos menores de 4 años de la Región Centro a instituciones de cuidado infantil, según estrato socioeconómico

| Asistencia a institución de cuidado | Estrato Socioeconómico | | | |
|-------------------------------------|------------------------|--------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio* | Obrero | Sin especificar* |
| Asiste | 79,95% | 47,25% | 27,80% | 28,75% |
| No asiste | 20,05% | 52,75% | 72,20% | 71,25% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 61. Asistencia de hijos menores de 4 años del país a instituciones de cuidado infantil, según estrato socioeconómico y tipo de institución

| Tipo de institución de cuidado | Estrato Socioeconómico | | | |
|--------------------------------|------------------------|--------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar* |
| Publica | 17,12% | 23,25% | 17,41% | 14,40% |
| Privada | 31,00% | 21,73% | 6,69% | 14,27% |
| Comunitaria | 0,00% | 0,17% | 1,79% | 0,00% |
| No Asiste | 51,88% | 54,84% | 74,12% | 71,33% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 62. Asistencia de hijos menores de 4 años de la Región Centro a instituciones de cuidado infantil, según estrato socioeconómico y tipo de institución

| Tipo de institución de cuidado | Estrato Socioeconómico | | | |
|--------------------------------|------------------------|--------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio* | Obrero | Sin especificar* |
| Publica | 0,00% | 22,27% | 17,77% | 20,21% |
| Privada | 79,95% | 24,98% | 9,64% | 8,54% |
| Comunitaria | 0,00% | 0,00% | 0,39% | 0,00% |
| No Asiste | 20,05% | 52,75% | 72,20% | 71,25% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 63. Asistencia de hijos del país a instituciones de cuidado infantil, según edad

| Asistencia a institución de cuidado | Edad infancias | | |
|-------------------------------------|----------------|-------|--------|
| | 0 a 2 | 3 a 4 | |
| Tipo de institución de cuidado | Publica | 6,62% | 37,78% |
| | Privada | 6,09% | 19,76% |
| | Comunitaria | 0,31% | 2,52% |

| | | |
|-----------|---------|---------|
| No Asiste | 86,97% | 39,94% |
| Total | 100,00% | 100,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 64. Asistencia de hijos de la Región Centro a instituciones de cuidado infantil, según edad

| Asistencia a institución de cuidado | | Edad infancias | |
|-------------------------------------|-------------|----------------|---------|
| | | 0 a 2 | 3 a 4 |
| Tipo de institución de cuidado | Publica | 5,90% | 38,73% |
| | Privada | 8,73% | 23,96% |
| | Comunitaria | 0,00% | 0,67% |
| No Asiste | | 85,37% | 36,65% |
| Total | | 100,00% | 100,00% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 65. Asistencia de infancias menores de 4 años del país a instituciones de cuidado infantil, según edad y nivel socioeconómico

| Tipo de institución de cuidado | 0 a 2 años | | | | 3 a 4 años | | | |
|--------------------------------|------------|--------|--------|------------------|------------|--------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar* | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar* |
| Publica | 0,00% | 8,85% | 5,70% | 0,00% | 28,61% | 41,24% | 35,98% | 31,93% |
| Privada | 0,00% | 14,95% | 2,40% | 2,58% | 51,82% | 30,20% | 13,48% | 28,49% |
| Comunitaria | 0,00% | 0,25% | 0,36% | 0,00% | 0,00% | 0,08% | 4,05% | 0,00% |
| No Asiste | 100,00% | 75,95% | 91,54% | 97,42% | 19,57% | 28,49% | 46,49% | 39,58% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 66. Asistencia de infancias menores de 4 años de la Región Centro a instituciones de cuidado infantil, según edad y nivel socioeconómico

| Tipo de institución de cuidado | 0 a 2 años | | | | 3 a 4 años | | | |
|--------------------------------|------------|--------|---------|------------------|------------|--------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio* | Obrero* | Sin especificar* | Alto* | Medio* | Obrero | Sin especificar* |
| Publica | 0,00% | 5,51% | 6,11% | 0,00% | 0,00% | 46,64% | 37,32% | 25,33% |
| Privada | 0,00% | 19,47% | 4,37% | 0,00% | 79,95% | 32,97% | 18,48% | 10,71% |
| Comunitaria | 0,00% | 0,00% | 0,00% | 0,00% | 0,00% | 0,00% | 1,04% | 0,00% |
| No Asiste | 0,00% | 75,01% | 89,52% | 100,00% | 20,05% | 20,39% | 43,16% | 63,97% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 67. Distribución de la asistencia a instituciones educativa de las personas hijes de 5 a 12 años, según zona geográfica

| Zona geográfica | Asistencia a institución educativa | | | |
|-----------------|------------------------------------|-------------------------|---------------|-------|
| | Asiste | No asiste, pero asistió | Nunca asistió | Total |
| País | 98,44% | 0,95% | 0,61% | 100% |
| Región Centro | 98,87% | 0,43% | 0,70% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 68. Distribución de la asistencia a instituciones educativa de las personas hijes del país (de 5 a 12 años), según edad

| Edad | Asistencia a institución educativa | | | Total |
|-------------|------------------------------------|-------------------------|---------------|-------|
| | Asiste | No asiste, pero asistió | Nunca asistió | |
| 5 años | 94,07% | 1,47% | 4,46% | 100% |
| 6 a 12 años | 99,01% | 0,88% | 0,11% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 69. Distribución de la asistencia a instituciones educativa de las personas hijes de la Región Centro (de 5 a 12 años), según edad

| Edad | Asistencia a institución educativa | | | Total |
|-------------|------------------------------------|-------------------------|---------------|-------|
| | Asiste | No asiste, pero asistió | Nunca asistió | |
| 5 años | 91,84% | 0,73% | 7,43% | 100% |
| 6 a 12 años | 99,60% | 0,40% | 0,00% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 70. Distribución del tipo de gestión del establecimiento al que asisten las personas hijes del país (de 5 a 12 años), según nivel socioeconómico

| Tipo de gestión de establecimiento | Estrato socioeconómico | | | |
|------------------------------------|------------------------|-------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar* |
| Estatal | 34,5% | 62,7% | 86,2% | 65,9% |
| Privado | 65,5% | 37,3% | 13,8% | 34,1% |
| Total | 100% | 100% | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 71. Distribución del tipo de gestión del establecimiento al que asisten las personas hijes de la Región Centro (de 5 a 12 años), según nivel socioeconómico

| Tipo de gestión de establecimiento | Estrato socioeconómico | | | |
|------------------------------------|------------------------|--------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio* | Obrero | Sin especificar* |
| Estatal | 49,6% | 58,8% | 85,6% | 80,6% |
| Privado | 50,4% | 41,2% | 14,4% | 19,4% |
| Total | 100% | 100% | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 72. Distribución del tipo de gestión del establecimiento al que asisten las personas hijes del país (de 5 a 12 años), según sexo del PSH

| Sexo PSH |
|----------|
| |

| Tipo de gestión educativa | Varón | Mujer |
|---------------------------|-------|-------|
| Estatal | 77,4% | 82,0% |
| Privado | 22,6% | 18,0% |
| Total | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 73. Distribución del tipo de gestión del establecimiento al que asisten las personas hijes de la Región Centro (de 5 a 12 años), según sexo del PSH

| Tipo de gestión educativa | Sexo PSH | |
|---------------------------|----------|-------|
| | Varón | Mujer |
| Estatal | 76% | 80% |
| Privado | 24% | 20% |
| Total | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 74. Distribución del tipo de jornada escolar de las personas hijes (de 5 a 12 años), según zona geográfica

| Tipo de Jornada escolar | Zona geográfica | |
|-------------------------|-----------------|---------------|
| | País | Región Centro |
| Simple | 90,1% | 88,7% |
| Doble | 9,6% | 10,7% |
| Otro | 0,3% | 0,5% |
| Total | 100% | 100% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

Cuadro 75. Distribución de las personas hijes (de 5 a 12 años) del país que asisten a instituciones educativa, según tipo de jornada escolar y nivel socioeconómico

| Tipo de jornada escolar | Estrato Socioeconómico | | | |
|-------------------------|------------------------|--------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar* |
| Simple | 70,4% | 85,1% | 92,6% | 85,7% |
| Doble | 29,6% | 14,4% | 7,2% | 14,3% |
| Otro | 0,0% | 0,5% | 0,2% | 0,0% |
| Total | 100,0% | 100,0% | 100,0% | 100,0% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

Cuadro 76. Distribución de las personas hijes (de 5 a 12 años) de la Región Centro que asisten a instituciones educativa, según tipo de jornada escolar y nivel socioeconómico

| Tipo de jornada escolar | Estrato Socioeconómico | | | |
|-------------------------|------------------------|-------|--------|------------------|
| | Alto* | Medio | Obrero | Sin especificar* |

| | | | | |
|--------|--------|--------|--------|--------|
| Simple | 100,0% | 87,3% | 89,1% | 94,1% |
| Doble | 0,0% | 12,7% | 10,1% | 5,9% |
| Otro | 0,0% | 0,0% | 0,8% | 0,0% |
| Total | 100,0% | 100,0% | 100,0% | 100,0% |

Fuente: Elaboración propia en base a ENES 2014-2015.

*Los datos seleccionados no cuenta con representatividad estadística.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abramo, L. (2004). ¿Inserción laboral de las mujeres en América Latina: una fuerza de trabajo secundaria? *Estudios Feministas*, 12(2), 224–235.
<https://doi.org/10.1590/s0104-026x2004000200013>
- Agenjo Calderón, A. (2013). Economía feminista: los retos de la sostenibilidad de la vida. *Revista Internacional de Pensamiento Político - i Época*, 8, 15–27.
- Aguirre, R. (2009). Uso del tiempo y desigualdades de género en el trabajo no remunerado. In R. Aguirre (Ed.), *Las bases invisibles del bienestar social. El trabajo no remunerado en Uruguay* (UNIFEM, p. 225).
<https://hdl.handle.net/20.500.12008/9604>
- Aguirre, R., & Ferrari, F. (2014). *Las encuestas sobre uso del tiempo y trabajo no remunerado en América Latina y el Caribe. Caminos recorridos y desafíos hacia el futuro* (pp. 1–47). CEPAL.
- Alcañiz, M. (2015). Género con clase: la conciliación desigual de la vida laboral y familiar. *Revista Española de Sociología*, 23, 29–55.
- Alonso, V. N. (2021). La desigualdad económica de género dentro del contexto de heterogeneidad estructural de América Latina. El caso argentino. In V. N. Alonso, G. L. Marzonetto, & C. Rodríguez Enríquez (Eds.), *Heterogeneidad estructural y cuidados: nudos persistentes de la desigualdad latinoamericana* (Teseo, pp. 35–60).
- Alonso, V. N., Marzonetto, G. L., & Rodríguez Enríquez, C. (2021). *Heterogeneidad estructural y cuidados. Nudos persistentes de la desigualdad latinoamericana* (V. N. Alonso, G. L. Marzonetto, & C. Rodríguez Enríquez (eds.); Teseo).
- Amorós Puente, C. (2008). *Mujeres e imaginarios de la globalización. Reflexiones para una agenda teórica global del feminismo* (Homo Sapie).
<https://es.scribd.com/book/536745759/Teoria-feminista-2-Del-feminismo-liberal-a-la-posmodernidad>
- Andes, N. (1992). Social class and gender: An empirical evaluation of occupational stratification. *Gender & Society*, 6(2), 231–251.
<https://doi.org/10.1177/089124392006002007>
- Arakaki, A., Graña, J. M., Kennedy, D., & Sánchez, M. A. (2018). El mercado laboral argentino en la posconvertibilidad (2003 - 2015): entre la crisis neoliberal y los límites estructurales de la economía. *Semestre Económico*, 21(47), 229–257.
<https://doi.org/10.22395/seec.v21n47a9>
- Ariza, M., & De Oliveira, O. (1999). Inequidades de género y clase. Algunas consideraciones analíticas. *Nueva Sociedad*, 1(164), 70–81.
- Ariza, M., & De Oliveira, O. (2000). Género, trabajo y familia: consideraciones teórico-metodológicas. In CONAPO (Ed.), *La población de México, situación actual y desafíos futuros* (CONAPO, pp. 201–227).
- Arriagada, I. (2005). *Los límites del uso del tiempo: dificultades para las políticas de conciliación familia y trabajo* (pp. 1–20).
- Arriagada, I. (2007). Transformaciones familiares y políticas de bienestar en América Latina. In I. Arriagada (Ed.), *Familias y políticas públicas en América Latina: Una historia de desencuentros* (CEPAL, pp. 125–150).
- Arruzza, C. (2014). *Reflexiones degeneradas: Patriarcado y capitalismo*. Disponible En Marxismocritico.Com. <https://www.aporrea.org/actualidad/a225222.html>
- Arruzza, C., & Bhattacharya, T. (2020). Teoría de la Reproducción Social. Elementos fundamentales para un feminismo marxista. *Archivos de Historia Del Movimiento Obrero y La Izquierda*, 16, 37–69. <https://doi.org/10.46688/ahmoi.n16.251>

- Ascencio, D., Sacco, E., & Strada, J. (2019). Desigualdades de género en el mercado de trabajo argentino: salario, empleo e informalidad en las mujeres, 2004-2016. *Revista Ciencias Sociales*, 165(III), 79–103.
- Barrere-Maurisson, M. (1999). *La división familiar del trabajo. La vida doble* (Lumen).
- Batthyány, K. (2007). Articulación entre vida laboral y vida familiar. Las prácticas de cuidado infantil de trabajadoras asalariadas de Montevideo. In *Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política* (CLACSO).
- Batthyány, K. (2008). *Género, cuidados familiares y uso del tiempo* (pp. 176–198). UNIFEM - INE. [http://cienciassociales.edu.uy/departamentodesociologia/wp-content/uploads/sites/3/2013/archivos/Karina Batthyány Género, cuidados familiares y uso del tiempo.pdf](http://cienciassociales.edu.uy/departamentodesociologia/wp-content/uploads/sites/3/2013/archivos/Karina_Batthyany_Genero_cuidados_familiares_y_uso_del_tiempo.pdf)
- Batthyány, K. (2020). Miradas Latinoamericanas al cuidado. In K. Batthyany (Ed.), *Miradas Latinoamericanas a los cuidados* (CLACSO-S, pp. 11–52). https://www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana/contador/sumar_pdf.php?id_libro=2293
- Batthyány, K., Genta, N., & Perrota, V. (2015). Uso del tiempo y desigualdades de género en el trabajo no remunerado. In K. Batthyány (Ed.), *Los tiempos del bienestar social: genero, trabajo no remunerado y cuidados en Uruguay* (INMUJERES, pp. 45–84). https://www.academia.edu/13584379/Los_tiempos_del_bienestar_social._Género_trabajo_no_remunerado_y_cuidados_en_Uruguay
- Beccaria, L., & Maurizio, R. (2017). Mercado de trabajo y desigualdad en Argentina. Un balance de las últimas tres décadas. *Revista Sociedad*, 0(37), 114–126.
- Benería, L. (2003). Introducción. La mujer y el género en la economía: un panorama general. In P. Villata (Ed.), *Macroeconomía y género* (Icaria, pp. 23–74).
- Binstock, G. (2018). Hogares y organización familiar. In J. I. Piovani & A. Salvia (Eds.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual: Encuesta Nacional sobre la Estructura Social* (Siglo XXI, pp. 421–442).
- Blofield, M., & Martínez Franzoni, J. (2014). Trabajo, familia y cambios en la política pública en América Latina: equidad, maternalismo y corresponsabilidad. *Cepal Review*, 114, 107–125.
- Bonder, G. (n.d.). *Puntualizaciones sobre el concepto de género: trayectorias en el plano teórico, normativo y de las políticas*.
- Bonder, G. (1998). Gloria Bonder. In *Género y subjetividad: Avatares de una relación no evidente*.
- Borderías, C., & Carrasco, C. (1994). Introducción. Las mujeres y el trabajo: aproximaciones históricas, sociológicas y económicas. In C. Borderías, C. Carrasco, & C. Alemany (Eds.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales* (ICARIA, pp. 15–109).
- Bourdieu, P. (2002). Condición de clase y posición de clase. *Revista Colombiana de Sociología*, 7(1), 119–141.
- Brosio, M., López Mourelo, E., & Yance, M. (2022). *Factores sociales que determinan la demanda de cuidado en Argentina. Una aproximación cuantitativa* (Oficina de, pp. 1–51).
- Butler, J. (2007). *El género en disputa* (Paidós Ibe).
- Cabrera, M. C., Hopp, M., Luci, F., Aguilar, P., & Frega, M. (2013). Trabajo, organización del tiempo y vida cotidiana: apuntes para pensar la desigualdad. *Ciencias Sociales. Revista de La Facultad de Ciencias Sociales*, 84, 96–103.

- Carrasco Bengoa, M. C. (2016). Sostenibilidad de la vida y ceguera patriarcal. Una reflexión necesaria. *Atlánticas. Revista Internacional de Estudios Feministas*, 1(1), 34–57. <https://doi.org/10.17979/arief.2016.1.1.1435>
- Carrasco, C. (2006a). La economía feminista: una apuesta por otra economía. In M. J. Vara (Ed.), *Estudios sobre género y economía* (Ediciones).
- Carrasco, C. (2006b). La paradoja del cuidado: necesario pero invisible. *Revista de Economía Crítica*, 5, 39–64.
- Carrasco, C., Borderías, C., & Torns, T. (2011). El trabajo de cuidados: antecedentes históricos y debates actuales. In *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (Catarata, pp. 13–95).
- Castelló Santamaría, L. (2011a). Trabajo de cuidado, género y clase social. Remedios desiguales a un problema común. *Sociología Del Trabajo*, 78, 24–40.
- Castelló Santamaría, L. (2011b). Trabajo de cuidado, género y clase social. Remedios desiguales a un problema común. *Sociología Del Trabajo*, 73, 24–41.
- Cea D'Ancona, M. A. (1996). *Metodología cuantitativa: Estrategias y técnicas de investigación social* (Síntesis). <http://www.redalyc.org/pdf/153/15329875002.pdf>
- Centro de Estudios y Servicios. (2019). *Estructura económica e importancia de la región centro en la economía argentina* (Informes Especiales. Región Centro y Puerto de Santa Fe.).
- CEPAL. (2022a). *La sociedad del cuidado Horizonte para una recuperación sostenible con igualdad de género* (pp. 1–183). Naciones Unidas.
- CEPAL, C. E. para A. L. y el C. (2022b). Panorama Social de América Latina 2021. In *RDP Revista Digital de Posgrado* (CEPAL, Issue 3). <https://doi.org/10.22201/fesa.rdp.2021.3.06>
- Cerrutti, M., & Binstock, G. (2009). *Familias latinoamericanas en transformación: desafíos y demandas para la acción pública* (No. 147; Políticas Sociales).
- Chiroleu, A., Voras, C., Delfino, A., Alasino, N., Fabbioneri, F., & Orta, M. (2019). *Transformaciones sociales en el período kirchnerista* (No. 12; Cuadernos de La Cátedra Estructura Social).
- Cienfuegos, J. (2014). Tendencias familiares en América Latina: diferencias y entrelazamientos. *Notas de Población*, 99, 11–37. <https://doi.org/10.18356/55932b57-es>
- Comas, G. (2019). Heterogeneidad del mercado laboral y estrategias familiares de vida en la Argentina actual. In A. Salvia & M. B. Rubio (Eds.), *Tendencias sobre la desigualdad* (UBA-CLASCO, pp. 123–145). <https://doi.org/10.2307/j.ctvt6rmrk>
- Crompton, R. (1989). Class Theory and Gender. *The British Journal of Sociology*, 40(4), 565–587.
- Crompton, R. (1994). *Clase y estratificación. Una introducción a los debates actuales* (Tecnos).
- Crompton, R., Lewis, S., & Lyonette, C. (2007). *Women, Men, Work and Family in Europe* (Palgrave M).
- Cubillos Almendra, J. (2014). Reflexiones sobre el proceso de investigación. Una propuesta desde el feminismo decolonial. *Athenea Digital*, 14(4), 261–285.
- Cubillos Almendra, J. (2015). La importancia de la interseccionalidad para la investigación feminista. *Oxímora. Revista Internacional de Ética y Política*, 0(7), 119–137. <https://doi.org/10.1344/oxi.2015.i7.14502>
- Curiel, O. (2014). Construyendo metodologías feministas desde el feminismo decolonial. In J. Mendía Azkue, Irantzu ; Luxán, Marta; Legarreta, Matxalen; Guzmán, Gloria ; Zirion, Iker; Azpiazu Carballo (Ed.), *Otras formas de (re)conocer. Reflexiones herramientas y aplicaciones desde la investigación*

- feminista* (Hegoa-SIMR, pp. 45–60).
- D'Alessandre, V., Mattioli, M., & Caderosso, M. (2017). Dinámicas familiares de producción y provisión de cuidados en el Litoral. *IV Encuentro de Investigaciones Sobre Problemáticas de Género Del Litoral*.
- Daly, M., & Lewis, J. (2011). El concepto de “social care” y el análisis de los Estados de bienestar contemporáneo. In C. Carrasco, C. Borderías, & T. Torns (Eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (Catarata, pp. 225–251).
- de Lauretis, T. (1989). La tecnología del género. In *Technologies of Gender. Essays on theory, film and fiction*. (Macmillan, pp. 1–30).
- de Oliveira, O. (2007). Reflexiones acerca de las desigualdades sociales y el género. *Estudios Sociológicos*, 25(75), 805–812.
- De Oliveira, O., & Ariza, M. (1997). División sexual del trabajo y exclusión social. *Revista Latinoamericana de Estudios Del Trabajo*, 3(5), 183–202.
- Delfino, A. (2005). Mujer y ejecutiva: Trayectorias de género en Brasil. *Espacio Abierto*, 14(2), 199–214.
- Delfino, A., Herzfeld, C., & Arrillaga, H. (2015). Trabajo doméstico no remunerado y uso del tiempo en la provincia de Santa Fe: una caracterización hacia 2013. *Revista de Estudios Regionales y Mercado de Trabajo*, 11, 33–55.
- Delfino, A., & Logiodice, L. (2022). Tiempo, trabajo y familia: la crítica feminista a la nueva economía doméstica. *Trabajo y Sociedad*, XXIII(38), 583–600. <http://www.scielo.org.ar/pdf/tys/v23n38/1514-6871-tys-23-38-583.pdf>
- Delfino, M. A. (2012). Desocupación, trabajo doméstico y desigualdad: Una mirada desde el uso del tiempo en Rosario, Argentina. *Revista Estudios Feministas*, 20(3), 785–808. <https://doi.org/10.1590/S0104-026X2012000300010>
- Delfino, M. A. (2015). *Programas de transferencias monetarias condicionadas y temporalidad social Un análisis del Programa Jefas y Jefes de Hogar Desocupados y su incidencia en el uso del tiempo de la población beneficiaria* (Vol. 1) [Universidad Nacional de Rosario]. <https://doi.org/10.14409/ce.v1i0.5998>
- Delphy, C. (1985). El enemigo principal. In *Por un feminismo materialista. El enemigo principal y otros textos*. (La Sal, pp. 11–28).
- Dirección Nacional de Economía Igualdad y Género. (2020). Los cuidados, un sector económico estratégico. Medición del aporte del Trabajo doméstico y de cuidados no remunerado al Producto Bruto Interno. In *Ministerio de Economía, Argentina* (pp. 1–31). Ministerio Economía de Argentina. <https://www.argentina.gob.ar/noticias/la-direccion-de-economia-igualdad-y-genero-presento-el-informe-los-cuidados-un-sector>
- Durán, M. A., & García Díez, S. (2013). Economía del cuidado. In L. Pautassi & C. Zibecchi (Eds.), *Las fronteras del cuidado. Agenda, derechos e infraestructura* (Biblios, pp. 27–58).
- Elson, D. (1994). Micro, meso y marco: Género y análisis económico en el contexto de la reforma política. In I. Bakker (Ed.), *The strategic silence. Gender and economic policy* (Sed Books,).
- Espino, A. (2012). Perspectivas teóricas sobre género, trabajo y situación del mercado laboral latinoamericano. In *La economía feminista desde América Latina: Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región* (ONU Mujeres, pp. 190–246). <https://doi.org/10.1080/13545701.2017.1388533>
- Espinosa-Miñoso, Y. (2014). Una crítica descolonial a la epistemología feminista crítica. *El Cotidiano*, 184, 7–12.
- Esquenazi Borrego, A. (2020). Relaciones sociales de producción y relaciones patriarcales de género en el capitalismo : una mirada más allá del aparente

- dualismo. *Revista Marx e o Marxismo - Revista Do NIEP-Marx*, 8(14), 72–92.
- Esquivel, V. (2009). Uso del tiempo en la Ciudad de Buenos Aires. In *Seminario virtual de Especialización en género, economía y desarrollo en el contexto de la crisis* (UNGS).
- Esquivel, V. (2011a). La Economía del cuidado: un recorrido conceptual. In N. Sanchís (Ed.), *Aportes al debate del desarrollo en America Latina. Una perspectiva feminista* (Red de Gén, pp. 20–30).
- Esquivel, V. (2011b). La economía del cuidado en America Latina: Poniendo a los cuidados en el centro de la agenda. In *Atando Cabos Deshaciendo Nudos*. http://www.gemlac.org/attachments/article/325/Atando_Cabos.pdf
- Esquivel, V. (2012a). Cuidado, economía y agendas políticas: una mirada conceptual sobre la “organización social del cuidado” en América Latina. In V. Esquivel (Ed.), *La economía feminista desde América Latina: Una hoja de ruta sobre los debates actuales en la región* (ONU Mujeres).
- Esquivel, V. (2012b). El cuidado infantil en las familias. Un análisis en base a la encuesta de uso del tiempo de la ciudad de Buenos Aires. In V. Esquivel, E. Faur, & E. Jelin (Eds.), *Las lógicas del cuidado infantil. Entre las familias, el estado y el mercado* (IDES, pp. 73–106).
- Esquivel, V. (2013). *El cuidado en los hogares y las comunidades* (Informes de Investigación OXFAM).
- Faur, E. (2006). Género, masculinidades y políticas de conciliación familia-trabajo. *Nomadas*, 24, 130–141.
- Faur, E. (2009). *Organización social del cuidado infantil en Buenos Aires: el rol de las instituciones públicas y privadas. 2005-2008*. FLACSO Argentina.
- Faur, E. (2014). *El cuidado infantil en el siglo XXI. Mujeres malabaristas en una sociedad desigual* (Siglo Vein).
- Faur, E. (2017). ¿Cuidar o educar? Hacia una pedagogía del cuidado. In *Encrucijadas entre cuidar y educar. Debates y experiencias* (pp. 87–114). Homo Sapiens Ediciones.
- Faur, E., & Pereyra, F. (2018). Gramáticas del cuidado. In J. I. Piovani & A. Salvia (Eds.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual: Encuesta Nacional sobre la Estructura Social* (Siglo Vein, pp. 497–534).
- Faur, E., & Tizziani, A. (2017). Mujeres y varones entre el mercado laboral y el cuidado familiar. In E. Faur (Ed.), *Mujeres y varones en la Argentina de hoy. Géneros y movimiento* (Siglo Vein, pp. 75–98).
- Fausto-Sterling, A. (2020). *Cuerpos sexuados. La política de género y la construcción de la sexualidad* (Melusina).
- Federici, S. (2019). Comunes y comunidad ante las desposesiones del neoliberalismo. In P. Dobrée & N. Quiroga Diaz (Eds.), *Luchas y alternativas para una economía feminista emancipatoria* (Centro de, pp. 49–62).
- Fernández, A. L., & González, M. (2020). Empleo público en Argentina: características y cambios en su composición y formas de contratación entre 2003 y 2018. *Trabajo y Sociedad*, XXI(35), 545–571.
- Ferree, M. M., & Hall, E. J. (1996). Rethinking stratification from a feminist perspective: gender, race and class in mainstream textbooks. *American Sociological Review*, 61, 929–950.
- Firestone, S. (1976). *La dialectica del sexo. En defensa de la revolucion feminista.pdf* (Editorial).
- Folbre, N., & Hartmann, H. (1999). La retórica del interés personal: ideología y género

- en la teoría económica. In C. Carrasco (Ed.), *Mujeres y economía. Nuevas perspectivas para viejos y nuevos problemas* (Icaria, pp. 91–121).
- Franke, K. M. (2022). Teorizar el sí: un ensayo sobre feminismo, derecho y deseo. In M. Cavallo & A. Ramón Michel (Eds.), *Autonomía y feminismos* (Didot, pp. 311–350).
- Fraser, N. (2016). Las contradicciones del capital y los cuidados. *New Left Review*, 100, 111–132.
- Frega, M. (2015). Mujer (es) y trabajo (s): un análisis en torno al dilema producción-reproducción. *VII Jornadas de Sociología*, 1–16.
- García Sainz, C. (2009). *Género y clase social. Treinta años después*.
- Goldthorpe, J. H. (1983). Women and class analysis: in defence of the conventional view. *Sociology*, 17(4), 465–488.
- Gomez Rojas, G. V. (2008). Las mujeres en los estudios de estratificación social: Una mirada desde la encuesta permanente de hogares. *Papeles de Poblacion*, 57, 154–167.
- Goren, N. (2013). Una Relación conflictiva. Trabajo no remunerado vs. trabajo remunerado en los programas de transferencia condicionada de ingresos. *La Aljaba*, 17, 29–44.
- Goren, N., & Prieto, V. L. (2020). Desigualdades sexogenericas en el trabajo. Las agendas sindicales feministas. In N. Goren & V. L. Prieto (Eds.), *Feminismos y sindicatos en Iberoamérica* (CLACSO-E).
- Goren, N., & Trajtemberg, D. (2017). Articulando producción y reproducción desde los usos del tiempo. *Laboratorio*, 0(27), 33–50.
<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/laboratorio/article/view/1653/2189%0Ahttps://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/laboratorio/article/view/1653>
- Hartmann, H. I. (1983). El infeliz matrimonio entre marxismo y feminismo: hacia una unión más progresista. *Teoría y Práctica*, 12–13, 442–445.
- Himmelweit, S. (2011). El descubrimiento del ‘trabajo no remunerado’: consecuencias sociales de la expansión del término ‘trabajo’. In C. Carrasco, C. Borderías, & T. Torns (Eds.), *El trabajo de cuidados. Historia, teoría y políticas* (Catarata, pp. 199–224).
- Hirata, H., & Kergoat, D. (2020). Atualidade da divisão sexual e centralidade do trabalho das mulheres. *Política & Trabalho*, 53, 22–34.
- Hirata, H., Kergoat, D., & Zilberberg-Hocquard, M.-H. (1997). *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio* (Asociación). <https://cem.cl/la-division-sexual-del-trabajo-permanencia-y-cambio-helena-hirata-daniele-kergoat-con-la-colaboracion-de-marie-helene-zylberberg-hocquard-asociacion-trabajo-y-sociedad-argentina-centro-de-estudio/>
- Hochschild, A., & Machung, A. (1989). *The Second Shift. Working families and the revolution at home*. Penguin Books.
- Hoszowski, A., & Piovani, J. I. (2018). La Encuesta Nacional sobre Estructura Social. In J. I. Piovani & A. Salvia (Eds.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual: Encuesta Nacional sobre la Estructura Social* (Siglo XXI, pp. 27–48).
- Humphries, J., & Rubery, J. (1994). La autonomía relativa de la reproducción social: su relación con el sistema de producción. In C. Borderías, C. Carrasco, & C. Alemany (Eds.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales* (Fhucem-Icar, pp. 393–424).
- Idelcoop. (2016). El rol de la mujer en la economía: desigualdad, trabajo, participación política y desafíos de la economía con perspectiva de género. *Revista Idelcoop*,

- 218, 95–108.
- INDEC. (2014). *Encuesta sobre trabajo no remunerado y uso del tiempo* (pp. 1–8).
- INDEC. (2022). *Encuesta Nacional de Uso del Tiempo 2021. Resultados definitivos* (Instituto). https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema-2/pobreza-y-condiciones-de-vida/encuesta-nacional-del-uso-del-tiempo-enut%0Ahttp://repositorio.minedu.gob.pe/handle/123456789/874%0Ahttps://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ENUT/Bol_EN
- Jelin, E. (2014). Desigualdades de clase, género y etnicidad/raza: realidades históricas, aproximaciones analíticas. *Revista Ensamblés*, 1, 11–36.
- Jelin, E. (2017). Familia. Un modelo para armar. In E. Faur (Ed.), *Mujeres y varones en la Argentina de hoy. Géneros y movimiento* (Siglo XXI, pp. 51–73).
- Jelin, E. (2020). Familia y unidad doméstica: mundo público y vida privada. In *Las tramas del tiempo. Familia, género, memorias, derechos y movimientos sociales. Antología esencial* (CLACSO, pp. 123–162).
- Jelin, E. (2021). Género, etnicidad / raza y ciudadanía en las sociedades de clases. *Nueva Sociedad*, 293, 39–62.
- Kergoat, D. (1997a). A propósito de las relaciones sociales de sexo. In H. Hirata & D. Kergoat (Eds.), *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio* (Asociación, pp. 31–40).
- Kergoat, D. (1997b). Por una sociología de las relaciones sociales. Del análisis crítico de las categorías dominantes a una nueva conceptualización. In H. Hirata & D. Kergoat (Eds.), *La división sexual del trabajo. Permanencia y cambio* (Asociación, pp. 15–30).
- Kergoat, D. (2003). De la relación social de sexo al sujeto sexuado. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(4), 841–861.
- Lazarfeld, P. (1979). De los conceptos a los índices empíricos. In *Metodología de las Ciencias Sociales* (Laia).
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula Rasa*, 9, 73–101.
- Lupica, C. (2010). *Trabajo decente y corresponsabilidad de los cuidados en Argentina* (Organizaci). http://www.artemisanoticias.com.ar/images/FotosNotas/td_corresponsabilidad_cuidados.pdf
- Lupica, C. (2012). Madres solas en la Argentina. Dilemas y recursos para hacer frente al trabajo remunerado y al cuidado de los hijos. *Revista Del Hospital Materno Infantil Ramón Sardá*, 31(1), 13–17. http://www.sarda.org.ar/Profesionales/Publicaciones/Revista_Sarda/2012/Madres_solas
- Maceira, V. (2015). Un abordaje teórico-metodológico para la investigación de la estructura, la movilidad social y las condiciones de vida: la propuesta ENES-PISAC. *Revista Latinoamericana de Metodología de Las Ciencias Sociales*, 5(2), 1–38.
- Marco Navarro, F., & Rico, M. N. (2013). Cuidado y políticas públicas: debates y estado de situación a nivel regional. In L. Pautassi & C. Zibecchi (Eds.), *Las fronteras del cuidado. Agenda, derechos e infraestructura* (Biblios, pp. 27–58).
- Martín Palomo, M. T. (2020). Dibujar los contornos del trabajo de cuidado. In K. Batthyány (Ed.), *Miradas Latinoamericanas a los cuidados* (CLACSO-S, pp. 243–288). <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20201209035739/Miradas-latinoamericana.pdf>
- Martínez Franzoni, J. (2010). *Conciliación con corresponsabilidad social en América Latina: ¿cómo avanzar?* (pp. 1–38).

- Martínez Franzoni, J., & Voorend, K. (2013). Desigualdades de género en los regímenes de bienestar latinoamericanos: mercado, política social y organización familiar de los cuidados. In L. Pautassi & C. Zibecchi (Eds.), *Las fronteras del cuidado. Agenda, derechos e infraestructuras* (Biblios, pp. 59–98).
- Millett, K. (1995). *Política sexual* (Ediciones).
- Molina Petit, C. (2020). El feminismo socialista estadounidense desde la “Nueva Izquierda”. Las teorías del sistema dual (capitalismo+patriarcado). In C. Amorós & A. De Miguel (Eds.), *Teoría feminista: de la ilustración a la globalización. Del feminismo liberal a la posmodernidad*. 2 (Biblioteca, pp. 147–187).
- Molinier, P. (2011). Antes que todo, el cuidado es un trabajo. In L. G. Arango Gaviria & P. Molinier (Eds.), *El trabajo y la ética del cuidado* (La Carreta, pp. 45–63).
- Mora Salas, M. (2004). Visión crítica del vínculo entre jefatura de hogar, estratificación y análisis de clase. *Revista de Ciencias Sociales de La Universidad de Costa Rica*, 105(III), 11–24. <http://163.178.170.74/wp-content/revistas/105/01-MORA-Visión-000.indd.pdf>
- Motta, R., Jelin, E., & Costa, S. (2020). Introducción. In *Repensar las desigualdades. Cómo se producen y entrelazan las asimetrías globales (y qué hace la gente con eso)* (Siglo XXI, pp. 11–33). <https://sigloxxieditores.com.ar/wp-content/uploads/2020/09/Jelin-Motta-Costa.-Repensar-las-desigualdades-web.pdf?>
- Muñiz Terra, L. M. (2019). Aproximaciones a las desigualdades de género en Argentina: un estudio de la conciliación familia y trabajo en el sector petrolero. *Revista Colombiana de Sociología*, 42(1), 251–276. <https://doi.org/10.15446/rsc.v42n1.68755>
- OIT, & PNUD. (2009). *Trabajo y familia: hacia nuevas formas de conciliación con corresponsabilidad social*.
- Oliveira, O., & Salles, V. (2000). Reflexiones teóricas para el estudio de la reproducción de la fuerza de trabajo. In E. De La Garza Toledo (Ed.), *Tratado Latinoamericano de Sociología del Trabajo* (Colegio de, pp. 619–643). <http://www.flacsoandes.edu.ec/libros/digital/51932.pdf>
- Orozco, A. P. (2013). La sostenibilidad de la vida en el centro...¿y eso qué significa? *IV Jornadas Economía Feminista, November*, 1–32.
- Pautassi, L. (2007). *¿Cuánto trabajo mujer! El género y las relaciones laborales* (Capital In).
- Pautassi, L. (2023). *El derecho al cuidado. De la conquista a su ejercicio efectivo* (pp. 1–18). Fundación Friedrich Ebert en México. <https://library.fes.de/pdf-files/bueros/mexiko/20144.pdf>
- Pautassi, L., & Zibecchi, C. (2011). Tensiones en los programas de transferencias condicionadas de ingresos en la Argentina. ¿Quién pensó en el cuidado? In M. N. Rico & C. M. Valera (Eds.), *Las familias latinoamericanas interrogadas. Hacia la articulación del diagnóstico, la legislación y las políticas* (CEPAL, pp. 153–162).
- Pérez, M. (2021). Interseccionalidad. In *Nuevo diccionario de estudios de género y feminismos* (Biblios, pp. 338–344).
- Pérez Orozco, A. (2004). ¿Hacia una Economía Feminista de la sospecha? *En Otras Palabras*, 13–14, 9–31.
- Pérez Orozco, A. (2005). Economía del género y economía feministas ¿Conciliación o Ruptura? *Revista Venezolana De Estudios De La Mujer*, 10(24), 43–64.
- Pérez Orozco, A. (2014). *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida* (Traficante).
- Pérez Orozco, A. (2019). El conflicto capital-vida. In N. Quiroga & P. Dobrée (Eds.), *Luchas y alternativas para una economía feminista emancipatoria* (CLACSO, Ar,

- pp. 119–139).
- Pérez Orozco, A., & López Gil, S. (2011). Desigualdades a flor de piel: Cadenas globales de cuidado. Concreciones en el empleo de hogar y articulaciones políticas. In *ONU Mujeres Santo Domingo* (ONU Mujeres). http://riberdis.cedd.net/bitstream/handle/11181/5044/Desigualdades_a_flor_de_piel.pdf?sequence=1&rd=
- Perona, N., & Schiavoni, L. (2018). Estrategias familiares de reproducción social. In J. I. Piovani & A. Salvia (Eds.), *La Argentina en el siglo XXI. Cómo somos, vivimos y convivimos en una sociedad desigual: Encuesta Nacional sobre la Estructura Social* (Sglo XXI E, pp. 467–498).
- Picchio, A. (1994). El trabajo de reproducción, tema central en el análisis del mercado de trabajo. In C. Borderías, C. Carrasco, & C. Alemany (Eds.), *Las mujeres y el trabajo. Rupturas conceptuales* (Fuhem-Icar, pp. 453–490).
- Picchio, A. (2001). Un enfoque macroeconómico “ampliado” de las condiciones de vida. In C. Carrasco (Ed.), *Tiempos, trabajos y género* (Universita, pp. 1–31).
- Picchio, A. (2003). La economía política y la investigación de las condiciones de vida. In *Women in Science: Mainstreaming Gender Equality in European Research Area*.
- Picchio, A. (2009). Condiciones de vida: perspectivas, análisis económico y políticas públicas. *Revista de Economía Crítica*, 7, 27–54.
- Pineda Duque, J. (2020). Los campos del cuidado, su organización social y las políticas públicas. Reflexión desde el caso colombiano. In K. Batthyány (Ed.), *Miradas Latinoamericanas a los cuidados2* (CLACSO-Sig, pp. 137–158).
- Poy, S. (2019). *Mercado de trabajo, políticas sociales y condiciones de vida* (Teseo-U). <https://www.teseopress.com/condicionesdevida>
- Quiroga Díaz, N., & Gago, V. (2014). Los comunes en femenino. Cuerpo y poder ante la expropiación de las economías para la vida. *Economía y Sociedad*, 19(45), 1–18.
- Quiroga Díaz, N., & Gago, V. (2018). Los comunes en la reinención de la ciudad. Una mirada feminista de la economía urbana. In J. L. Coraggio & R. Muñoz (Eds.), *Economía de las ciudades de América Latina hoy. Volumen I: Enfoque interdisciplinarios*. (Universida, pp. 307–330).
- Razavi, S. (2007). The Political and Social Economy of Care in a Development Context. COncceptual issues, research questions and policy options. In *Gender and Development Programm Paper* (Issue 3).
- Redondo, P., & Antelo, E. (2017). *Encrucijadas entre Cuidar y educar. Debates y experiencias*. Homo Sapiens Ediciones.
- Región Centro. (2023). *Indicadores Regionales*. <http://www.regioncentro.gob.ar/datos/indicadores-regionales/>
- Rico, M. N., & Robles, C. (2016). *Políticas de cuidado en América Latina. Forjando la igualdad* (No. 140; Asuntos de Género).
- Rodríguez Enríquez, C. (2005). Economía del cuidado y política económica: una aproximación a sus interrelaciones. In CEPAL (Ed.), *38° reunión de la Mesa directiva de la Conferencia Regional sobre la Mujer de América Latina y el Caribe. Panel Políticas de protección social, economía del cuidado y equidad de género* (pp. 1–35).
- Rodríguez Enríquez, C. (2013). Organización social del cuidado y políticas de conciliación: una perspectiva económica. In L. Pautassi & C. Zibecchi (Eds.), *Las fronteras del cuidado. Agenda, derechos e infraestructura* (Biblios).
- Rodríguez Enríquez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado. *Revisata Nueva Sociedad*, 256, 30–44. www.gemlac.org, www.nuso.org

- Rodríguez Enríquez, C. (2015). *El trabajo de cuidado no remunerado en Argentina: un análisis desde la evidencia del Módulo de Trabajo no Remunerado* (No. 2; Políticas Públicas y Derecho Al Cuidado).
- Rodríguez Enríquez, C. (2019). Aportes de la economía feminista para abordar la desigualdad: In C. de D. y E.-C. CLACSO, Articulación Feminista Marcosur-AFM (Ed.), *Luchas y alternativas para una economía feminista emancipatoria* (Ciudad Aut, pp. 140–151). <https://doi.org/10.2307/j.ctvt6rkw2.11>
- Rodríguez Enríquez, C., Giosa Zuazúa, N., & Nieva, D. (2010). *Las políticas de conciliación entre la vida laboral y familiar. Las implicancias económicas y sociales de su ausencia en América Latina* (No. 77; Documento de Trabajo).
- Rodríguez Enríquez, C., Lorenzetti, A., Arriola, M. T., Díaz, J. L., Roldán, D., Passamonti, S., Platzer, E., & Ava, M. (2017). *Encuesta sobre Uso del Tiempo en la Ciudad de Buenos Aires UT-CABA 2016*.
- Rodríguez Enríquez, C., & Pautassi, L. (2014). *La organización social La organización social del cuidado de niños y niñas* (ELA). <http://elcuidadoenagenda.org.ar>
- Román-Reyes, P., Padrón-Innamorato, M., & Ramírez-García, T. (2012). Trabajo y familia: ¿cómo se articula esta frágil relación? *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales*, 19(60), 229–253.
- Roth, J. (2013). Entangled Inequalities as Intersectionalities Towards an Epistemic Sensibilization Working Paper Series. *Working Paper Series, intersectionality and/as inequalities | methodological/epistemic Occidentalism | critique of hegemony*, 43.
- Saffioti, H. (1992). Rearticulando género e clase social. In A. de Oliveira Costa & C. Bruschini (Eds.), *Uma questão de gênero* (Editora Ro, pp. 183–215).
- Sainsbury, D. (1999). Gender, Policy regimes, and Politics. In D. Sainsbury (Ed.), *Gender and Welfare State Regimes* (Oxford Uni, pp. 245–275).
- Sautu, R., Boniolo, P., Dalle, P., & Elbert, R. (2005). Introducción. In R. Sautu, P. Boniolo, P. Dalle, & R. Elbert (Eds.), *Manual de metodología. Construcción del marco teórico, formulación de los objetivos y elección de la metodología* (CLACSO, pp. 21–27).
- Sautu, R., Boniolo, P., Dalles, P., & Rodríguez, S. (2010). Las clases sociales según Gino Germani. In *Gino Germani, la sociedad en cuestión: antología comentada*. (CLACSO, pp. 76–84).
- Sautu, R., Boniolo, P., Pablo, D., & Rodolfo, E. (2020). *El análisis de clases sociales- Pensando la movilidad social, la residencia, los lazos sociales, la identidad y la agencia* (Instituto).
- Strassmann, D. (2004). No existe el mercado libre: la retórica de la autoridad disciplinal en la economía. In M. Ferber & J. Nelson (Eds.), *Más allá del hombre económico* (Ediciones, pp. 83–104).
- Suárez Tomé, D. (2022). *Introducción a la teoría feminista* (Nido de Va).
- Tobío Soler, C. (2002). Conciliación o contradicción: cómo hacen las madres trabajadoras. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 97, 155–186.
- Torns, T. (2008). El trabajo y el cuidado: cuestiones teórico-metodológicas desde la perspectiva de género. *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, 0(15), 53–73. <https://doi.org/10.5944/empiria.15.2008.1199>
- Torrado, S. (1992). Los instrumentos de análisis. In *Estructura social de la Argentina: 1945-1983* (De la Flor, pp. 21–46).
- Torrado, S. (1998). *Familia y diferenciación social. Cuestiones de método* (Eudeba).
- Torrado, S., Amadasi, E., Ariño, M., Arrieta, M., Holubica, S., García, M. N., & Rosas, M. E. (1989). *Estructura social de la Argentina. Indicadores de la Estratificación*

- Social y de las Condiciones de Vida de la Población en base al Censo de la Población y Vivienda de 2980* (CFI-CEPAL).
- Trombetta, M., Micha, A., & Pereyra, F. (2019). Determinantes del tiempo de trabajo de cuidado y brechas de género. *14° Congreso Nacional de Estudios Del TRabajo. ASET.*, 1–27.
- Tronto, J. (2015). *Who Cares? How to reshape a democratic politics* (J. Tronto (ed.); Cornell Un).
- Valencia, C., & Villafañe, S. (2023). *Estimación de la demanda de cuidado*. CEPAL.
- Vega Solís, C. (2019). Reproducción social y cuidados en la reinención de lo común. Aportes conceptuales y analíticos desde los feminismos. *Revista de Estudios Sociales*, 70, 49–63.
- Wainerman, C. (2005). *La vida cotidiana en las nuevas familias ¿Una revolución estancada?* (Lumier).
- Wainerman, C. (2007a). Conyugalidad y paternidad ¿Una revolución estancada? In M. A. Gutiérrez (Ed.), *Género, familias y trabajo: rupturas y continuidades. Desafíos para la investigación política* (CLACSO, Co).
<https://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/gutierrez/09Wainerman.pdf>
- Wainerman, C. (2007b). Familia, trabajo y relaciones de género. In M. A. Carbonero Gamundí & S. Levín (Eds.), *Entre familia y trabajo. Relaciones, conflictos y políticas de género en Europa y América Latina* (Homo Sapie, pp. 147–175).
- Wittig, M. (2017). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Bocavulvaria.
- Wright, E. O. (1989). Women in the class structure. *Politics & Society*, 17(1), 35–66.
<https://doi.org/10.1177/003232928901700102>
- Young, I. (1992). Marxismo y feminismo, más allá del “matrimonio infeliz” (una crítica al sistema dual). *El Cielo Por Asalto, Año II(Nº4)*.
<http://www.democraciasocialista.org/wp-content/uploads/2014/03/139104361-Young-Marxismo-y-feminismo.pdf>
- Yuval-Davis, N. (2006). Intersectionality and feminist politics. *European Journal of Women's Studies*, 13(3), 193–209. <https://doi.org/10.1177/1350506806065752>